

OMAR DENGO

Presentado por EMMA GAMBOA

¿QUIEN FUE Y QUE HIZO?



Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.



OMAR DENGO



Don Omar en 1926

Presentado por

EMMA GAMBOA



Ministerio de Cultura Juventud y Deportes
Departamento de Publicaciones
San José, Costa Rica
1971

v1.0 Editorial Electrónica- EDEL
<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

INDICE

Prefacio

Omar Dengo

Citas

VIDA PROFUNDA

Planta un Arbol de Navidad

HORAS MISTICAS

Conciencia de la luz

Dios es el don

La Vida

La Muerte

Pascua de Resurrección

Renacer de Primavera

Elogio de María

Oración

SABIDURIA DEL CORAZON

La flor del loto

Fabián

Siempre leyendo

Líneas

Sembrar en lo ajeno

La voz de las lechuzas

Aguilas y Hombres

Bakti

INQUIETUD FILOSOFICA

Inquietud Filosófica

Evolución

Reflexiones

Siento el hastío

Inquietud de la hora

JUVENTUD CREADORA

No, jóvenes amigos

EDUCACION Y CULTURA

Hay que crear el porvenir

América y el Maestro

Siglo de la escuela

Economizar en escuelas es economizar civilización

Escuelas, caminos

Bienvenidos los negros

La escuela generadora del porvenir

DE POLITICA MAYOR Y MENOR

Mi anarquismo claudicante

Mira y pasa

¿Odio al extranjero?

Contratos

De política mayor y menor

García Flamenco, el Héroe de la Justicia

SENTIDO DE LA POLITICA

El Presidente

El Presidente como hombre superior

La escuela y la política

El maestro y la política

COMENTARIOS SOBRE LECTURAS

Con motivo del libro de Rómulo Tovar

La mala sombra

Max Jiménez

Platero y Yo

Lo más humano

Desolación

Pro-Unamuno

H. G. Wells

Romain Rolland

Maragall

Angel Ganivet

R. Steiner

El pájaro azul

Presentación del libro Kaaba

I —La Rishi Abura

II —Las estancias espirituales

III—El halconero astral

Clemente de Alejandría

Keyserling

Un comentario sobre Giovanni Gentile

Cronología de Omar Dengo

PREFACIO

El ensayo biográfico que antecede a la selección antológica de este libro recoge memorias de la autora. Ella comenzaba sus estudios en la Escuela Normal de Costa Rica cuando Omar Dengo iniciaba su labor docente en aquella institución. Durante el año de 1915 tomó él bajo su dirección personal y en calidad de profesor jefe, al grupo de estudiantes más jóvenes. Así pudo ella escucharlo muy de cerca, especialmente cuando él se reunía con la clase para despertar interés por la ciencia y la literatura o guiaba al grupo en alguna excursión de valor cultural. Más tarde, cuando Omar Dengo servía como maestro rural en una escuela privada, ella solía visitarlo con otros estudiantes. Allí percibió la devoción afable que él y su esposa doña María Teresa ponían en la obra humilde.

Correspondió a la autora vivir plenamente la época más floreciente de la Escuela Normal de Costa Rica y ser discípula de Omar Dengo —como alumna primero y como maestra después— durante los diez años en que él ejerció la dirección de aquella escuela. Lo escuchó en la cátedra, en pláticas semanales, en las grandes reuniones de graduados, en manifestaciones cívicas y en diálogo de amigos. Tuvo, además, el goce de pertenecer a un grupo de lectura que él presidía en su casa los domingos.

Durante casi dos años y por razón de escasez de viviendas en la ciudad de Heredia causada por el terremoto del año de 1925, las familias de Omar Dengo y de la autora compartieron una casona frente a la Plaza Flores. Testigo fue ella entonces del vivir sencillo y noble del maestro: de su generosidad silenciosa; de sus meditaciones y lecturas; de sus preocupaciones por el país; así como de íntimas alegrías cuando creaba dibujos animados y cuentos de magia o cuando participaba en juegos inocentes con sus pequeños hijos. También tuvo ella la dicha de estar en el grupo que iba con él a la orilla del mar y el privilegio supremo de ser incluida entre aquéllos que él congregó en la hora de su muerte.

Se prestigia el estudio biográfico especialmente con la copia fotostática de una carta que escribió Omar Dengo en sus últimos días a María Isabel Carvajal. La autora expresa profundo reconocimiento a la hija de Omar Dengo, Lic. María Eugenia Dengo de Vargas, por haberle permitido usar el original de esa carta así como memorables fotografías, recortes y periódicos que ella guarda.

Trabajos previos sobre Omar Dengo, originales de la autora, han sido aprovechados en buena parte al tratar de ofrecer en síntesis la imagen que el maestro ilustre dejó en su recuerdo.

E. G.



Omar Dengo y su padre don Manuel Dengo.

OMAR DENGÓ

1888 - 1928

Omar Dengo es maestro ejemplar porque es maestro de sí mismo. Su obra es verbo y acción: conlleva un cometido trascendente y se realiza con diligencia cotidiana en el aquí y en el ahora que le corresponde vivir.

Su corta existencia florece en un período de la historia costarricense en que alcanza plena vigencia el pensamiento liberal. Su juventud está alerta a las necesidades de su país y a los movimientos más notables de su época. Asume posiciones de amplio significado social; pero mantiene la libertad íntegra que le permite ponderar valores, revisar ideas, crear y definir pensamiento con autenticidad y diáfana aspiración de luz. Búsqueda de luz llama él su amor de sabiduría.

Conviene mencionar circunstancias culturales que contribuyen a orientar su inquietud indagadora, según se desprende de sus escritos, discursos, pláticas y diálogos.

En su tiempo el progreso industrial ya ha facilitado los medios de comunicación e intensificado el libre juego de las ideas en el mundo. La ciencia ha comenzado a penetrar las disciplinas académicas incluyendo el estudio de la sociedad, la economía y la psicología. La influencia positivista del Siglo XIX repercute en la filosofía y las letras, especialmente bajo el señorío intelectual de Ernesto Renán.

Carlos Marx proyecta su influencia desde la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores y el Manifiesto Comunista. Abraham Lincoln alcanza estatura universal cuando preside la liberación de los esclavos y define la esencia de la democracia en Gettysburg.

Romain Roland educa varias generaciones con la exaltación de los magnos valores de la cultura europea, da batalla contra los nacionalismos exacerbados y difunde doctrinas orientales de paz y espiritualidad.

Humanistas de prestigio internacional como Bertrand Russell y Bernard Shaw, promueven pensamiento vigoroso por un mundo mejor que armonice el cambio necesario con el decoro que sólo es posible bajo la garantía de una libre y responsable conciencia individual.

Ya consolidados los Estados Unidos aceleran su desarrollo y polarizan sus arrestos en dos direcciones mayores: el bienestar material y la extensión de la cultura. La pujanza del país muestra el contraste entre la expansión de la empresa capitalista con secuelas de orden nacional e internacional, y el espíritu humanitario que va surgiendo por virtud de una libertad comprometida con la responsabilidad en el bien común.

Un gran pueblo se va levantando como factor y efecto del colosal desarrollo y, sobre los campos verdes y el estruendo de las máquinas, Walt Whitman eleva a himno universal la marcha gigantesca del hombre común —hombre compañero del hombre sin diferencia de origen o de raza— que siembra, construye, ama y padece en tierra ancha de libertad.

Hombres eminentes se consagran a fortalecer la democracia por medio de la educación pública porque creen certeramente que la cultura asociada a la libertad asegura una ciudadanía inteligente y socialmente eficaz. El movimiento se extiende por Europa y América. En este hemisferio abren rutas mayores grandes propulsores de la escuela del pueblo: Horacio Mann en los Estados Unidos, Domingo Faustino Sarmiento en la República Argentina y Pedro José Varela en el Uruguay. En Costa Rica los más distinguidos patricios ven en la escuela democrática la fortaleza de la República. Por la influencia predominante de José Martí Castro, Julián Volio y Mauro Fernández, se abren ventanas a la tolerancia intelectual y se confiere a la educación la tarea principal de enseñar a pensar.

El movimiento liberal de aquellos días —fines del siglo XIX— toma a veces tinte positivista como reacción contra inveteradas tendencias fanáticas y absolutismos doctrinarios sobre la inteligencia; pero, en contraposición, se advierten tendencias espiritualistas desligadas de sistemas autoritarios.

En los Estados Unidos se desenvuelven dos movimientos filosóficos con holgada aquiescencia: el pragmatismo y el trascendentalismo. Ambas son expresiones clarificadas de pensamiento en un país que comienza a dar el fruto filosófico de un siglo de libertad, de estupendo desarrollo tecnológico y de cultura superior.

El pragmatismo ve en la ciencia, la industria y la democracia, experiencia social que debe ser aprovechada para planear el mejoramiento de esa misma experiencia social. Trabaja con fe en la inteligencia libre y cooperativa de los hombres y eleva a nivel filosófico los procesos generados en la experiencia para obtener criterios válidos de la mayor certeza posible que permitan planear la acción futura con vista a las consecuencias previsibles.

El pragmatismo no acepta verdades a priori a que algunos filósofos confieren valor universal o absoluto. Preconiza el libre examen de los valores con un método de reflexión afín al método científico y, por lo tanto, no establece dogma o doctrina. Es pensamiento proyectado a la conducta libre, creadora y cooperativa de los hombres. Charles Pierce y William James construyen tesis originales; John Dewey desarrolla la teoría en forma casi exhaustiva y la proyecta en tratados de educación que orientan la escuela nueva del siglo XX.

El trascendentalismo da como premisa cierta la realidad espiritual de la vida y de ella deriva conceptos éticos dirigidos a mejorar la conducta humana. Kant es inspirador de esta filosofía pero su fuente original se encuentra en el idealismo platónico. Ralph Waldo Emerson es el más destacado representativo de esta tendencia en el hemisferio americano.

Ambas corrientes de pensamiento —pragmática y trascendentalista— establecen intencional relación entre los valores y la vida, la una por inducción de criterios en la experiencia y la otra por deducción práctica de los clásicos conceptos de bien, de verdad, y de belleza.

Las dos tendencias extienden sus efectos en círculos docentes e intelectuales de Europa y América Latina.

Al ascendiente clásico y romántico de España, siempre vigente, se une obra nueva como la honda y transparente de Antonio Machado y la poesía de alma y paisaje de Juan Ramón Jiménez. De la llamada generación del noventa y ocho, la palabra austera de don Miguel de Unamuno tiene efecto inquietante. El docto salmantino, sin desatar la atadura mística que lo mantiene español hasta la médula, trasluce la angustia filosófica que ha originado Søren Kierkegaard en Europa sobre la realidad existencial del espíritu y el destino individual del hombre.

Determinante también en la formación de la juventud estudiosa hispanoamericana de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, es la obra de una élite continental que agrega, a elementos de raíz europea, frescos ingredientes de creación autóctona.

Desde la gesta de Simón Bolívar se trabaja por una libertad ilustrada y una hermandad americanista. José Enrique Rodó levanta en el Sur el signo de Ariel frente a la tendencia materialista del Norte y preside una generación esmerada en el pensar y en el decir que hace escuela de pulcritud y de vital optimismo. "... nos volvemos hacia él", dice el mejicano Alfonso Reyes, "en busca de una arquitectura sagrada que resista el fuego de la barbarie" (1).

La poesía proteica de Rubén Darío pone un acento nuevo con algo del espíritu de Whitman en latinidad americana. Al mismo tiempo se levanta la encendida palabra del apóstol José Martí, la más pura expresión en la lucha por la libertad y el decoro del hombre que ha producido este "continente de la esperanza".

Voces señeras mantienen, durante las primeras décadas del siglo XX, la elegancia ceñida que caracteriza a las mejores letras hispanoamericanas del siglo XIX, con más libertad de verbo ahora y con elementos nuevos que anticipan una revolución literaria comprometida a veces con causas de idealismo social.

Joaquín García Monge recoge en *Repertorio Americano* opinión y creación distinguidas del hemisferio. En aquel semanario se da a conocer la poesía liberada de viejos prejuicios que inauguran en el siglo Juana de Ibarbouro, Delmira Agustini, Alfonsina Storni y Gabriela Mistral. Ahí se difunde obra original de maestros de la lengua como Leopoldo Lugones y pensamiento batallador como el de Víctor Raúl Haya de la Torre.

Entre los centroamericanos notables que escriben en el *Repertorio Americano* figuran Salarme, Claudia Lars, Carmen Lyra, Roberto Brenes Mesen, Octavio Jiménez, Rómulo Tovar y Omar Dengo.

Por el mismo tiempo en que las ideas conspicuas procedentes de Europa y América catalizan el interés de la juventud más culta de Costa Rica, adquieren fuerza de filiación algunas corrientes espiritualistas originadas en el Oriente. La Sociedad Teosófica, dentro de esa tendencia, es acogida por distinguidos grupos centroamericanos. Cree el teósofo en el perfeccionamiento del espíritu a lo largo de reencarnaciones sucesivas, confía en grandes maestros espirituales del mundo y pone esperanza en el advenimiento de una humanidad superior. Krishnamurti, el original filósofo hindú que todavía hoy ejerce su cátedra creadora de estilo socrático, fue considerado a principios de este siglo como uno de los maestros de la humanidad por la Sociedad Teosófica. Aunque él se negó rotundamente a aceptar fe semejante, es un maestro inspirador de una nueva libertad, surgido de la mística de Oriente.

Las diversas influencias citadas confluyen en el acaecer histórico que abarca a la pequeña Costa Rica, sin destruir la esencia cristiana prevaleciente. Más bien parece que ésta se revisa con un sentido humanista moderno.

Sirven esas influencias varias y a veces contrapuestas para afianzar la libertad intelectual y religiosa y abrir la mente de hombres cimeros como Omar Dengo a una visión de universalidad levantada sobre la fe sillar en el destino y la responsabilidad del hombre individual.

Omar Dengo se vincula a su época con inteligencia penetrante y vehemente idealismo.

Posee excepcionales dotes y en su juventud encuentra maestros de excelencia. Desde niño ha sido persona singular. Su bella y noble prestancia está iluminada de bondad y crea en torno una desbordante simpatía humana.

En don Manuel Dengo, el padre, tiene el ejemplo del caballero puntilloso e ilustrado que está al día en asuntos de ciencias y en materias de Estado. El cariño maternal es compartido por dos mujeres admirables que podrían servir de tema a un libro de Romain Roland. Una es la madre de sangre, doña Almira Maison Graebner, y la otra es doña Mercedes de Dengo, madre adoptiva. Las dos conciertan sus vidas en el amor del hijo: doña Mercedes vigila su educación con disciplina y celo y doña Almira lo cuida con silenciosas ternuras.

Es el único niño de la casa y algo enfermizo. En los días largos de reclusión hogareña, se le afina su actitud reflexiva. Desde entonces comprende a los niños que carecen de alegría y comienza a gestarse lo que ha de llegar a ser una plena identificación con toda pena humana. Asiste a la escuela pública y allí está saturado de la corriente nueva de educación liberal, en pleno auge por estos días.

Su inteligencia inquisitiva y sus aspiraciones elevadas se despliegan en la adolescencia. En el Liceo de Costa Rica tiene maestros eminentes: Joaquín García Monge, autoridad americanista y conciso escritor vernáculo y Roberto Brenes Mesen, el erudito costarricense más notable y versátil de su tiempo.

Omar Dengo recibe también la influencia del profesor don Elias Jiménez Rojas, científico que lo entusiasma por el estudio de la naturaleza. El joven capta todas las corrientes culturales, ejerce su propia capacidad selectiva y muy pronto está a tono con la intelectualidad más distinguida de Costa Rica.

Ya Bachiller en Humanidades, se dedica a las disciplinas del derecho y reparte su tiempo entre los estudios universitarios y sus primeras actividades en el campo social. La iniciación suya en un idealismo humanitario se muestra en interés por la sociología, cuando es estudiante de derecho. Ya entonces es un autodidacto que va mucho más lejos, en lectura y reflexión, de su aprender en el claustro. Esa iniciación, sin embargo, tiene otro arraigo más vivo en su identificación con los necesitados, con aquéllos que arrastran su miseria o su dolor por la vida. "Para la gente", escribe, "Fabián es un hombre que pasa tosiendo. Para mí, es un pedazo de mi corazón que rueda por las piedras erizadas de las calles" (2). Una o dos personas allegadas saben que, en la noche de Navidad, cuando ya están desiertas las callejuelas de la ciudad, él va cargado de juguetes a los tugurios que no visita el legendario San Nicolás. Reparte de su modesta pobreza porque la suerte de los niños sin alegría le duele en el corazón. No es simple afán de caridad el suyo. Es el amor a la manera de San Pablo que lo hace dedicar su generosidad silenciosa a lo que él llama "las cosas de la vida profunda".

Una coincidencia hace que enfoque su interés en la suerte de la infancia, preocupación que ha de convertirse más tarde en el motivo de su obra principal. Descubre el problema de la delincuencia infantil cuando trabaja en una oficina judicial. Las serias inquietudes que ya tiene sobre la razón y el sentido de la vida, lo hacen tomar beligerancia vehemente en la discusión de problemas nacionales.

A los veinte años funda y dirige el periódico Sanción cuyo lema es "para todos y contra todos".

Ahí se manifiesta su identificación con el obrero, el humilde y el desamparado y su rechazo del prejuicio, del dogmatismo y de la injusticia. Entra entonces de lleno y con la más pura fe idealista, en el movimiento político liberal bajo la jefatura de Ricardo Jiménez. Con José María Zeledón, el autor de la letra del Himno Nacional, y otros amigos, funda un club juvenil para trabajar por la renovación radical de la política. Poco después publica con Víctor Manuel Obregón, un semanario

de humor, crítica y arte. El periódico adquiere gran interés nacional, especialmente cuando, por causa de una caricatura en que se acusa la intervención política interesada de un clérigo, Omar Dengo es objeto de una airada excomunión. Esto agrega interés a su nombre que se torna nacionalmente popular, y quizá contribuye a fortalecer la causa liberal que lleva a triunfo al candidato Jiménez.

Es un idealista de combate. Su palabra es de fuego en la crítica al convencionalismo, a la corrupción, a la venalidad, a la injusticia y a la tiranía. El algo de Quijote que hay en todo idealista joven, en él es gallardía iluminada de claro discernimiento. Esta independencia intelectual lo libra del compromiso a una afiliación ideológica definitiva.

Ya en esta época juvenil destaca la necesidad ética de que los medios para cumplir un ideal se ajusten a la misma exigencia de rectitud que el ideal persigue. Mantiene este criterio de entereza moral durante su vida entera. En plenitud de madurez —año de 1926— comenta: "Entiendo que el sentimiento trágico de la vida consiste en confundir fines y medios" (3). Es consecuente con esa exigencia moral el enérgico reproche expresado en 1911 a un movimiento social que trata de usar el atractivo de distracciones viciosas para acercar a los obreros. "... atribuyen" —dice él— "estupendo valor al criterio tradicional desmedrado e ilícito, que asegura no ser menester que haya determinada relación de causalidad entre el fin que se tiene en mira y el medio que para lograrlo se escoja" (4).

En el año de 1911 recibe su título de Pasante de Abogado hecho que así comenta un periódico de aquellos días:

"En San José acaba de graduarse Pasante de Abogado un hermano nuestro en la fraternidad del pensamiento, un hombre inteligente, un hombre honrado, sobresaliente personalidad cuya estatura interna se distingue erguida en el predio de las convicciones redentoras.

"Omar Dengo se llama.

"Nuestro saludo para Omar, fraternal y sincero, es por la idea libre, por la inteligencia airosa, por la juventud generosa que con él han triunfado" (5).

A los veinticuatro años y bajo la influencia del escritor argentino Manuel Ugarte, funda con otros jóvenes el Centro Germinal. Es el año de 1912 cuando el "pendón rojo" aparece como bandera promisoría para el "proletariado". Omar Dengo da su versión en La Prensa Libre acerca de las aspiraciones de aquel centro.

"El Centro Germinal fue fundado de acuerdo con un importante movimiento internacional de propaganda por la cultura del proletariado que responde, a su vez, a la incommovible convicción filosófica que consagra la cultura, en su más amplia forma, como base indispensable de toda labor emancipadora, ya sea individual a colectiva.

[...]

"Su lema viene a condensarse, más o menos, en palabras semejantes a las que siguen, según consta en las respectivas bases de funcionamiento: el centro de estudios sociales denominado Germinal existe para consagrarse esforzada y tenazmente a la difusión de la cultura sociológica entre los obreros del país, como medio de combatir los prejuicios sociales, religiosos y políticos que retardan la evolución del proletariado o la anormalizan" (6).

El Centro Germinal abre batalla contra la influencia del poder político económico en la política del Estado y Omar Dengo es su vocero elocuente. Es un polemista formidable cuya conducta sin mácula le permite criticar severamente a los "falsos apóstoles de la política". En el Centro se inicia como maestro: ahí dicta conferencias de tema social y ofrece lecciones sobre historia de la filosofía. Hacia la hondura de los problemas del hombre ya se orienta porque él piensa, con Renán, que la nación es un principio espiritual.

El primero de mayo de 1913 se celebra por primera vez en Costa Rica la Fiesta del Trabajo y miles de personas escuchan la palabra elocuente del joven idealista que exalta el trabajo del obrero y lo eleva a categoría del espíritu.

La etapa de fervor socialista culmina en Omar Dengo cuando alcanza la edad de veinticinco años. Las Revoluciones, un artículo suyo referente a la revolución social en México, muestra aún su fe en la "bandera roja", entonces teñida de rojo solamente por el ardor del corazón en ideales de pan, libertad y justicia. Pero su fe se muestra ahora inseparable de su convicción de que "la labor que se impone debe consistir en revolucionar los espíritus primero, los pueblos después" (7). Ya se puede advertir entonces como el caudal de su pensamiento inicia vertiente hacia la solución educativa y cultural como la única que, a la larga, puede consolidar una convivencia humana inteligente, libre y solidaria.

Sigue con atención penetrante los sucesos que ocurren en el mundo y destaca en sus exhortaciones a los trabajadores la necesidad de salir de la ignorancia y de la indiferencia que los mantiene en servidumbre, y de cultivar un sentimiento fecundo de fraternidad. Esta es su reacción ante la amenaza de la guerra que ya presiente y los movimientos de solidaridad obrera que se observan en Europa y América. ¿"Qué odio más hondo puede darse en el mundo que el que mantiene siempre a Francia y Alemania en trance de caer en las desgracias horrendas de la guerra"?, dice en agosto del año convulsionado de 1913 y, en contraste, cita nobles ejemplos en sus disertaciones a los obreros:

"Aquí mismo, no hace mucho tiempo, un grupo de trabajadores de Jamaica os dio el más hermoso ejemplo de solidaridad. Eran de raza negra todos, de nacionalidad inglesa y de religión anglicana; los trajo una compañía extranjera para reponer a un grupo de obreros nacionales que se proyectaba destituir apenas ellos llegaran. Mas como los negros, en el muelle no más, se dieron cuenta de que venían a recibir un pan que a otros les faltaba, sin llegar siquiera hasta la ciudad, volvieron sobre sus pasos y tomaron de nuevo el vapor" (8).

Crece en estatura intelectual el joven Dengo y pronto es miembro directivo del Ateneo de Costa Rica en el que se distingue al lado de Brenes Mesen, Antonio Zambrana, García Monge y Justo A. Facio. Sus rebeldías han atemperado las formas agresivas de combate pero se afirman la probidad y definición de su espíritu luchador.

La guerra mundial que se desata en 1914 y sus consecuencias, quebrantan el idealismo socialista de Omar Dengo. Su fe revolucionaria se torna en expectación y examen de crudas realidades y su espíritu angustiado busca cauces de inspiración más honda, respuestas que calen en el ser mismo del hombre.

Fenece el *Centro Germinal*. Unos diez años más tarde y en réplica a una alusión política, explica por qué cambió él su credo juvenil, en un artículo que intitula Mi Anarquismo Claudicante. De ese artículo son las siguientes citas:

"Con muy poco más vengo a ser yo, en el concepto exagerado de La Prensa, el fundador del Partido Reformista. Sus ideas, dicen ellos, nacieron en gran parte de una siembra que hice yo, años atrás, en el "Centro Germinal".

[...]

"Toda mi primera juventud, con su ardor de fuego, estaba allí palpitante y bella.

"Ella se expandía en una vasta ansiedad de luz, y su sed se llenó con el fulgor rojo de aquel fuerte pensamiento demoledor que agitaban los Bakounine, los Kropotkine, los Gorki, Luisa Michel y cien príncipes más de la revolución social. Era la hora del anarquismo en el mundo y las más fuertes juventudes empuñaban el pendón rojo. En el continente, los Lugones y los Ingenieros, en La Montaña, nos habían dado con Ghiraldo y Angel Falcó, el ejemplo.

"¿Qué hice yo allí? Leer, pensar, soñar, amar la justicia y la libertad, creer y, lo confieso, hasta blasfemar. En el fondo, buscar en mi conciencia, poblada de lampos rojos, al hombre que en mí pudiera servirle a su país, sencillamente, en el corazón de los humildes entre los cuales nací con el dolor con que tantos de ellos vienen al mundo.

"Las dificultades primeras suelen presentarse una vez que, para plantear los problemas como realmente son, hay necesidad de apelar a la franqueza y declararles a los trabajadores cuáles son sus derechos, pero también cuáles sus deberes...

"Abandoné la tribuna del taller y vine hacia la tribuna del aula, a servir a los humildes.

"Y cambié de ideas en otro sentido. Llegué a creer que el odio y la violencia, la bomba y la daga, y la llama, no resuelven nada. Nada que pueda ser permanente.

"Llegué a creer también que redimir al hombre de la miseria, sin redimirlo de la pasión y del vicio y de la ignorancia, no es ninguna seria solución de ningún problema" (9).

En el año de 1913 el joven Dengo inicia su interés activo en la educación como profesor de Economía Política en el Liceo de Costa Rica y al año siguiente amplía su docencia con la enseñanza de castellano, lógica y debate. Deja la carrera del derecho y se sume en el estudio de la filosofía y de la nueva pedagogía que ocupan el pensamiento de mentes preclaras en Europa y América. Pronto domina la lectura fluida del inglés y del francés y se desvela leyendo obras maestras que hacen época durante su juventud. Estudia el positivismo filosófico en Renán y en Taine y busca las raíces idealistas en Kant. Con rigor de estudio lee a Emerson, James y Dewey. El trascendentalismo que expone Emerson en sus Trabajos lo impresiona al punto de visitar con devoción el cementerio de la ciudad de Concord en Massachusetts donde un mármol rosado sin esculpir señala el lugar de reposo del primer maestro espiritual de su juventud. Aquel corto viaje, que realiza con Octavio Jiménez en sus vacaciones del año de 1915, es el único al extranjero que tiene oportunidad de hacer en toda su vida. Un año después escribe a Octavio Jiménez:

"Hace hoy un año, mi querido Octavio, que en un salón del Colonial Inn. en Concordia, comentábamos nuestra visita a la tumba de Emerson. ¿Recuerda que esa noche conocimos la nieve? La conversación, cargada de saudades que eran como inciensos, nos rodeaba de la solemnidad de un templo. Había en nuestro desasosiego y en nuestra tristeza, una aspiración vehemente de cosas eternas" (10).

En ese año de 1915 se ha abierto la Escuela Normal de Costa Rica y en ella trabajan los más distinguidos educadores del país bajo la dirección de Arturo Torres, graduado en la Universidad de Columbia y discípulo de John Dewey. Ahí enseñan Roberto Brenes Mesen y Joaquín García Monge, talentos creadores que han recibido en Chile una sólida cultura humanista y pedagógica. Entre los más jóvenes está Omar Dengo, ya autodidacta extraordinario.



Omar Dengo de siete años y doña Mercedes de Dengo.

La Escuela Normal de Costa Rica es un gran experimento de educación nueva. Está orientada por una filosofía social y organizada como ambiente superior de cultura que estimula al máximo el desenvolvimiento integral de los estudiantes. La institución tiene una sección de humanidades, una sección profesional pedagógica y una Escuela de Aplicación. Todo el programa se desarrolla en intensas actividades de aula, de laboratorio, de taller y de asamblea. Se impulsa la ciencia experimental, el arte creador, la eurytmia, el debate, la actividad dirigida de biblioteca. Se orientan los estudios sistemáticos y los clubes académicos y se guía al estudio de los grandes maestros del mundo en ciencia, filosofía, arte, música, pedagogía y literatura. Ahí está la luz de oriente y occidente y se da énfasis a la contribución y responsabilidad americanas.

El Convivio, Ariel y colecciones de pequeños libros que edita García Monge, circulan profusamente entre profesores y estudiantes. Con ellas se trata de interesar a los jóvenes en la lectura de obras

ejemplares. Arturo Torres Ríoseco publica en *El Convivio* su notable traducción de Walt Whitman; Brenes Mesen traduce el ensayo *Compensación* de Emerson y *El Pajaro Azul* de Mauricio Maeterlinck. Se difunden obras de escritores varios como León Tolstoi, José Ingenieros, Alberto Masferrer, Juana de Ibarbourou, Rómulo Tovar, Paul Gerald, José Martí, André Gide, Ernesto Renán, José Enrique Rodó, Eugenio María de Hostos y Arévalo Martínez.

Omar Dengo es un catalizador de la actividad intelectual. A menudo se reúne con el Centro Ariel, uno de los grupos más activos y creadores de la escuela. Allí hay jóvenes que comienzan a ensayar sus dones literarios en el verso, el cuento o el ensayo.

En abril de 1917 celebra sus bodas con la joven maestra María Teresa Obregón y va a residir en la ciudad de Heredia. El hogar es, desde entonces, su refugio amoroso de intimidad. El siempre coloca a la mujer en *El Jardín de las Reinas* de que habla John Ruskin. Su esposa cumple ese reinado con gran dignidad y también con estoicismo cuando llega la hora del supremo dolor.

Las alegrías más entrañables del hogar comienzan con la llegada de Jorge Manuel el primogénito, y se extienden con los hijos que vienen más tarde, Omar, Gabriel y María Eugenia.

En ese año de 1918 la dictadura de los hermanos Tinoco interviene en la Escuela Normal de Costa Rica. Don Omar, con don Joaquín y otros profesores, se retira de la institución y va a residir a San José. Al iniciarse el curso escolar siguiente acepta con su esposa trabajo docente en una escuela privada de la finca La Caja. Ahí se acerca a los campesinos y comparte con interés humano su vivir sobrio y sencillo. La joven pareja aprovecha los recursos educativos que ofrecen los árboles, las hierbas, los pájaros, el cielo. No en vano don Omar ha estudiado a Fabre, a Flammarion y a Rousseau.

La Escuela Normal de Costa Rica cae por un tiempo en tendencia de rutinaria tradición. No faltan ahí hombres de saber pero hay animosidad para la obra de los predecesores y, en vez del régimen de libertad y de estímulo creador, rige ahora un sistema de represión y de rutina. Entre tanto, García Monge y Omar Dengo continúan su magisterio por medio de la revista *La Obra*. En aquellos días surge también *Repertorio Americano* el semanario de América al que don Joaquín se dedica desde entonces.

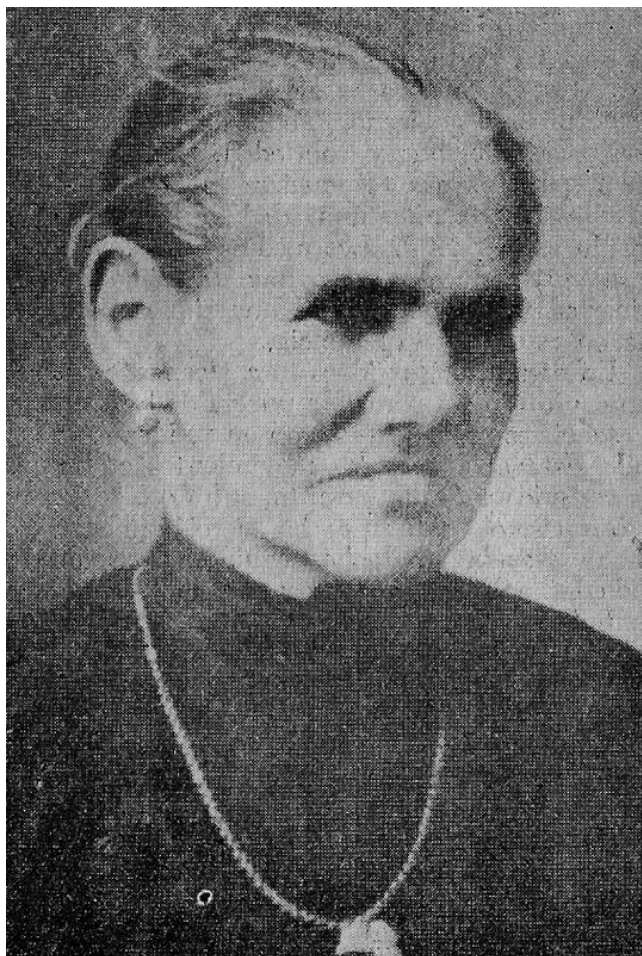
Cae la dictadura en 1919 y Omar Dengo es llamado a ejercer la dirección de la Escuela Normal de Costa Rica.

Cuando regresa ha cumplido treinta años. La institución, como el país en general, está materialmente empobrecida. La guerra mundial de 1914 repercute en la economía, en la salud, en la vida social y política, en las relaciones internacionales. En Costa Rica se agregan las consecuencias de un mal gobierno. Todo obliga a someterse a gran estrechez y sobriedad. Omar Dengo está preparado para recomenzar la obra de espíritu que había tenido una edad de oro entre los años de 1915 y 1917. Los medios económicos son ahora muy reducidos, pero hay un clima de paz y libertad y el maestro trae una riqueza acumulada en estudio y experiencia.

En diez años sus ideas han alcanzado un sereno equilibrio sin perder la pureza de los elementos esenciales que se mostraron en su idealismo juvenil. Está al día en los movimientos culturales más conspicuos del mundo; ha sufrido con decoro un ostracismo voluntario; ha ejercido magisterio en una escuela rural; ha seguido con reflexión honda los episodios y consecuencias de la guerra mundial de 1914; ha ensanchado su esperanza en América; ha fortalecido sus tesis espiritualistas, y todo ello se proyecta en su acción, como hombre de hogar, como ciudadano, como maestro.

El realiza lo que expresa en la siguiente exhortación a los jóvenes:

"Contra las ambiciones, las aspiraciones. Contra las conveniencias, los ideales. Contra las ficciones, las cualidades. Contra la búsqueda de honores, la conquista soberana, a través de nuestra propia vida, del dominio de aquellas altruistas determinaciones del espíritu que se nutren con sangre de sacrificio" (11)



Doña Almira Maison Grabner

Su vida en el campo no le ha impedido mantenerse al día en lo que ocurre por el mundo. Ha comprendido, con los mejores maestros de Europa y América, que la hecatombe sangrienta deja al desnudo la barbarie oculta tras la apariencia de la cultura.

Así dice entonces:

"En todas las épocas, pero sobre todo en la presente, el problema social es problema de educación, por excelencia.

"Está casi todo por hacer", dice a los jóvenes. "Estamos en la época de las opiniones personales y urge llegar a la época de las organizaciones técnicas. Técnica con vida, de creación y no de rutina, de ciencia y no de prejuicio. Estamos en el plano de la imitación y hay que ascender al plano de la creación. Estamos en el plano de las desordenadas vacilaciones, y hay que ascender al de las construcciones firmes. Prepárense los jóvenes, con tesón, con ardor, con persistente decisión de victoria" (12).

En el año de 1920 rehúsa el ofrecimiento que le hace el Presidente Julio Acosta para que desempeñe la Subsecretaría de Educación Pública. Está ocupado entonces en la elaboración de un nuevo plan de estudios para la Escuela Normal que incluye humanidades y estudios profesionales; imparte los cursos superiores de la institución; orienta las actividades extraordinarias; asesora al personal de la Escuela de Educación; escribe para Diario de Costa Rica; participa en actividades de la Sociedad Teosófica y de la masonería y dedica al estudio sus vigiliass de la noche.

Se convierte en soldado en el año de 1921 cuando tropas costarricenses van al Sur a combatir por la integridad nacional. Así lo recuerda con jovial humorismo:

"Cuando salían hacia Panamá las expediciones, salimos con una de ellas, rifle al hombro. Por cierto que no hicimos otra cosa, una vez que la expedición llegó a su término, que defendernos de los mosquitos ... valientemente". (13)

Y otra cosa hizo luego y fue la de exhortar a la concordia:

"Hay un sentido en el cual la nación es el territorio pero hay un sentido en el cual la nación es el espíritu. Y territorio estéril como espíritu poseído de odios, poco vale o significa en el orden de las cosas destinadas a permanecer" (14).

Trabajar por el espíritu es su faena esencial de los años maduros. No la tarea del filósofo o del místico que se aíslan de la plaza pública, sino la del hombre —hombre de pensamiento y de acción— que confronta la realidad cruda y trabaja con vehemencia por purificarla y por elevarla a su más alta potencialidad. Educación y política resultan inseparables en su docencia nacional.

Su inteligencia independiente lo mantiene libre de todo compromiso político de izquierda o de derecha y le impide someter el pensamiento suyo o el ajeno a endoctrinamiento o dogmatismo alguno. Lo que él llama la luz en su verbo a menudo metafórico, es una indicación de búsqueda o de ansia superior, y no un símbolo doctrinario.

Sus discursos políticos convierten la tribuna de plaza pública en una cátedra de civismo desinteresado, en una educación del pueblo. Toma beligerancia en la campaña electoral que lleva por segunda vez a la presidencia de la República al Lic. Ricardo Jiménez Oreamuno, y aprovecha la oportunidad para analizar la función de gobernar.

Cree en el régimen de opinión pública como forma de hacer conciencia cívica y como elemento indispensable de buen gobierno:

"Contribuyamos a formar opinión, es decir, interesémonos, preocupémonos.

"Preocuparse así es gobernar, es dirigir, desde donde más conviene hacerlo, para que los gobiernos lleguen a gobernar desde fuera también, es decir, desde la opinión" (15).

Establece diferencia entre los que son "verdaderos hombres de Estado en oposición a los que sólo son líderes políticos, brillantes, pero fugaces".

"En Costa Rica incurrimos en frecuente confusión a este propósito sin duda por escasez de los unos y abundancia de los otros. En los primeros, cuando menos, hay respeto por los principios y visión de problemas de gobierno" (16).

Respetarse a sí mismo respetando a los contendientes es uno de sus principios. "Necesitamos" —dice— "hombres capaces de ennoblecer la política" (17).

Comenta en una oportunidad:

"Tengo la impresión de que a la Presidencia de la República no siempre llegan los verdaderamente preparados. Hay figuras en el pasado que no sé por qué no ocuparon la Presidencia y que hoy son dignas del mármol y del bronce.

"¿Por qué no fueron Presidentes de la República un Julián Volio, un Mauro Fernández, un León Fernández, un Eusebio Figueroa y otros tantos más? En fin, los historiadores son los llamados a aclarar dudas, pues mientras ellos no alcanzaron la posición que pudieron desempeñar, otros elementos mediocres surgieron de la penumbra con facilidades maravillosas. Y este último es lo que debemos evitar haciendo una política prestigiada" (18).

Algo semejante puede decirse respecto a los ministros de educación que deberían ejercer siempre la función de mayor efecto en la orientación cultural del país. ¿Por qué el insigne Presidente Jiménez Oreamuno no llama al educador por excelencia a llenar esa función y en cambio la ofrece el Ministerio de Relaciones Exteriores? Aparte de los compromisos políticos del señor Presidente que no incumben en este análisis, cabe la duda sobre su estimación de méritos. Quizá no sabe él que el maestro de la nación que ha salido del aula para contribuir con brillantez y pureza a la campaña presidencial, no es sólo un idealista con algo de Quijote sino un magnífico administrador como lo ha demostrado su dirección de la Escuela Normal de Costa Rica. Nadie en el país sabe más que Omar Dengo, en su tiempo, la teoría y las mejores prácticas de la educación que están renovando y vitalizando la escuela en Europa y en América. Además de extraordinaria erudición, tiene el conocimiento necesario sobre las necesidades y recursos del país que deben fundamentar un programa de cultura y de educación nacional.

Omar Dengo no acepta el Ministerio de Relaciones Exteriores. El es un consagrado a la fe y al trabajo de la educación y ve esta tarea desde la altura en que debe colocarse un estadista. Comenta, cuando se intenta suprimir la segunda enseñanza en el país por la penuria en que lo deja la guerra mundial.

"Se dice que se aspira a construir una verdadera democracia: ello importa una concepción dinámica del Estado, la del Estado que se construye a través de los individuos, la cual le impone la obligación de capacitarlos para ser instrumentos conscientes de una activa creación de fuerzas que puedan traducirse en constante mejoramiento de las instituciones que expresan la vida de la nación.

"... Dentro del concepto moderno, es decir, sociológico, funcional, del Estado, los problemas políticos no son sino problemas de educación" (19).

Una vez ante un grupo de obreros y estudiantes, expresa:

"Hay que abordar los problemas con altura. Se habla de carreteras y no se piensa sino en contratar un empréstito cada cierto tiempo. ¿Cuándo vendrá el estadista de certera visión que aparte los ojos del problema fiscal y los ponga en el problema económico general del país? Lo mismo nos ocurre con todos los problemas.

"En lo educacional es un error creer que la enseñanza de las matemáticas y del castellano representan una orientación de la cultura... Hay que poner fin a la leyenda de que somos un pueblo esencialmente culto, de que vivimos en la Suiza centroamericana, de que ésta es la mejor de las democracias, de que San José es un París chiquito...

"... lo que importa es que se dé a la enseñanza el sentido de la responsabilidad que se adapte a las necesidades y aspiraciones costarricenses" (20).

En el mismo contexto de pensamiento, desea que los Presidentes tengan "la altura en sí mismos" de manera que les permita tener "una visión superior". "Si el hombre es grande" puede "trazar carriles fecundos de acción constructora" (21).

"Nuestra defensa está en la cultura, en realizar efectivamente una función de cultura. Hace pensar al país. Apoyar a la prensa en su tendencia actual de dar curso a las opiniones de los que deben expresarlas" (22), dice él en una de las tantas ocasiones en que habla para la nación.

Desde la Escuela Normal trabaja por la reconstrucción de la escuela costarricense. Mucho comenta los Programas de Educación Primaria, urbana y rural, de que es autor Brenes Mesen, los programas más consecuentes con las necesidades y características nacionales, elaborados en Costa Rica durante la primera mitad del siglo XX. Ellos enfocan los problemas de la población rural que deben merecer atención primordial en un plan integrador de educación y en general, de buen gobierno. Así lo comenta el profesor Dengo.

"La situación de los campesinos, plantea al país el mayor problema. Ignorarlos es ignorarnos; ignorar la historia, desconocer la actual situación y carecer de un presentimiento siquiera elemental acerca del porvenir del país. Y esta ignorancia acarrea incapacidad de adiestramiento para el progreso, vale decir, incapacidad de educación y, por lo mismo, de autonomía.

"... en una tarea de reconstrucción, lo primero sería reedificar la escuela rural, para sustituir las instituciones simuladas con que hemos venido engañándonos" (23).

Esas palabras, dichas hace unos cincuenta años, continúan teniendo vigencia. ¿Qué se está haciendo hoy por la escuela rural? La construcción de aulas en que se empeñan los gobiernos tiene buen propósito, pero no está respondiendo a un plan educativo con visión de conjunto. Hay que repetir aquellas bien conocidas palabras del maestro:

"Economizar en escuelas es economizar en civilización y ningún pueblo de la tierra tiene derecho a hacerlo. Gastar pródigamente en educación, no es una cuestión de finanzas, sino una cuestión de honor, de decoro nacional. ¿Se quieren, por ejemplo, buenos caminos?, pues hay que abrir caminos de luz en el alma popular para que circulen por ellos la iniciativa y el desinterés, y entonces los caminos invisibles se plasmarán en la tierra ávida de encauzar energías" (24).

Planes de gobierno reclama Omar Dengo con un binomio que es clave de su pensamiento político: desarrollo económico y cultura. "Podréis objetar que el problema educacional es económico, y yo responderé con credo de maestro de escuela, que el problema económico lo es, fundamentalmente, de cultura" (25).

Piensa que es urgente aceptar el desafío de la historia y dar al movimiento de la escuela moderna una orientación creadora de mayor-eficacia, aprovechando los recursos y los métodos científicos del siglo.

Omar Dengo explica las tesis educativas más avanzadas. Se ha interesado por el desarrollo de la naciente sociología y la considera tan indispensable como la psicología para determinar los principios y los métodos de la educación.



Don Omar en el grupo de graduados del Liceo de Costa Rica.

Incluye esas disciplinas entre los cursos que personalmente dicta en la Escuela Normal. También explica la pedagogía e integra en ella la filosofía, la ciencia y el arte de la educación. Expone brillantemente la teoría, esclarece los principios e ilustra las ideas con variado material sobre programas y métodos modernos. Conduce a los alumnos al estudio de los más notables educadores de los Estados Unidos y de Europa que preconizan la educación nueva. En sus lecciones se citan corrientemente los nombres de William James, William Kilpatrick y John Dewey. Ya en 1910 ha comentado ampliamente, *Cómo pensamos* y *Democracia y Educación*, dos obras fundamentales entonces muy recientes. Presenta con gran respeto la obra robusta del filósofo norteamericano que él denomina "filosofía de acción", aunque sustenta una diferente tesis sobre los valores. Su dialéctica estimula el pensamiento crítico: abre la mente de los discípulos a la consideración de diversos puntos de vista sobre la base de información copiosa y mucha lectura personal. Estas son palabras suyas, cuando escribe sobre ciencia y libertad, en carta a Joaquín García Monge.

"Había libertad, y aquella juventud oía, comentaba, discutía, pensaba, dudaba, adiestrando así sus fuerzas en un ambiente acogedor de todas las preocupaciones y tendencias que es lo que prepara la actitud en que cada cual puede tender conscientemente a asumir la dirección de sí mismo, en acuerdo con sus íntimas necesidades, con sus capacidades e inclinaciones. Lo cual conspira activamente a preparar el ejercicio de la ciudadanía que la actual aspiración democrática demanda.

"Los jóvenes vivían en la Escuela en medio de una rumorosa agitación de ideas, surgidas de todos los orientes del espíritu. Ninguna tenía la pretensión de dominar, ni la de esclavizar inteligencias. Todas concurrían, todas con amor, a reproducir el espectáculo de la infinita ansiedad con que el hombre busca la luz" (26).

Omar Dengo lee a Edward Thorndike con gran interés: admira su disciplina científica y sus experimentos meticulosos, pero discierne con agudeza sobre las tesis del psicólogo y rechaza las ideas que pueden justificar un aprender mecánico. Coincide con Dewey en que el concepto de

libertad aplicado a los métodos de pensamiento y acción en un medio democrático, implica responsabilidad social tanto como ejercicio inteligente y creador de autonomía individual.

Para él los conocimientos deben ser agentes de autonomía espiritual.

"Los conocimientos adquiridos como suelen serlo, a más de inestables, son propensos al dogmatismo, ineptos para concurrir a determinar superiores orientaciones de la conducta, expresivas de una voluntad fuerte, de una sana y delicada emotividad, de una clara concepción de las propias responsabilidades, de una heroica lealtad a las íntimas convicciones. Hemos olvidado que los conocimientos deben ser agentes de autonomía espiritual" (27).

Está de acuerdo con Ferriere en la afirmación del gobierno de sí mismo y se entusiasma con las ideas y experiencias originales de Ovidio Decroly, quien estructura una escuela de vida sobre fundamentos científicos de raíz biológica y proyección social.

Importa de Bélgica libros y materiales de enseñanza y orienta los primeros experimentos con el método global, tendencia que después se desarrolla con amplitud y firmeza en Costa Rica.

También se interesa Omar Dengo por los movimientos educativos que se promueven en Alemania, Italia, Suiza e Inglaterra. En sus lecciones se discuten obras de Rousseau, Pestalozzi, Kerchensteiner, Claparede, Gentile y Wells. Sanderson de Oundle, obra de aquel inglés inquietador, da lugar a reflexiones y comentarios. La escuela de Omar Dengo tiene semejanza con la escuela de Sanderson. Ambas se enfrentan a la responsabilidad que la época exige de la educación y crean un ambiente de cultura humanista por el contacto con las mejores obras de la cultura universal.

Omar Dengo da a su programa un gran sentido de armonía. Con Goethe, busca visión de conjunto y persigue el equilibrio entre la naturaleza y la cultura, entre la ciencia y el arte, entre los ideales y la vida práctica. Con Unamuno escruta, duda y somete su religiosidad profunda a las preguntas de la razón. Se allega a la compañía del angustiado salmantino como lo hace a la de Platón cuyo banquete disfruta con deleite.

No faltan escritores de la calidad fina de un Rabindranath Tagore en la bibliografía que consultan sus alumnos. La obra de educación, de poesía y de espíritu del maestro oriental se lee a la par de los poemas de Gabriela Mistral y de los libros de Tolstoi.

Las lecciones son profusamente documentadas en el artículo, el libro y la experiencia pedagógica. No bastan las horas de clase para guiar a los jóvenes. La semana se inicia con una plática en que las ideas siguen el vuelo de lo más importante y reciente: un problema del país, un libro nuevo, un motivo religioso, un gran hombre, un descubrimiento científico o una obra de arte. Y hace más: bajo su dirección se ponen en escena fragmentos de la Odisea, del Quijote o de Shakespeare. El mismo es autor de obras de teatro metafóricas, preñadas de sentido y revestidas de belleza.

Solemnes son las reuniones anuales con los graduados. Al suceso concurren centenares de maestros de todos los puntos cardinales. _ Se les recibe con coros y guirnaldas como en fiesta de la Grecia clásica, se presenta alguna obra de arte, se escuchan las palabras elocuentes de Omar Dengo y de García Monge y hablan los graduados.

El maestro conversa con los compañeros de trabajo que lo secundan con fervor, con los amigos que lo buscan para consulta y diálogo; con el periodista que le asedia para obtener la primicia de su opinión, con los ciudadanos que lo llaman para que analice problemas de importancia nacional. Dedicar tiempo a estimular las actividades de los estudiantes y las lecturas en la biblioteca. Está

presto a poner en manos de los jóvenes el libro oportuno que cultive afición o alimente aspiraciones. Así introduce a Maeterlinck, Whitman, Plutarco, Virgilio, Kalidassa.

En sus últimos años dedica una hora los domingos a un círculo de amigos que se reúne en su casa para leer y comentar libros antiguos y nuevos. Presta a jóvenes estudiosos obras como *Juan Cristóbal* de Romain Rolland, *Wilhelm Meister* de Goethe, *La Llama Inmortal* de Wells, *Amor y Pedagogía* y *Del Sentimiento Trágico de la Vida* de Unamuno; *Poemas* de Novalis y *Don Quijote de la Mancha*.

A lo americano da poderoso acento. Cree en la América heroica y promisorio y se acoge a Sarmiento, a Bolívar, a Martí. Avizora los riesgos que pueden venir del Norte, pero alza su fe, a la vez, en la sombra tutelar de Jorge Washington.

Cuanto más ahonda la obra educativa, más ensancha su visión americana y universal. Cree, con Martí, que el decoro es inseparable de la libertad, y es un desvelado por la justicia.

El discurso que pronuncia ante los restos de Marcelino García Flamenco —el maestro salvadoreño, mártir por salvar los derechos humanos en tierra de Costa Rica— es una oración y un acto de fe.

"Hay el Héroe de la verdad; el Héroe que sufrió persecución por querer robarle luz al sol; el Héroe de la virtud que se llamó Santo, encarnando la virtud, como en el caso de Francisco de Asís; hay el Héroe del amor, el que dicta el evangelio de la fraternidad.

"Pensad vosotros cómo tiembla en presencia del crimen; cuando están al frente el odio, .7 ha venganza que es la sombra y la conciencia, el deber del maestro, que es el ojo de Dios sobre el crimen de Caín" (28).

En sus exhortaciones sobre América, reclama para el maestro una tarea superior.

"En América la escuela confronta una tarea caupolicánica: la de tender, enclavados en los Andes, erguidos como la lanza del Quijote, amantados de gloria por los senos de los océanos, los sillares de una civilización nueva y mejor. Al evocarla, recordemos que el genio de la raza sentirá traicionada su virtud mesiánica, mientras las escorias de una ruina les brinden sustento a los despotismos, propios y extraños de que América se avergüenza" (29).

La ilustración, la probidad intelectual y la fluidez elegante a que ajusta su palabra, trascienden la institución y llegan a constituir cátedra para toda la nación. La Escuela Normal de los tres más grandes educadores que por allí pasaron en un lapso de quince años —Brenes Mesen, García Monge, y Omar Dengo— llena entonces el vacío cultural existente por la falta de una verdadera universidad. El Lic. don Alfredo González Flores, el presidente costarricense más progresista en las primeras décadas del siglo, había dotado a la institución de todos los elementos que pudieran hacer de ella el centro promotor de educación y cultura más alto del país. La escuela de Omar Dengo no hereda la abundancia de medios económicos pero hereda el espíritu y lo mantiene fecundo. En sus diez años de plenitud alcanza a ser "matriz de cultura y de opinión pública", "semillero de justicia y de libertad".

En este tiempo los problemas del país relacionados con negocios de corporaciones extranjeras despiertan interés candente. Hay quienes claman con pasión teñida de odio contra los Estados Unidos en afán de combatir a la United Fruit Company o a un trust que intenta establecer monopolio de la energía eléctrica.

"¿Odio al extranjero?", pregunta Omar Dengo en el año de 1927. Y él mismo responde: "No, que sería injusto, sería insensato y sería infecundo. Pues de ser en alguna manera fecundo el odio, —si el odio puede serlo— sería fecundo en males, en dolores y desgracias". (30)

Analiza luego con claridad el criterio y la actitud que corresponden a una legítima afirmación de la nacionalidad.

Reconoce el beneficio del importe extranjero que no va en mengua de la soberanía del país. No pierde la ponderación para distinguir lo bueno de lo nefasto que puede venir de la poderosa nación del Norte. Expresa admiración a Emerson, a Lincoln y a Washington y reconoce el espíritu de empresa y la confianza en sí misma que aquella nación ostenta y que "son fuerzas creadoras de civilización". Cita extranjeros de origen que "vienen a convivir con nosotros y que se ufanan de ser costarricenses como Moreno Cañas, los Fournier, los Victory, los Quirós" y un "John M. Keith". Esta ecuanimidad crea alrededor suyo respeto y atención cuando declara enérgicamente: "No queremos monopolios en Costa Rica". Piensa como Martí que la patria está vinculada a la tierra y combate todo tipo de negocio —contratos, empréstitos en el extranjero, concesiones— que puedan convertirse en un instrumento de conquista. Procura alentar la fe en lo propio costarricense y así coopera con vehemencia en campañas como la que se desarrolla en el año de 1928 por la nacionalización de la energía eléctrica.

"Odio al extranjero, no; pero sí la empresa creadora, la fe en las propias capacidades y el propósito de darle realidad a la fe. Es tarea de hombres públicos, de hombres de Estado precisamente, en cuanto les corresponde la más grande de las responsabilidades que les son atribuibles: la de ser educadores de su pueblo" (31).

En los dos últimos años de su corto vivir tiene la salud quebrantada pero eso no detiene la entrega íntegra de sus fuerzas a su patria, a su escuela, a su hogar y a sus íntimas inquietudes religiosas filosóficas. Disfruta con encanto el goce de levantar en sus brazos a la pequeña María Eugenia que trata de alcanzar una campanita roja y el gusto de llevarla al jardincillo para que se inicie en la primigenia sabiduría que enseñan la aurora, las hierbas, las rosas.

En el ocaso de su vida logra tener una parcela en el patio de la casa que habita y la siembra con esmero. "¿Para qué?", le dice algún amigo, "es un error plantar en lo ajeno". El se desentiende del consejo y piensa que el ejemplo puede ser una cosecha:

"El inquilino que me suceda recibirá la sugestión de mi esfuerzo, ojalá piadosamente, y acaso también recoja la cosecha.

"Mi ejemplo, como los frutos de las plantas que he sembrado, es una cosecha. Fecunda, porque habré cultivado el espíritu de un hombre; noble, porque este hombre es para mí un desconocido.

"Quizá él traiga consigo a la nueva casa el proyecto de cultivar, y encuentre ya comenzada la obra. Esto me inquieta más que la producción de la tierra; y más que ambas, me interesa el contribuir al establecimiento de un principio de continuidad en el propósito y en la empresa... Y tan humilde como es esa contribución basta a darme conciencia de uno de los sentidos en que se perpetúa la vida. Así, me asocio al largo esfuerzo de la humanidad, y me da participación en el milagro de la naturaleza. Me hace sentirme creador y no de otro modo podría sentirme Hombre" (32).

Sus deleites de vacaciones son los de caminar por los caminos de montaña y pasar días en una enramada a orillas del mar. A la playa viaja con su familia y un pequeño grupo de amigos. En uno

de sus últimos veranos también lleva a su madre doña Almira, ya una viejecita blanca. Se da el gusto de sostenerla en sus brazos y de hacerla reír entre la seda de la espuma y el acariciante embate de las olas.

Los discípulos y amigos advierten cómo su verbo se hace cada vez más sobrio y más hondo y admiran su dulzura serena. Solamente aquéllos que participan de sus confidencias íntimas saben, sin embargo, que la flor de sabiduría y sutileza que despliega su palabra brota de un corazón que se angustia profundamente. Ya no le alcanza el tiempo, no es suficiente su vida temporal tan limitada, para entregarse a tanto que solicita su fervor. En una carta a María Isabel Carvajal, amiga entrañable, deja al desnudo esa angustia, carbón en que está cristalizando el diamante de un espíritu que conoce el dolor de la vida y está en el trance de humildad absoluta que anticipa una aurora inefable. Dice en su carta:

"Es triste, María Isabel, que Ud. supiera, por adelantado, que yo no cumpliría la promesa. Es triste para mí, quiero decir. Desde hace años mi vida se viene deshilachando en promesas irrealizadas que casi siempre son o han sido pedazos de mi corazón. Siquiera fuese una bandera enarbolada, poco importaría que el viento la desflecara. Ud. señaló mi dolor, y si no supiera yo decir que su mano besa, diría que quema.

"Por fortuna, ni Ud. es Mahoma, ni yo la montaña. De selva algo tengo; de selva impenetrable, por la oscuridad espiritual en que vivo, ciego casi a la luz que me rodea ... Y por mi carácter abrupto, algo de montaña tengo también. De cumbre, nada; salvo en cuanto a que la cumbre suele sentir voluptuosidad en los latigazos del rayo que son como sus cilicios.

"Qué egoísmo el mío, María Isabel! No quiero ser romántico, ni soy pesimista, pero a veces me parece espantoso mi egoísmo. Siento que vivo como vampiro, absorbiendo la vitalidad de los corazones que me rodean. Mi madre, toda sacrificio que yo inspiro; mi Tere toda bondad y tolerancia infinitas, que yo no recompenso; mis chiquillos, todos porvenir al cual nada consagro; mis amigas y mis amigos, todos generosidad que yo devoro con la voracidad del fuego.

"De todo eso vivo, como un mendigo en la puerta de un palacio, sin otro gesto que el de saber pedir perdón.

"Pero tengo una esperanza, una sola, que me consuela, me fortalece y me redime. Alguna vez, más allá de la presente vida, florecerá en mí el bien y algo devolveré de tanto que ahora se me da. Y si no es cierto que existe el más allá que he visto; es decir, si es ilusión, y habré de volver simplemente al polvo ... mi polvo será el más humilde de la tierra. Nadie que imprima sobre él sus huellas sentirá estorbo.

"Mientras tanto, miro caer las rosas de la tarde y me esfuerzo en creer que las desprende la aurora. Es quizás el único esfuerzo de que realmente soy capaz".

Omar.

"Por aparte contesto su carta" (33).

Es triste, María Isabel, que Ud. en su vida,
por adelantado, que yo no cum-
pliría la promesa de estar para mi-
quiero de Ud. Desde hace años mi vida
se viene de ablandando en prome-
sas. inalizadas que cada día me
voy o voy sido de dolor de mi
carácter. Si quisiera que se con-
dona, para que se impudencia
que el viento la de ofender.
Usted. Señalé mi dolor, y si me
supiera yo de Ud. que me
mostrara una vida que guerra.

Por fin una, mi vida es
Mahoma, me lo la montaña.
Se llama, algo tengo, de la
va impudencia, por lo
decuridad espiritual en que vivo,
dego cada una a la luz que me
trae. Y por mi carácter
abundante. Algo de montaña
tengo también. Se cumple, nada,
sólo en cuanto a que la
cuando que se senta no
lugar de vida en las luga-
ras del rayo, que son como sus chozas.

2
Qué egoísmo el mío, María Isabel!
No quiero ser lo mismo, mi vida
se viene de ablandando en prome-
sas. inalizadas que cada día me
voy o voy sido de dolor de mi
carácter. Si quisiera que se con-
dona, para que se impudencia
que el viento la de ofender.
Usted. Señalé mi dolor, y si me
supiera yo de Ud. que me
mostrara una vida que guerra.

Por fin una, mi vida es
Mahoma, me lo la montaña.
Se llama, algo tengo, de la
va impudencia, por lo
decuridad espiritual en que vivo,
dego cada una a la luz que me
trae. Y por mi carácter
abundante. Algo de montaña
tengo también. Se cumple, nada,
sólo en cuanto a que la
cuando que se senta no
lugar de vida en las luga-
ras del rayo, que son como sus chozas.

Alguna vez, más allá de la presión
de la vida, flairece
en mi el bien y algo de no tener
de tanto que ahora se
me da. Y si me es cierto
que se pite el más
allá que he visto,
es de Ud. si es un día,
y habré de volver con
placencia al pueblo mi
pueblo será el más humilde
de la tierra. Nadie que me
pueda sobre el sus tumbos
sentir e estar.

Miéntase tanto, como
caer las cosas de la vida
y me esfuerzo en creer que las
deprende la aurora. Lo que
jás el amor e esfuerzo de que
realmente es un capón.

Don.

Por aparte con esta la carta.

Así es Omar Dengo. Una vida ejemplar que él realiza con amor, humanamente. Su vivir es dación perenne:

"No soy más que un hombre que aspira a ser bueno.

"A veces se me ocurre que todo el Universo no expresa sino una sencilla aspiración: dar. Dios es el don" (34).

La aurora es para él símbolo universal de continuo renacimiento. Su idea del hombre superior es la del espíritu creador que alcanza la conciencia de la luz.

"La conciencia de la luz, da luz. Lo que me creó, crea en mí.

"El adquirir conciencia de aquéllo que me creó, me hace creador" (35).

Su vida se agota a los cuarenta años. Presiente su muerte horas antes y la recibe con la paz iluminada de quien espera una misteriosa aurora.

Se ha despedido temprano de sus cuatro hijos. Al lado del lecho está la esposa, mujer fuerte como María, la mujer del Evangelio de quien él ha dicho:

"Ella, con una fe, con una humildad, con un amor excelso: sin expresar asombro ante el enigma tremendo, acaso sin temblar, dulcemente dice que es la Sierva del Señor, y espera que en ella se cumpla la voluntad Omnipotente" (36).

Estamos también junto a su lecho los amigos más cercanos: Habla de su muerte con sencillez. Se refiere a los jóvenes y recomienda la salud y la alegría. Se arregla la camisa en último gesto de pulcritud, pulcritud que ha sido en él inmaculada.

Una anciana devota que le admira comenta la nobleza serena de su vida y de su muerte: "Es un santo laico", dice ella.

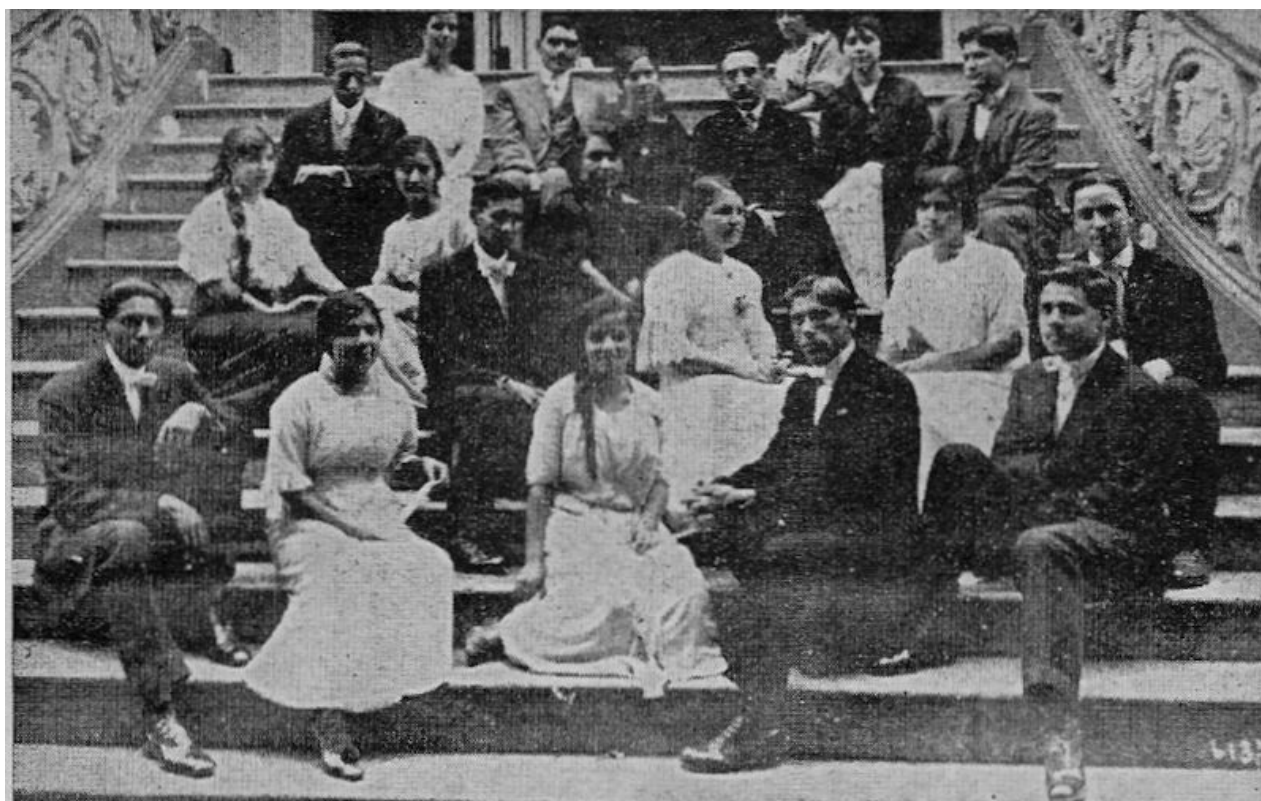
El dar concluye en la vida de Omar Dengo en su meta suprema. El lo ha dicho de esta manera:

"Para tu hermano, ¡Tú!

Para tu vida, Dios" (37).

¿Qué deja Omar Dengo a la posteridad? Lo más hondo de su obra es imponderable porque es tránsito de espíritu a espíritu. La entrega diaria a un magisterio directo le priva del retiro necesario para escribir la obra grande y concentrada que su talento puede producir. Los escritos y discursos suyos recogidos en obra póstuma, son parte mínima de su trabajo abundante y profundo. La fecundidad de su palabra cargada de mensaje se advierte, sin embargo, en esos escritos y deja simiente en quienes le buscan con inteligencia y corazón abiertos.

Omar Dengo figura hoy en la galería de los Beneméritos de la Patria. Se reconoce así para la historia el ejemplo de un maestro que lo es en todos los órdenes de su vida: en el aula humilde, en la cátedra superior, en el periódico, en el hogar y en la plaza pública; maestro de un pueblo y maestro de maestros.



Don Omar con los graduados de la Escuela Normal de Costa Rica, año 1915.

Citas

1. REYES, ALFONSO: "Rodó", del libro. *Rodó y sus Críticos*, Biblioteca Latino Americana dirigida por Hugo Barbagelata, París, Imprenta de Mr. Vertogen, 1920, p. 331.
2. DENGO, OMAR: *Escritos y Discursos*, Edición de María Eugenia Dengo de Vargas, San José, 1961, p. 10.
3. *Idem*, p. 293.
4. *LA PRENSA LIBRE*, Dlc. de 1911.
5. *Idem*, 25 de Julio de 1912.
6. DENGO, OMAR: "Las Revoluciones", de un álbum de recortes de María Teresa Obregón de Dengo. No hay indicación de fecha. Corresponde la selección del año de 1913.
7. DENGO, OMAR: "Palabras de Admonición y Concordia", hoja suelta, Imprenta Nueva, Martín y Matamoros, Agosto de 1913.
8. *Idem*.
9. *Dengo, Omar: Escritos y Discursos, Op. Cit., p. 254-257.*
10. *Idem*, p. 116.
11. *Idem*, p. 377. 2.
12. *Idem*, p. 380.
13. *Idem*, p. 260.
14. *Idem*, p. 262.
15. *Idem*, p. 234.
16. *Idem*, p. 294.
17. *Idem*, p. 317.
18. *Idem*, p. 318.
19. *Idem*, p. 334-335.
20. *Idem*, p. 310.
21. *Idem*, p. 302.
22. *Idem*, p. 309.

23. *Idem, p. 221.*
24. *Idem, p. 338 - 339.*
25. *Idem, p. 339.*
26. *Idem, p. 384 -385.*
27. *Idem, p. 375.*
28. *Idem, p. 249.*
29. *Idem, p. 366.*
30. *Idem, p. 305.*
31. *Idem, p. 306 - 307.*
32. *Idem, p. 192 - 193.*
33. *DENGO, OMAR: Carta a María Isabel Carvajal, copia fotostática.*
34. *DENGO, OMAR: Op. Cit., p. 197.*
35. *Idem, p. 190.*
36. *Idem, p. 150.*
37. *Idem, p. 145.*

Vida Profunda

La vida es cumbre y el esfuerzo es ala.

No hay que volar como hoja, hay que volar como ave: con rumbo.

La bondad es una fuerza invencible.

La alegría es para todo hombre de acción una fuente de virtud.

Lo más difícil de aprender en la vida es el dominio de sí.

Nosotros sólo crecemos y nos ennoblecemos y perfeccionamos en la medida en que trabajamos por el enaltecimiento de los demás.

Decía Lugones que abstraer es poner espíritu y quitar materia. Soñar y crear, aspectos superiores de la abstracción, es quitar pasado y poner futuro y quitar sombra y poner fulgor.

Trátase de realizar la empresa heroica de vivir un minuto de perfección, de verdadera grandeza, de aprisionar por un momento dentro de ustedes la vida del hombre superior y sentir que, como en la historia del mundo, ella crea una cumbre desde la cual viene la luz y hacia la cual se dirige toda la suprema avidez de conquistar un porvenir.

Todos somos grandes en cierta medida y en alguna dirección. Algo hay en nosotros siempre dotado de grandeza: una habilidad, un deseo, un hábito, un ejemplo, un pensamiento. Algo hay siempre. Y siempre hay cerca de nosotros alguien en quien nuestra modesta grandeza puede reflejarse para ser impulso o ser lección. Siempre tenemos a nuestro alcance alguna actividad, en la cual derramar siquiera un hondo entusiasmo del corazón. La simple palabra cariñosa que ahora digo a mi niño mientras pongo en su hombro mi mano, es toda una espléndida fuerza creadora. El niño sonríe. En ese momento, la vida tiene para él un matiz?-al menos, de sus grandes alegrías de Navidad. Y la sonrisa sirve de pretexto para que le llegue al corazón un rayo de sabiduría.

¡Es tan dura a ratos esta lucha con las gentes que dependen de las circunstancias! Pero nosotros tenemos en cierto modo la obligación de colocarnos por encima de las dificultades a cambio de contribuir en nosotros y fuera de nosotros al desarrollo de las fuerzas superiores de que dependen los intereses permanentes.

Las cosas, como los espejos de los magos de Thesalia, revelan todos los enigmas. Esta ánfora que acoge las rosas, afirma un verbo profundo. Nada sabe de ellas, sino que limitan su callada existencia. Ignora que vierten sobre ella un perfume. Y así ignorante, envuelta en aromas, esta ánfora vive porque hay rosas, y para que ellas, al reposar, perfumen tu meditación. ¡Qué noble menester: llevar en alto las rosas!

Como una tela de araña se trama y entreteje esta conversación. Los hilos salen de un centro, hacia todas las direcciones; pero sobre un plano. Pasan a su través las ideas y dejan allí suspendida una música. Es mi presa, y también la tuya. Tú y yo nos alimentamos de insectos maravillosos que arrastra el viento... Sólo que sueles extender la tela de frente a un rumbo y éste limita la fecunda acechanza.

Conviene dotarla de un amor y de un sentido de esfericidad... Si llegara a enredarse en su tela alguna estrella, tendrías un hermoso festín.

Si tuviéramos el oído fino, advertiríamos cómo caen en la nada, unos tras otros, nuestros minutos, como un vaso que se derrama gota a gota.

Cuando miramos el cielo, hay constelaciones que nos atraen de preferencia. Orión, por ejemplo, que siempre lo hemos visto, que siempre lo hemos amado. Gracias al astro amigo, el cielo nos es familiar y no nos sentimos perdidos en la infinitud (¡Dios es tan humano!).

Luz es el dolor, y cuando usted me dice que está aprendiendo a resistirlo, a amarlo, sus palabras me parecen admirables, y siento que hay en su corazón un yacimiento de sabiduría.

¿Astucia? ¿Cansancio? ¿Debilidad? De todo eso hay en mí, desgraciadamente. Pero tengo derecho y deber de esforzarme por condensarlo todo en una sonrisa de esperanza. Como el jardinero, pongo en las eras ceniza, cal y estiércol y después planto el rosal con la ilusión de que en las rosas ascenderá todo aquello hacia la alegría del cielo.

Hay que reflexionar un momento acerca de los hombres que pretenden colocarse "más allá del Bien y del Mal".

Generalmente sólo consiguen colocarse más allá del Bien, y cuando se les busca se les encuentra en el Mal o en el INFRABIEN...

Claro es que siempre son fecundos los escrúpulos y que cuanto más delicados sean tanto más pródigos en bien serán; pero hay que adquirir la disciplina de no dejarlos convertirse en obstáculos para llevar adelante las decisiones de la conciencia.

Cuando un dolor nos hiere, no podemos comprender que sobre la oscuridad de nuestra mente está esa sabiduría profunda del corazón, que nos hace ver que mientras Dios exista, el Universo no puede estar organizado para la crueldad.

Hay hombre que llegó muy alto con los dolores de su corazón; hay hombre que llegó muy alto por los errores de su propia vida, pero, cuando llegó a la cumbre, un rayo de luz le purificó la vida.

¡Lo nuestro es de todos! Somos de cierto los hombres como las partículas infinitesimales que integran un diapasón: todas han de vibrar para que el canto de una nota ruede en los aires. La modulación menos intensa es obra común. Quien desprecia lo pasado, a sí mismo se desprecia; quien no anhela el futuro, renuncia su derecho a la Vida. Y sólo existe en cuanto al valor de la tarea individual la restricción de que la realiza de mejor modo el que tiene conciencia de la significación de su vida con respecto a la vida de los demás seres. La posibilidad de crear en cada uno esa conciencia, la de hacer que intervenga la voluntad en el movimiento evolutivo individual, es el oasis en que se ampara de los rigores de la intemperancia y del egoísmo, la fe en la edificación moral del hombre ...

En la mujer hasta la ironía es sonrisa.

Los días de las bellas tontas sonrientes, que dijera un escritor, están agonizando. Surge la época de la intelectualidad femenina. La mujer que triunfa no es la bella Otero danzando lascivamente; es la señora Curie disertando en la Sorbona.

De estrella o de barro, dé carne o de lirio, la mujer es sagrada.

Mis amigos son los puntos de referencia de mi espíritu. Sin los seres que amo, se me habría secado el corazón y tendría ya los ojos apagados.

Así vamos por esta senda de idealidad, mano en mano, corazón en corazón, creando una realidad espiritual más viva que las meras realidades materiales.

Planta un Arbol de Navidad

¡Planta en tu espíritu un Arbol de Navidad!

En medio del corro bullicioso de la vida, el árbol se muestre colmado de dones al alcance de todas las manos.

Que unos lo llamen oasis; que otros le digan estrella; y otros lo juzguen sagrado; y otros le pidan amor ...

Que cada cual alzando la mano hacia el follaje luminoso, se sienta ennoblecido. ¡Oh encanto! dirán, y encontrarán que la maravilla está en ellos.

El árbol parezca, sin embargo, por sencillo y sereno, un simple arbusto del camino ... Y haya en él magnífica profusión de regalos para las almas de los seres y de las cosas.

Para la piedra, lo que pueda hacerla mármol o rubí. Para el lirio, la mano gloriosa del Arcángel. Para el ave, para la estrella, para todos ...

¡Algo para todos!

Para tu hermano, ¡Tú!

Para tu vida, ¡Dios!

Horas místicas

Conciencia de la luz

La conciencia de la luz, da la luz. Lo que me creó, crea en mí.

El adquirir conciencia de aquello que me creó, me hace creador.

Yo voy hacia el jardín o hacia el erial, según quiera guiar los pasos. Y, miro el cielo de tarde o por la noche, según me plazca. De ahí que si me habitúo a contemplar el jardín, tan intensamente como si lo incorporase a mi vida, para embellecerla, y algo de su colorido o de su fragancia se comunica a mi pensamiento, cuando adversas circunstancias me inducen a llegar al erial, éste — ennobleciéndose súbitamente— se transforma en jardín. Mi pensamiento redime al erial. Mi pensamiento es redentor si yo le doy en mí la libertad. Y yo se la doy rompiendo las ondas que le impiden reconocer su propia maravillosa naturaleza. Tras ellas, la aurora es un bien permanente. Son densas sombras que han cristalizado en mármol y hay que romperlas a golpes tremendos de mazo. Pero cuando se desgajan las primeras moles y empieza a irrumpir la luz primaveral, entonces los mármoles se funden y flota sobre las sombras dispersas la gloria del poder creador. Es la aurora ¡es la luz!

¡Sentir que tu vida es la obra de tu pensamiento, sentir el ímpetu del amor que pones en labrarla, sentir la férvida voluptuosidad de contemplar la concepción dentro de la cual la ajustas, y sentir el encanto de pulirla, y admirar la severa dirección de las aristas, y palpar el estremecimiento de las fuerzas en rebelión, y acariciar las crines rubias de la bestia y cegarla cuando se encabrita echándole en los ojos puñados de esmeraldas ...!

¡Mirar el ángel que asciende, mirarlo tornar la aurora en su veste imperial!

La conciencia de la luz, da la luz.

Dios es el don

No me crea maestro, ni guía: no soy más que un hombre que aspira a ser bueno. Si algo doy a los demás, ello es la obra de mi deseo de dar. Sigo creyendo que ésa es una firme manera de perfeccionarse. Y luego, es tan consolador y tan bello pensar que podría tener uno en este mundo el mismo sentido que una humilde flor. A veces se me ocurre que todo el Universo no expresa sino una sencilla aspiración: dar. Dios es el don.

Tenemos la humana pretensión de ser superiores a las cosas. La Naturaleza no es individualista, mira conjuntos. Sólo la vanidad humana nos hace creer que nosotros y sólo nosotros somos los reyes de la tierra. No hay que imaginar que el Universo tiene más interés en un hombre que en un árbol. El Universo tiene interés en todo su conjunto. En el Universo no hay más rey que Dios.

Ciertamente Dios no necesita de altares, pero los hombres sí necesitan de ellos. Y es para éstos, para los hombres, para quienes se erigen templos, acaso por cierto, porque han olvidado, o porque no siempre pueden comprender que, según evangélicas palabras, repetidas por Novalis, ellos mismos son templos.

La Vida

El vuelo

Un ala que se rompe, vencida por la violencia del vuelo o la traición del choque, quiebra un esfuerzo más profundamente grato a la Vida, que todos los afanes de una dialéctica por interpretarla. Con sólo que el vuelo- llevara al nido una paja o una frutilla, es mucho más dolorosa para la Vida su interrupción, que la muerte de un hombre, o de un sistema de ideas. Con sólo que el vuelo llevara un canto . ..

¿Cuándo una idea que se rompa las alas en el vuelo, hará sentir su ausencia en el nido, en la colmena, en el manantial?

La Muerte

Creo que, a pesar de todas las apariencias, la muerte obedece a razones que nunca entrañan injusticia. Nos llena de angustia y de pavor también, hasta desesperarnos a veces, pero no porque en sí lleve crueldad ni sea arbitraria, sino porque no hemos aprendido a verla en aquel profundo sentido en el cual ella es apenas cambio de forma de la vida. Como usted ve, hablo desde un punto de vista que supone, como fundamento, la afirmación de que *hay algo en el hombre que no muere nunca, que progresa siempre y que necesita pasar a través de una extensa serie de transformaciones para alcanzar a manifestarse de la manera superior a que está destinado.*

Pascua de Resurrección

Acabamos de celebrar la Pascua de Resurrección y acaban de abrirse las fuentes de los cielos para que el agua empape los senos de la tierra en esta bienvenida primavera. ¡Pascua de Resurrección, lluvia de la recién llegada primavera! ¿Qué relación tienen estos dos hechos, el uno que acaso evoca nuestras devociones místicas y el otro, alejado de nuestras cotidianas preocupaciones por el olvido en que vivimos de la naturaleza, los milagros que se realizan en la tierra? ¿Y, sobre todo, qué relación tienen estos dos hechos con la vida de ustedes? Permítanme desenvolver estas ideas y acercarme a su pensamiento con este sereno gozo de la época y situarme en donde puedan escucharme, es decir, comprenderme.

En una sucesión de crepúsculos rojos y dorados y bajo la caricia de los cefirillos que galoparon del norte, el sol secó la tierra, nuestra generosa tierra, y las plantas agonizantes abrieron sus flores para dejar en el polvo las semillas dormidas. Como un sepulcro que escondió la vida ha sido la tierra reseca; pero estas lluvias de primavera son el soplo que infunde la vida o que proclama a los vientos la voz de resurrección. Todo reverdecerá, todo será esperanza y la nueva cosecha endulzará los labios y el hombre vivirá. Lo que parecía muerto renacerá, revivirá, rejuvenecerá, se levantará de las sombras con este riego de los cielos. Fuerzas trepidantes ascienden de las entrañas de la tierra y llegan de lo infinito de los cielos para engendrar la vida múltiple y eterna.

No hay que esperar que lleguen los años maduros para empezar a reflexionar en todo eso que hay de grandioso en torno de nosotros, desde las lumbres del alba asomada en la cima de las montañas y la noche bañada en la luz de un astro extinguido, hasta el despertar de la primavera con sus maravillas y su esplendor y el pensamiento devoto, que surge en relación con la vida de un santo o de un Dios. Porque ya han dicho todos los que han hablado con voz autorizada que la juventud es la época en que se modela la vida, que no sólo es la época para el aprendizaje en las aulas —acaso el peor de cuantos aprendizajes pueda el hombre realizar— sino la época propicia para adquirir aquella sabiduría que debe enraizar en el corazón, en la comprensión nobilísima de la vida, sabiduría que despierte nuestra conciencia y encamine nuestros pasos por los senderos que conducen a la ansiada felicidad.

Pasó la Semana Santa y llegó el domingo de Resurrección. ¡Cuan pocos de ustedes se han detenido a pensar en estos acontecimientos de tan grandes proyecciones para los hombres ! ¡Cuán pocos abrieron las páginas del Evangelio para leer con deleite, con fervoroso deleite, las palabras de Marcos, de Lucas, de Mateo o de Juan! ¿Quién se detuvo, humilde y admirado, ante la majestuosa bondad, ante la dulce y glorificada bondad del Sermón de la Montaña, para sentir, conmovido y elevado, la profunda y consoladora verdad de la Palabra que, como música, toda amor, va diciendo a las multitudes: "Bienaventurados los que lloran ... bienaventurados los mansos... bienaventurados los limpios de corazón...."? ¿Cuáles de ustedes, mujeres delicadas, guardadoras del secreto eterno de la vida, cuáles de ustedes, niñas, fieles en el recuerdo, fieles en el amor todo adversidad y tinieblas o todo dicha y luz?, ¿cuáles de ustedes se detuvieron a meditar ante el ejemplo doloroso de las mujeres del Evangelio, de las Marías, de las Martas, de las que no se citan y que son, como ustedes, fuerza creadora en el mundo? ¿Cuáles? ...

El silencio está respondiendo porque, en verdad, son pocos los que quieren adelantarse en los sucesos del mundo y de la existencia, en los que el universo ofrece y en los que nos presenta la propia historia de la humanidad. Son pocos los que prefieren la reflexión serena a estas poderosas influencias que presiden el cinelandismo y otros ismos feroces que azotan a la humanidad y la ensangrentan desde los cielos límpidos y desde los mares azules ...

Unos sucesos encadenan los otros. Llegó el esplendor de la Pascua de Resurrección y la alegría de las primeras aguas que se derraman como ola creciente de la primavera. La tierra está en plena y renovada gestación y hay un renacer de esperanzas. ¿Por qué nos interesa también la fiesta de la Resurrección? Jesús, el Maestro de bondad, murió crucificado y resucitó de entre los muertos. Lo corruptible del sepulcro no alcanzó la forma mortal y Jesús se levantó, nimbado de luz, desde las tinieblas del sepulcro que estaba guardado por los soldados de Pilatos. Se hizo luz y se hizo esperanza eterna para la humanidad. Los cielos se abren para recibir al hombre cuando se levanta desde las sombras de la muerte. Y porque resucitó de entre los muertos para ser luz eterna, y la luz es alegría y esperanza, la Pascua de Resurrección es fiesta de alegría y de esperanza. He aquí lo que ha conmemorado ayer la Iglesia: la alegría inmortal de la vida en la Resurrección; es decir, en la eternidad del espíritu, que es vida. Según el Evangelio, cuando las mujeres, ansiosas de ver al Maestro, llegaron al sepulcro al amanecer del día tercero, vieron que un ángel de vestiduras resplandecientes lo guardaba y, al retroceder espantadas encontrándolo vacío, escucharon la voz que les decía: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?" (Lucas XXIV, 5).

¿Por qué ha de buscarse entre los muertos al que vive en el corazón, al que tiene vida perfecta en nosotros mismos? ¿Es que estamos aprendiendo, desde la juventud, a buscar en los sepulcros, creyendo que allí está encerrada la gloria de la vida, la fuerza y la inspiración de la vida? Nos iniciamos en esta búsqueda fuera de nosotros mismos, creyendo encontrar deleite y consuelo, vida y alegría, y nos engañamos porque lo único que tiene vida está en nosotros mismos, en alegre y resplandeciente realidad.

Lo que tiene vida es esta juventud que no está en el sepulcro de la indiferencia, que no está en el sepulcro de la pereza, que no está en el sepulcro de la vulgaridad. ¡Y hay tantos sepulcros que se tragan en flor la esperanza de una juventud!

¡Resurrección! ¡Invitación a surgir, a ascender, a levantarse sobre el dolor y los fracasos de la vida y sobre la oscuridad de la sombra! Resurrección que levante, de entre las olvidadizas generaciones, la verdad del espíritu del hombre que no ha de estar en el sepulcro. Y es que en cada joven resucita la vida, renace la esperanza. Es que ustedes son en toda la tierra lo que se ha levantado invisible, maravilloso y fuerte —ola del espíritu eterno y creador. Ustedes son, jóvenes, la alegre resurrección de la vida que se viene derramando en ilusión de amor sobre la vasta tierra, para florecer en grandezas cuando el espíritu encienda sus corazones.

Yo entiendo que cada día el hombre puede resucitar de entre sus muertos pensamientos, de entre sus muertas aspiraciones, de entre sus muertos conocimientos, de entre su muerta fe, de entre su muerta voluntad. Cada día podemos ser asombrados por la voz del ángel que nos dice: ¿"Por qué buscáis entre los muertos al que vive"? Sobre todo en ustedes, jóvenes, esta resurrección del espíritu es siempre necesaria, no sea que la corrupción y las sombras del sepulcro impidan que sus ojos puedan gozar de la luz y del esplendor de la vida. Resurrección que es promesa, que es anhelo de vida nimbada con la luz que irradia el corazón generoso, el del joven que es bueno y puro y que busca sabiduría.

La tierra también ha resucitado en estos días y es promesa. Las fuerzas de la vida renacen estremecidas y recorren los espacios y todo abre una nueva alegría bajo las auroras. Todo renace con estas aguas de la primavera. Su propia juventud renace agitada por estas fuerzas invisibles y eternas. Abran sus corazones, abran su entendimiento y sean flor y espiga en los surcos de la tierra y aprisionen de ella el anhelo de una nueva esperanza para los hombres.



Grupo de graduados del año 1917, bajo la dirección de Joaquín García Monge. El profesor Dengo entre los jóvenes graduados.

Renacer de Primavera

Esta mañana me vino a la mente este pensamiento de Goethe: "En Pascua florece la Naturaleza y florecen las vidas de los hombres".

Es Pascua y percibo que la tierra está humedecida y debe haber transformación en su seno.

¿Por qué, si hay florecimiento en mi vida, hay flores marchitas? Después comprendí que miraba superficialmente y me quedé meditando en el dicho de Goethe. Una cosa es el espíritu y otra es la materia; una cosa es el cuerpo, otra la mente que duda y otra es el espíritu que con sólo dudar crea. Hay que acostumbrarse a ver en el Universo una razón de equilibrio interno.

Se me ocurrió sacar un retrato en que está Goethe el verdadero, no el Goethe de los pintores que estilizan un poco su belleza y lo pintan con rizos, a él que tenía el cabello hirsuto. Es un Goethe severo, ceñudo, concentrado, que revela en toda su actitud ese carácter que las vidas pueden tomar: capacidad manifestada sin límites de florecer eternamente.

¿De dónde tomarán estos hombres el impulso que los eleva? ¿De dónde tomarán la fe? ¿De dónde surgirá la fuerza que les permite elevarse a alturas infinitas, fuerza que es en ellos el pensamiento común, la manera habitual de mirar las cosas?

Favre, aquel viejecito observador de los insectos, que fue un genio en el campo de la observación, que fue un maestro, un revolucionario, un hombre humilde y sincero, por sobre todo sincero, tiene precisamente una alusión a estos tiempos de la Pascua, que dice así, poco más o menos: "Las estaciones indican cambios de la tierra y de la vida de las plantas, que no son independientes de la vida del hombre". Si el hombre comprendiera con profundidad estos cambios de la naturaleza, vería que es a través de ellos como se opera la ley del retorno. Y, como en cada volver a ser esta ley será más alta, el hombre comprendería a través de ella su relación con lo que rige y gobierna todas las cosas.

La Naturaleza no es sólo el conjunto de cosas que vemos, sino que es también fuerzas que no vemos, causas en que se engendran las cosas y leyes que rigen la vida. ¿De dónde viene la fuerza de la Naturaleza? En conclusión, que yo soy una simple expresión de ella. Y si ahora la tierra está húmeda, si quizás siente el canto de los pájaros en la fronda y la alegría de la lluvia, ¿no me estaré yo renovando, sencillamente porque es Pascua y porque la estación está cambiando?

Podemos experimentar en nosotros, un renacimiento en esta época de la Pascua, Pascua Florida, como siempre se dijo. En la primavera todo renace: hasta en cada persona y en cada afecto hay una transformación. La vida y los hombres se sienten florecer en esta primavera. Hay en nosotros Pascua Florida, como en la Naturaleza toda. Recuerdo el Evangelio cuando habla de la resurrección de Jesús y del sucesivo esparcimiento de su mensaje por el mundo. Creo que la resurrección es símbolo de este renacer, símbolo del renovarse. Terminan los evangelistas su relato con la expresión hebrea "amén": es decir, que "así sea" en lo sucesivo. Comprenden que no sólo narran hechos, sino que quieren que las ideas se rieguen y produzcan su cosecha en el mundo; comprenden la trascendencia de Jesús y saben que vendrá el florecimiento de su mensaje, por eso exclaman: "amén", "así sea".

Si quisiéramos darnos cuenta de que no somos algo separado de lo demás, sino como transmisores de la energía que nos circunda, pero no simples transmisores, sino que podemos dar a esa energía determinada justicia, sabiduría o nobleza, seríamos bellos como la Naturaleza que vibra toda bajo esta renovación; reverdeceríamos como el campo, sentiríamos los matices con que se tiñe el cielo de invierno, seríamos como los pájaros en la época de primavera. Pero somos insensibles, como si fuéramos de piedra, ante las vibraciones de la Naturaleza.

Nos toma de la mano la Naturaleza y nos pasea a través de toda su estación primaveral; sentimos su alegría, pero después volvemos a la cotidiana vida y a los infelices hábitos diarios que nos hacen olvidar la conciencia de este renacimiento. Tengamos por un momento la ilusión de que la primavera nos toma de la mano para mostrarnos el campo: mirémosla dejando fuerzas en el árbol; mirémosla dejando belleza en la flor; mirémosla dejando luz en la voluntad; miremos sus fuerzas creadoras; mirémosla dejando grandeza en el espíritu; miremos cómo agita todas sus energías para transformar la vida. Y, admirados del maravilloso espectáculo de las fuerzas de la vida que vienen del seno de Dios a nuestro corazón, llega después la loba voraz de la rutina que nos lleva al abismo para seguir los caminos ordinarios del vivir, olvidados de la responsabilidad enorme y gloriosa de llevar en nuestro espíritu la virtud que crea y renueva el Universo.

Elogio de María

Tengo desde hace días en el corazón el deseo de hacer un elogio de María, la Madre de Tristeza, que dijera un poeta, la mujer hebrea, de casta de reyes, Madre de Jesús. Es como un pajarillo prisionero: se le va a dejar libre. ¿Qué rumbo tomará? ¿En qué fronda irá a deshacer su trino?

¿Por qué he pensado en María? Me ha conmovido siempre la piedad de la adoración que las mujeres le consagran. Me ha impresionado con cierta mística perturbación el lenguaje metafórico, —Torre de Marfil, Estrella Matutina— de las plegarias que ante su altar derraman los corazones, como un incienso que saliera del espíritu. He oído, casi con devoción, de labios de los grandes oradores sagrados, la interpretación del dolor supremo de María. La he admirado en las telas de los Murillos, en los vitrales conmovidos de luz crepuscular, y en los altares de mármol luciente. Por cierto que en mis recuerdos de niñez hay uno, asociado a prematuras tristezas, en el cual aparece como única luz de consuelo la mirada, toda ternura, de una imagen de María, coronada en Mayo de lirios, y reclinada, como una meditación, a un alto muro teñido de pálidos oros crepusculares.

Por cierto qué de niño detuve allí el corazón, pero ha sido de hombre que detengo en ella el pensamiento, en la Madre bendita entre las mujeres. ¡Bendita, la más alta, la más digna de Dios! Ella, cuyo espíritu alcanzó la mayor compenetración con el misterio mesiánico, porque de su cuerpo brotó la maravillosa Flor de Divinidad: el Maestro Bienamado y porque su espíritu le ofreció a los hombres el mayor, el más delicado, el más fecundo de los dones. No cuenta ninguno de los Evangelios nada que revele quien fue esta mujer: nada se dice de Ella en los Evangelios. Se adivina toda la incomparable grandeza de su carácter; se adivina toda la grandeza de su humildad; se siente palpar su pureza; se sobrecoge uno ante la majestad de su amor. Se estremece uno hasta sentirse desgarrado ante aquella sobrehumana capacidad de sentir dolor. Pero nada más sabemos fuera de que perteneció a casta de reyes. No hay, me parece, en todas las figuras que el Evangelio pinta, ninguna que demuestre tan sencillamente, ¡tanta y tan alta grandeza, tanta y tan alta trascendencia! ¿Por qué fue Ella la escogida para ser la madre del Maestro Bienamado? Acaso es difícil comprender los enigmas que están presentes en su vida. Ella, Madre también de los redimidos, entregó a su hijo, lo dio todo, en vida y en gloria, en divinidad, sin conservar para sí ninguna esperanza de las que pudo darles a todos, menos a ella, el Maestro de Amor. Las palabras de Simeón se cumplieron siempre: "Una espada herirá tu corazón".

No conozco en labios de Jesús una sola alabanza para su madre. Misteriosa grandeza la del amor del hijo, pero más misterioso el amor de la Madre.

Grandeza que refleja lo que constituye la verdadera grandeza de la mujer en la tierra. Porque, reflexionemos en esto: Jesús va esparciendo su doctrina; atrae a las multitudes con el imán de su palabra; Jesús aconseja, cura, redime, llena de esperanzas los corazones de todos los demás: El lo era todo para todos; pero para la madre, nada; para Ella sólo fue dolor, nada más que dolor.

Cuando —como refiere Lucas—, el Arcángel la llama bendita entre las mujeres, en el momento en que le anuncia la elección que ha hecho el Señor, Ella, con una fe, con una humildad, con un ¿amor excelso: sin expresar asombro ante el enigma tremendo, acaso sin temblar, dulcemente dice que es la Sierva del Señor, y espera que en ella se cumpla la voluntad Omnipotente.

"Bendito el pecho que te amamantó", exclama una mujer frente a Jesús, después que éste enseñó la doctrina que el Padre Nuestro atesora. "Antes, —le contestó Jesús—, sean bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan". ¿Antes que la Madre? Significado hondísimo de la misión de María: sacrificar al ser amado, a un deber más elevado que el amor. El Hijo no era de ella; era de Dios, que lo escogió, y de los hombres, que lo condenaron. De ella era el Dolor, nada más que el Dolor. Tenía ella más derecho sobre el hijo que nadie, pero él tuvo que preferir a los demás; enseñó, aconsejó, dio consuelo, curó a cuantos en la calle le tendían la mano, en gesto de imploración hacia El; pero a la Madre, —en la tierra cuando menos— parecería que sólo Dolor hubiera podido darle.

Hay que imaginarse a esta mujer hebrea: blanca, con un blanco que, más que la luz del sol, parece reflejar la luz estelar: delgada, serena, lenta para caminar; de una delicadeza que se hacía visible al menor gesto, al menor movimiento, como consciente de que era portadora de un gran misterio: hay que imaginársela con una voz dulcísima, estremecida de piedad hasta lo infinito; una mirada negra, profunda, levantada a los cielos, que ni la aparición resplandeciente de Gabriel alcanza a turbar. ¿Qué había de extraordinariamente grande en Ella, para quien, oír la voz del mismo Dios, era como oír el canto de un pájaro; y mirar los ángeles, como ver el agua cristalina?

¡Ah, dichosas las mujeres que pueden sentir la grandeza del sacrificio, que sienten que en su ser va a hacerse, como en el primer día, la luz, y que no se maravillan, que pueden sentirse en el fondo de su ser vinculadas con esta grandeza de María, que no se maravilla de sentir en su cuerpo el misterio de la divinidad!

Después, cuando Jesús ha sido enclavado en el madero, la madre llega al pie de la cruz, acompañada de Magdalena, de una ramera perdida en las calles, redimida por la gracia divina, y entre la Madre que sólo había sufrido, y Magdalena que había sido como el polvo del suelo, Jesús había preferido a ésta.

Recordemos el hecho desnudo, con toda la crueldad de su sencillo relato: para la madre que había sufrido no se habían escuchado palabras de consuelo, y para aquélla que parecía hecha del polvo de la calle, Jesús había tenido las más dulces palabras; le había devuelto la paz del corazón y la alegría de vivir, le había puesto la mano sobre el cabello y la había redimido.

Y María sabía todo esto y la llevaba como a una hermana, cediéndole el lugar que a Ella le correspondía; lugar que, por lo menos en la tierra, nunca llegó a ocupar. ¿Y la devoción de los hombres y la piedad del culto que se le consagra? No hace sino aumentarle la amargura al corazón de esta madre.

La madre de Jesús por un instante pudo sentirse menospreciada, pero no; plena de 'un amor de tal modo comprensivo, de tal modo puro, podía permitir que todos los seres ocuparan un lugar en el corazón de su hijo. No encontramos, al menos en la tierra, consuelo para su dolor. Al corazón de María van a recogerse todas las lágrimas de las mujeres que sufren.

Considerémosla en los últimos momentos de la vida de su hijo: las palabras sublimes ya habían sido dichas; descendido de la cruz, no murió en sus brazos: a sus brazos llegó el cadáver; los ojos sin luz no la miran; tampoco fue para ella la última mirada, fue para elevar los ojos al cielo, hacia Dios, y, entre tanto, la Madre estaba allí, a sus pies, esperando siquiera el mínimo fulgor de una mirada. Si besa la boca, la encuentra fría como la piedra del camino; las manos no devuelven la caricia maternal. Cuando resucitó, no fue María la primera en verlo: antes lo ve Magdalena, los discípulos, los que iban a Emmaus, y acaso un niño que jugaba en una calle de Jerusalem.

Casi nada dicen los libros sagrados de la vida de María. Hay misterios altísimos en su existencia. Su casta era de reyes; su carácter de una belleza incomparable; su pureza, era celestial realmente.

El Arcángel de la anunciación acaso fuera una voz que salió del destino de ella misma para revelar la gloria plena de su estirpe, señalada por Dios como ejemplo de sabiduría. Quizás muy pocos puedan saber por qué fue escogida aquella mujer hebrea para sustentar en su pecho al Maestro.

Una noche, en un establo, mientras los cielos se conmovían en el resplandor de sus constelaciones, debe de haber sentido aquella mujer que en su seno, como al principio de la creación, se hacía la luz, la luz eterna.

Tengamos un momento de fervor en el corazón: deseamos que la luz de aquel divino dolor llene a las almas que necesitan conocer la abnegación y el sacrificio.

¡Madres de los Cristos de todas las horas, de todas las civilizaciones; madres de los Cristos, que no esperan nada y que sin embargo, se sienten serenas, comprendiendo ellas solas cómo es posible que el hijo le desgarre una a una todas las fibras de sus entrañas, y que permanecen apacibles, como si simplemente llevaran el peso de una rosa deshojada en sus manos blancas y bellas! ¡Que vuestra grandeza ilumine un instante las almas de los hombres que necesitan sentirse hijos del sacrificio y de la luz!

Oración

Siento que estas horas sagradas se deslizan en un plano superior a mi vida, sobre la mente, sobre el corazón, sobre los hombres, sobre las cosas... Son como una ola de solemne quietud, que fuese envolviéndome, utilizado a su contacto, en celestiales claridades.

Siento una majestuosa ascensión de mi ser, un sopor mirífico, un sueño...

Siento que hay en mí una silenciosa grandeza, un amor y una gloria. Siento que luchan para desprenderse de mi carne, de mi pasión, de mi apetito, en ímpetu tan sutil como de lira que se estremece. .. No la sensación de las alas que se abren vigorosas. ¡No, Dios mío! Todo calladamente, todo delicado. Impulso hay en mí de cerrar los ojos y, juntas las manos sobre el pecho, ascender por el aire hacia la Luz...

¡Ruego por los hombres! Para que las naciones en guerra se arrodillen sobre las armas. Para que un ritmo profundo de corazones, suceda al estruendo de las metrallas ... ¡Incienso de plegarias llene el espacio que enrojecieron las llamas!

Ruego para que el hombre se recoja en sí mismo, y nada fuera de él exista... ¡Nada que no sea el silencio, nada que no sea el tiempo, y el espacio, y el alma, y Dios!

¡Que desaparezca el mundo dentro del corazón del hombre! ¡Y sea la hora de la Suprema Paz!

Campanas, campanas de la tierra que renováis el recuerdo de la vida... [Campanas, dolientes campanas, no turbéis mi contemplación! Ante mí está Jesús, el Maestro. ¡Bien amado el Maestro! ¡Bien amada su eterna palabra!

Fuiste la Verdad, ¡oh mi Maestro! Eres la Verdad, serás la Verdad y ante ella el hombre es Genio, Santo, Héroe, Profeta Creador! Levántate y anda, ¡oh! hombre... Y a mí permítame, Maestro Amado, que me levante y vaya por los caminos del mundo, seguido de los hombres, con el corazón abierto como una estrella: Caballero de Dios con la misión del milagro, por los siglos de los siglos ... Amén.



Don Omar con don Jacinto Benavente en un corredor de la Escuela Normal.

Sabiduría del corazón

La Flor del Loto

Sé decirle, porque lo aprendí en lo más hondo de la vida, que la suya será noble y grande y bella, en la medida en que la sabiduría de su corazón se manifieste en ella. Usted sabe que la flor del loto ha sido durante muchos siglos en el Oriente el símbolo de la vida humana. Porque la planta vive, al mismo tiempo, en tres distintos mundos; la tierra, el agua, el aire. Florece en el aire, sobre la superficie de las aguas, y en la flor se concentra la gracia y se muestra la maravilla de su vida. Nosotros florecemos en el mundo del corazón y es maravillosa la florecencia, si la tierra y el aire que nos nutren ascienden tras una constante aspiración de Virtud y de Belleza.

¡Espejos mágicos!, aprende a mirar en ellos. El hombre de quien voy a hablarte, no supo hacerlo. Largas las horas, las pasaba ante un espejo de estaño, en el afán de obtener una revelación. A este hombre le inquietaba profundamente su porvenir.

—Quiero saber cómo viviré mañana.

Al cabo vio. Vio su vida, durante un día, veinte años más tarde. Los veinte años, tan sólo habían acercado su muerte. La visión lo enloquecía. No pudo comprender que el espejo le hubiese anticipado tantos sucesos, y en los días que vinieron erró por la ciudad repitiendo enronquecido: ¡He roto el Tiempo, he roto el Tiempo!"

Fabián

Un día de estos encontré en la calle a un antiguo amigo mío, compañero en las primeras aulas, a quien desde hace mucho tiempo no veía. Pero no reconocí a mi amigo a la primera mirada, sino que le adiviné al cabo de un rato largo de contemplar su figura extraña. Muy extraña.

¡Fabián!, le dije; y él, con una voz reveladora de gran cansancio y que parecía venir arrastrándose desde muy lejos, me contestó: —Yo no soy Fabián.

Y en verdad: mi amigo, que era en los tiempos de escuela y todavía cuando ya estaba lejos su encantadora algazara, un mocetón campesino muy alegre y decidor, apenas si se distingue ahora de una momia. El movimiento le diferencia, nada más. Tiene más de espectro que de hombre. Se ha vuelto enjuta su cara, al extremo de causar temor, y con verdad puede decirse de ella que no conserva sino un recuerdo doloroso de la carne que antaño la hiciera reluciente, bella y agradable de mirar.

Sus grandes ojos negros que siempre supieron anunciar con vivos destellos las francas risotadas de una boca roja, que antes era hermosa y es ahora repugnante con su color de olvidado pergamino, esos ojos se han ido al fondo de dos hondas cisternas, como espantados de la vida, a contemplar con amargura su convulsivo desfile loco.

Marcha apoyándose en las paredes, y a cada paso que da, crujen sus huesos al igual que un antiguo maderamen que fuera a quebrarse bajo los aletazos del viento... Viste sucios harapos que sobre su cuerpo doliente ha dejado caer, quizá con miedo, la bondad de algunas gentes, y cuando da la mano para saludar, parece que intentara su última defensa con una garra moribunda. Parece que quisiera robar vida de la que estrecha...

Padece el pobre amigo dolencias terribles, amargas dolencias, de esas que se inician en el organismo con una agonía espantosamente llena de delirios y de ilusiones y de ensueños.

Es huérfano de todo, menos del dolor, y vive en el Hospital mi pobre amigo. Cuenta que a ratos se le deja salir y que entonces ambula por la urbe indiferente, con su dolor, con su tristeza, con su recuerdos, con su miseria, buscando amparo en las miradas que pasan a su lado y a través de las relucientes vidrieras de las casas.

Cuando nos hablamos, me refirió entristecido que los compañeros de escuela fingen no conocerlo y se niegan a detenerse un minuto ante su miseria si se le ocurre hablarles para hacer añoranzas de sus tiempos buenos. Y no me lo confió él, pero he sabido después que pide limosna; que pide alimentos, porque no le satisfacen los que le arroja la caridad, instituida. Buenos pueden ser, tal vez excelentes; pero les falta la bendición de un corazón amado que los sirva en medio a la placidez del hogar. Desde que supe que pide limosna, no he podido ahogar una enorme angustia que se agita en mí con gesto de maldición para los compañeros que desdeñan al desgraciado moribundo ... Aunque pienso que hace tiempo murió. Que ya no vive, que le mantiene en pie y le va empujando, por razón de inercia, la poderosa fuerza de virtud que hubo en su corazón en otra época, cuando el corazón podía manifestarse y vivir, pues que ahora no hay en mi amigo otra vitalidad que la de su boca

automáticamente abierta cada segundo por las rebeldías de la tos, que sale borboteando por entre los labios para dejar caer sobre el suelo fragmentos de claveles rojos. . .

Para la gente, Fabián es un hombre que pasa tosiendo. Para mí, es un pedazo de mi corazón que rueda sobre las piedras erizadas de las calles y que la muchedumbre estruja con sus cascos brutalmente.

Siempre leyendo

Siempre, siempre está leyendo. Los cajones de las puertas son su salón de lectura; y tal vez es la lectura la única puerta por donde entra la vida a su alma de derrotado.

Todos los que comprendemos que un rincón de esos puede ser el más alto sitio de la tierra, nos hemos detenido al oírlo leer, que siempre lo hace en alta voz; y todos hemos contemplado con respeto su ademán de filósofo.

Es el viejo pordiosero elefanciaco, cuyo aspecto pone imágenes de horror en los ojos buscadores de artificios de las señoritas espirituales y de los jóvenes cultos.

El recoge todos los papeles impresos y que el viento arrastra por las calles, como si quisiera consolarse en la compañía de las cosas que han seguido su misma dolorosa suerte, que han ido como él, rodando, rodando entre el caos de la inmensa polvareda humana.

¡Oh gran viejo: sigue, sigue leyendo, que llegará la noche a tus ojos tristes, y no habrás visto nunca destellar en las páginas que lees la luz de la caridad!

Un día, ya de tarde, cerca de la hora en que empiezan los sonrientes luminares del cielo a derramar tranquilidad sobre las almas que la han perdido en la refriega del día, fui —ansioso de llenar de emociones el abismo de la mía, entonces desolada— al silencioso Asilo de Incurables que cerca al bullicio de la ciudad levanta al cielo la queja amarga de su aspecto ruinoso; en cuyas paredes se refleja todo el gran dolor de los hombres que tras ellas se defienden de los embates de la vida; éstos, sus hijos olvidados que ya no ven, que ya no oyen, que casi ni sienten ya ...

Y allí, donde tiene su hogar la angustia, donde los misterios humanos se estudian en otros pergaminos tan distintos de los que el viento hace revolotear por sobre las frivolidades de la escena diaria, allí donde el reposo es esclavitud, allí donde las risas son muecas incomprensibles o acaso blasfemias, donde la misión del alma inmortal no asoma jamás, temerosa tal vez de que la estruje la terrible realidad de aquellos quejumbrosos mecanismos que allí moran, recogió mi pensamiento la noción de un vigoroso heroísmo, esplendente de grandeza, algo así como un clavel nuevo sobre un montón de cenizas frías ...

Un viejecillo, el más anciano de todos los asilados, con los desechos que recoge cuando se le deja salir a tomar el sol por esas calles ... fabrica juguetillos que luego vende a la caridad de las gentes, pues que son inútiles, y con las monedas que logra reunir compra dulces o frutas que cariñoso lleva a las manos temblonas y rugosas o al sucio regazo de sus compañeros de prisión.

Cuando la Hermana que vela la larga agonía de los pobres incurables me refirió la historia de ese heroico benefactor ignorado, me dijo también, como si se lo dictara un hondo pesimismo o tal vez una profunda sorpresa provocada por la emoción que en mí se manifestó: "¿Y si fuera una enfermedad su virtud?".

—Si lo fuera, Hermana, —dije yo— no hay otro consuelo para el ideal, sino desear que ¡toda la humanidad adquiriera para siempre esa dolencia sublime!

Ruega por este hombre loco, caballero de una audacia. Ruega para que sea leve el apocamiento de su razón y no perturbe a las gentes, ni éstas, en cambio lo persigan ni torturen. Si lo recluyen, priven a los preocupados de la contemplación de una bella locura.

Sembrar en lo ajeno . . .

Los amigos que saben o suponen que habitaré durante muy pocos días esta casa, suelen aconsejarme que no cultive su pequeño patio. "¿Para qué?", —dicen. Y a veces repiten: "Es un error sembrar en lo ajeno".

Sin embargo, me he permitido desentenderme del consejo y continúo mi labor con devoción. Siento que cumplo ante la tierra un deber de hijo.

El inquilino que me suceda recibirá la sugestión de mi esfuerzo, ojalá piadosamente, y acaso también recoja la cosecha. ¡Que ésta sea propicia al ennoblecimiento de su vida! ¡Que la recoja sin codicia y la disfrute en paz!

Mi ejemplo, como los frutos de las plantas que he sembrado, es una cosecha. Fecunda, porque habré cultivado el espíritu de un hombre; noble, porque este hombre es para mí un desconocido.

Quizá él traiga consigo a la nueva casa el proyecto de cultivar, y encuentre ya comenzada la obra. Esta me inquieta más que la producción de la tierra; y más que ambas me interesa el contribuir al establecimiento de un principio de continuidad en el propósito y en la empresa. Por que tal principio descubre uno de los orígenes de la libertad espiritual. Y tan humilde como es esa contribución basta a darme conciencia de uno de los sentidos en que se perpetúa la vida. Así, me asocia al largo esfuerzo de la humanidad, y me da participación en el milagro de la naturaleza. Me hace sentirme creador y no de otro modo podría sentirme Hombre.

Pero los amigos que me aconsejan, no sospechan que cuando mis manos trituran la tierra, la saturan de la savia de mi corazón ...

La voz de las Lechuzas

En aquella acalorada discusión ninguna voz sobresalía tanto como la de las lechuzas. Ellas eran las más empeñadas en negar las glorias y el poderío del Sol. Alguna llegó hasta obstinarse en afirmar que el Sol no existía.

En vano insistía el águila en revestir de majestuosa elocuencia su principal argumento: era gracias al Sol que ella sentía la presencia de una meta en lo infinito... Por eso desplegaba las alas, por eso encontraba, en cada vuelo, que había un nuevo Azul más allá, y más allá.

La intervención del cóndor renovó el entusiasmo de las lechuzas. Era un cóndor ciego, no por ser cóndor menos ciego que un topo.

El también discutía la grandeza del Sol.

El águila prefirió callar convencida de que no la comprendían, en tanto que las lechuzas, que ahora opinaban como cóndores, la colmaban de denuestos y la ensordecían con sus gritos.

Hizo bien, pues, en levantar el vuelo y alejarse de ahí bajo el resplandor de sus alas bañadas en la gloria del Sol.

Aguilas y Hombres

Las águilas no logran abarcar con la mirada la amplia extensión que las cacerías fecundas requieren, sin ascender al cielo. La estructura de la cabeza las obliga a mirar desde lo alto. Simbolizan una constante aspiración de descenso, inepta para realizarse sin subir. Por donde surgen contrastes con los tenaces anhelos humanos de ascensión gloriosa, cuya efectividad supone un descendimiento completo. Los que, cuanto más bajan, tanto más suben. Los que a medida que se alejan de la cumbre, más cerca de sí la tienen. Mas tales contrastes sólo son formales. Cuanto al fondo, las águilas representan con excelencia esos empeños de triunfo vano. Pues que suben para buscar desde la altura el alimento que les ofrece la tierra dominada por su vista: aquí un cervatillo, allá un pájaro. No es el amor a la azul infinitud lo que les mueve las alas. Ni una peregrinación al sol la que emprenden cuando se remontan. Pero como, —a menos que en ellas encarnen los dioses—, hemos de suponer que así cumplen con perfección la finalidad de su vida, justo es reconocerles que su vuelo levanta a la vez un símbolo augusto. El de las superiores ambiciones de los hombres. Aquéllas que para elevarse a la plena comprensión de las cosas, han de bajar hasta lo más profundo de ellas. Las que tanto más suben, cuanto más bajan. Las que alcanzaron hermosa y definitiva consagración en el "sólo sé que no sé nada". Recogen ellas en los hondones de la vida la luz que les permite orientarse en lo alto, en contraste con las águilas, que del cielo recogen la capacidad de ver lo que abajo les ocultaría la tierra.

Parece que en todo ello se contuvieran dos fórmulas afirmativas de una identidad. Empero, mi viejo amigo habría de decir sonriendo: no diréis que tanto vale ascender a una colina para contemplar un crepúsculo, como senderarla en busca de una veta aurífera. Ni que es igual bajar de ella tras los rastros de otra más alta, que abandonarla temerosos del mal de las alturas. La catarata es más hermosa a medida que desciende, y más brusca conforme sube el grito del merodeador que pasa. Y si mientras conversarais, pasase volando un águila, para terminar su plática, os diría: ¡mirad cómo su sombra la sigue! ¡No deja sombra!

Bakti

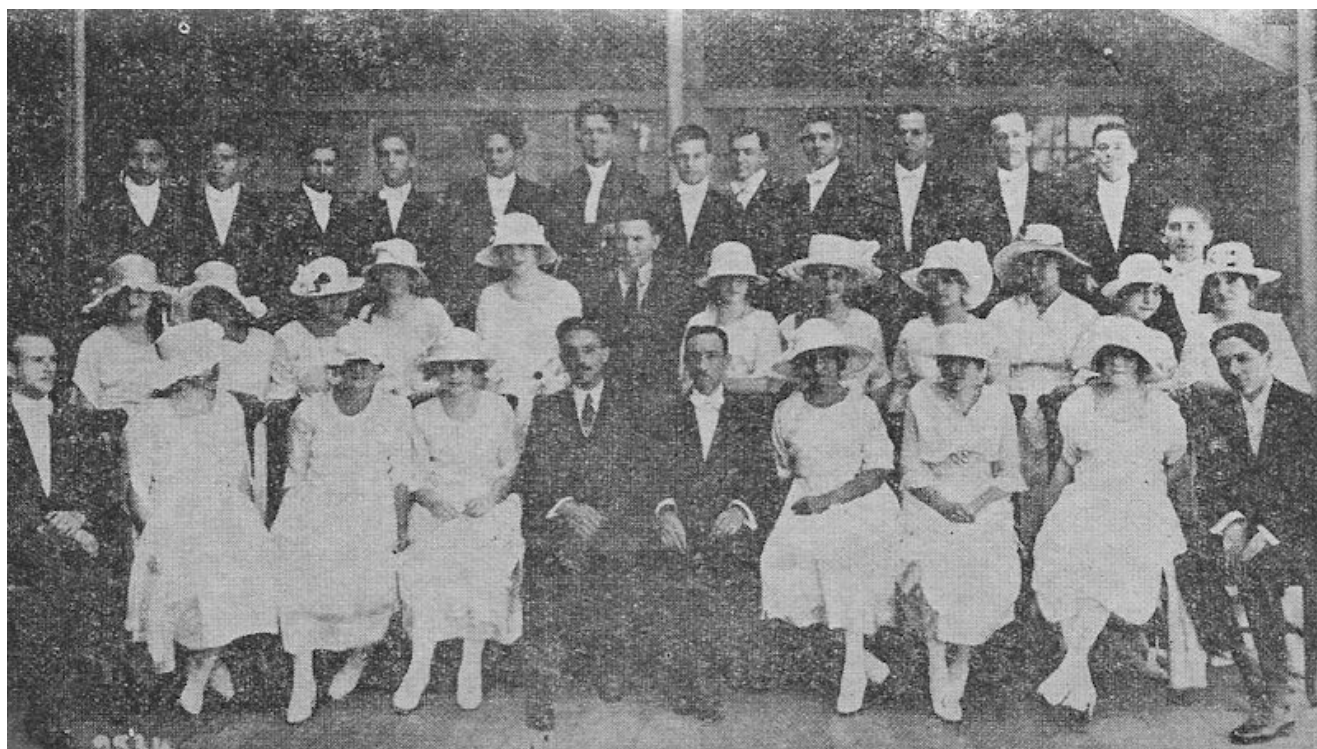
Bakti solía contarme sus sueños. Le había hecho creer que yo sabía interpretarlos y esto la incitaba a sentirse complacida en sus narraciones.

El sueño de aquella noche la preocupaba especialmente. Ella iba por un camino en el cual la detuvo la presencia de un admirable rosal ostentosamente florecido de blanco. Bakti cortó algunas rosas, las que le parecieron mejores, con la intención de atarlas en un ramo. Y mientras las apoyaba contra su pecho para cortar una más, surgió de entre ellas bruscamente una horrible serpiente roja que la hirió en la mano.

Bakti temblaba con el recuerdo del sueño y mostraba, estremecida, la mano en que imaginaba reconocer las huellas de la mordedura. Lo más alarmante era que la herida se había extendido por el cuerpo de Bakti como una mancha de sangre.

Yo procuré poner en mis palabras el aspecto enigmático que seducía a Bakti. Y le hablé de todo lo que la serpiente podía simbolizar por ser roja y por haber salido de entre un ramo de rosas blancas... aunque había la duda de si estaba escondida, en realidad, en el pecho de Bakti. Esta suposición la atemorizaba de tal modo, que para atenuar el efecto, hube de decirle que en ese caso la serpiente daba imagen de una pasión despertada por Bakti, por su belleza o por su ensueño, en algún otro corazón que alguna vez aparecería en el camino ...

Pero a Bakti la torturaban tanto en ese momento las imágenes que podían dar la idea de traición o de perfidia, y la asaltaban con tal vehemente insinuación las que podían ahondar en su presentimiento del misterio sexual, que creí oportuno tranquilizar a la chiquilla, despojándome de toda nigromancia, con los más usuales y claros consejos. Y terminé por besarle paternalmente la mano herida. Mas no sé por que me quedé pensando que el sueño acababa de realizarse.



Don Omar con el grupo de graduados del año 1920.

Inquietud Filos3fica

La inquietud es el principio de la filosofía

En filosofía, como en ciencias, la época aconseja ¡prudencia! Tanto cambios, tantas y tan vastas inquietudes, ¡tanto nuevo esfuerzo de creación! Pensar, pensar sin excederse, sin descuidar la significación de ningún valor, sin caer en el riesgo de prematuras generalizaciones: tal pudiera ser el consejo aprovechable, ya que la época, como tierra en Primavera, se cubre de renuevos. Hay quien desconfía de la ciencia, precisamente en los días en que más progresos ha conquistado. Hay quien anuncia el resurgimiento de la Metafísica, precisamente cuando se creía que el bello cisne había dado toda la gloria de su canción única. Hay quien mira una transformación en el seno de las Religiones. Hay quien pretende que la nueva filosofía tenga el sentido de una nueva sabiduría, es decir, que entrañe una vital actitud del espíritu por sobre las síntesis y los conocimientos. Hay quien espere fervoroso el renacer de antiguos cultos y rituales. Cambios en las Bellas Artes, como en la Política; cambios en todo, agitados y fecundos. Y el hombre, el mismo hombre de siempre, lanzándose como tantos infortunados aviadores, tras el abismo y tras la gloria, y perdiéndose trágicamente en el espacio, del cielo o del espíritu, mientras cielo y océano siguen dando su infinita lección de permanencia.

De cera como las de Icaro, —alas de leyenda y de filosofía— parecen ser también las fuertes alas de acero del avión...

Evolución

La evolución no es de una sola cosa, es simultáneamente de varias: materia, forma, vida y conciencia. La materia dando forma, la forma dando vida, la vida dando la evolución a la conciencia y la conciencia dando evoluciones que hacen aparecer al espíritu dando luz.

Dos leyes fundamentales gobiernan el desarrollo de las sociedades: una de asimilación evolutiva; otra de progresiva diferenciación. La primera tiende a destruir la influencia de los egoísmos y a nulificar la acción de las impulsiones atávicas que siembran mojones de piedra entre un pueblo y otro y a las veces los colocan frente a frente, en el campo de batalla, a darle vida a la más horrenda tragedia de que pueda tenerse noción. La segunda realiza sin cesar la liberación del individuo, el perfeccionamiento gradual de su conciencia, de modo que día tras día alcance mayor dominio sobre las rebeldías de la naturaleza; de modo que hoy captive el rayo, que mañana encarcele el mar y recorra sus grutas milenarias; que después atraviere los aires con arrogancia de águila inmensa, que esclavice por fin al universo entero y repose en la contemplación del eterno desfile de los astros, jamás interrumpido por las pasiones del huracán ni por el egoísmo de las tormentas.

La primera tiende a convertir la Humanidad en un solo pueblo hermano; la segunda se propone producir un hombre superior digno de habitarla.

Reflexiones

Esto de que un día una idea que habíamos amado profundamente, se aleje de pronto de nosotros, y quizás para siempre, es tan cruel como si la idea fuese una mujer. La experiencia es frecuente en la vida del hombre de estudio, mas no se presenta siempre, por fortuna, con caracteres de tragedia. Antes bien, suele acontecer que se sienta la alegría de abandonar una idea cuya vitalidad llega a parecernos gastada, y más, ante el prestigio de una nueva idea que nos seduce. Pero cuando la idea se va como a pesar nuestro, y se esfuerza por no hacerlo, y parte, al fin, manifestándonos su dolor y dejándonos su última luz, entonces sufrimos horriblemente. ¡Es horrible en realidad mirar a una idea que hemos amado, ensangrentada por la garra de nuestro propio pensamiento! Y sentir que mientras hay algo en nosotros que ansia conservarla, que la ama todavía, que pone ternura en el adiós inevitable, hay algo también que nos impone con severidad quemante el deber de separarnos bruscamente.

Mientras tanto, en la cámara elegante, fría de mármoles, serenamente iluminada, la otra idea nos espera. Hace alarde a nuestra llegada de cierto imperio, como que sabe que la aceptaremos sin poder evitarlo, y que con el corazón lleno de nostalgia, le entregaremos la vida, siquiera por un tiempo. Y nos parece que esta idea, de la cual podrá depender hasta el perfeccionamiento de nuestra misma bondad, tiene algo de pantera. Y casi odiándola, caemos en sus brazos ...

Siento el hastío . . .

Siento el hastío de estas filosofías que parecen ubres secas. En todo el panorama de esta hora de vaciedad, mientras tengo en los labios amargura de tabaco, no logro ver nada que me atraiga los ojos. Me quieren enloquecer los chillidos de esos niños que juegan en la calle. Intenté leer un verso y me pareció estúpido. Tras las cortinas de esa ventana hay un resplandor necio que se empeña en traerme añoranzas de otras tardes. Pocas veces he tenido una noción más clara de la presencia de un intruso.

Sentir, —esta reflexión pretende asaltarme-sentir, sentir... y como veo que la palabra pretende iniciar una frase y ocuparme la mente con un ruido inoportuno, la dejo ahí detenida en su gesto servilmente insinuante: sentir, sentir, sentir... ¡Necia!

Inquietud de la hora

Ciertamente en todo lo que vive hay una triple manifestación: vida, forma y conciencia. La forma es tosca o fina: piedra, mármol, rubí, onda, flor, ala, hombre. La vida es primitiva o elevada. La conciencia aparece aletargada o se expande plena y suprema.

Hay una onda fluyendo potente a través de los reinos y que cristaliza en formas. Estas contienen la historia de los ideales del impulso de vida en cada tránsito de su peregrinación. La naturaleza es el vastísimo, maravilloso taller de las formas. Ella cumple, ante las forjas en que las fuerzas centellean y resuenan, una misión heroica: darle cauce en el seno de los reinos a la corriente de la vida.

Y hay como una onda plasmando formas, en crisol de siglos, y agitándose dentro de ellas para expresar un símbolo: la conciencia. En su relampagueo, ciérnese polvo de astros, palpita ardor de lavas y se vierte aroma de flor.

La vida lucha por un ideal: la conciencia. La vida guarda en su vientre oceánico una sagrada gestación: la conciencia. La forma es el sendero de la conciencia. Mas ésta impone también un ideal por sobre la exaltación de las formas: lo absoluto. Y así, a través de la vida multánime, y posándose en la entraña de las formas, construye y destruye y perfecciona, sucesivamente, sin reposar nunca, series concéntricas de órbitas dentro de las cuales la conciencia, para alcanzar la visión de sí misma, intenta aprisionar a Dios.

Sublime este esfuerzo gigantesco de la vida engendrando formas y dotándolas de luz a fuerza de agitarlas, para que un día resplandezca en la frente de un hombre, síntesis de soles, esto que es tenue y que se llama sencillamente idea. La idea es un bajel para llevar la conciencia del hombre hacia la conciencia del Universo. El hombre es un Universo detenido en las mallas de una idea. Cuando el Universo se conmueve, la idea sangra en el esfuerzo de detenerlo.

Cuando el hombre existió, la naturaleza sintió que su vientre entraba en reposo y que el vacío que dejaban las montañas y los mares se poblaba de estrellas. Cuando el hombre existió, la naturaleza se sintió redimida. Había surgido el amo que, esclavizándola, la libertaría.

Una trinidad concrétese en el hombre: conocer, sentir, querer. Tres férreas cadenas que atan a Prometeo. Otra trinidad se concentra en un núcleo de aspiraciones matrices: Verdad, Belleza, Justicia. Hay, pues, una orientación y una capacidad, un impulso y una posibilidad, un camino y una luz, como decir que hay un Mesías en un establo lejano y una estrella señalando con auroras la ruta misteriosa.

Las razas, ostentando su realeza, vienen desde todos los confines a traer para el espíritu humano cada una un don privilegiado. En alas de mármoles inmortales viene la Belleza: con estruendo de legiones victoriosas, la Ley; con majestad de Pirámides eternas, las Ciencias. Y desfilan imponentes cortejos de profetas y filósofos, estremecidos como oleajes por la emoción de martirio con que la vida de cada gran pueblo engendró un gran don. Y pasan por las calzadas de la Historia con sus trofeos recubiertos de púrpura, y sus miserias abiertas como llagas, y sus errores erguidos como ídolos, y sus ideales destellantes como antorchas que fueran estrellas. Y el desfile de cada gran pueblo marca en el espíritu del hombre una huella profunda, la cual ahonda por la íntima

solidaridad de las razas, tórnase en canal abierto a los fulgores del Universo, para que por él penetren y en lo hondo de la conciencia sedimenten, siglo tras siglo, la sustancia cósmica de que se forman las civilizaciones.

El hombre comienza a reconocer las posibilidades de la conciencia, lo que ya es satisfacer una de las necesidades de ella. El hombre es el portador de una luz. La Civilización es el Pegaso de la Conciencia. Las grandes metamorfosis de la Civilización preparan las alas. La naturaleza prepara las formas en el tormento y dolor de los cataclismos. La Conciencia, a su vez, no es más que una forma para la evolución de lo Absoluto. A lo largo de los estremecimientos de la Conciencia fluye, cual un fuego de mundos en llamas, la génesis de los dioses.

El hombre sumió una mano en su ser y otra fuera de sí y extrajo las manos colmadas de un tesoro: las civilizaciones. Tal como si deteniendo el viento y corporizándolo, hubiese extendido un par de alas para sus hombros. El hombre de las cavernas vivía en dos cavernas a la vez, de las cuales la más profunda era él mismo.

Homero, como Dante, toman una lira y tañéndola marcan un camino con fulgores de genio esparcidos sobre la Tierra. La estela de la lira conduce al hombre a penetrar en sí mismo.

Sócrates y Platón piensan, y el pensamiento, al levantar el vuelo, traza una senda en el interior del hombre. Tras la estela de aquel pensamiento, el hombre asciende dentro de sí y procurando alcanzar su propia altura, que ya le parece inaccesible, aprender a subir. Un Newton descubre un designio del cielo y el hombre, ante el velo que queda levantado, contempla que un vacío de su ser está lleno de astros.

La Ley de la Naturaleza, la superior visión de una idea, la Venus impresa en mármol, la sonrisa de Gioconda, no tienen sentido como revelación del dominio de la materia o de la forma, sino la importancia de afirmar con perfección, que el hombre creando o comprendiendo, concibió la existencia de su poder, ensayó su fuerza, determinó su dirección y le atribuyó un ideal. El genio es aquel repliegue de la conciencia en que, acumulándose más luz, mejor presiente ella su naturaleza y su finalidad. Los genios pasan derribando selvas de sombra. En la corriente de la civilización flota el genio como una vela que las mismas ondas crearan, pero dominando a la corriente y encauzándola. En el vuelo del genio viaja el hombre por sobre sí mismo para adquirir la sensación de que la conciencia ha conquistado la libertad.

Mas, por sobre Homero y Dante, el sendero se prolonga con la avidez quemante de que en él pongan sus pies desnudos los Cristos.

La Verdad es forma también; la Belleza es forma; el Bien es forma. Hay algo que debe surgir de la confluencia de aquellas grandes realizaciones. Hay algo que está más lejos y más alto.

Hay algo que se amamanta en los senos de la Belleza; que reposa en la paz del Bien; que medita al resplandor de la Verdad. Hay algo que está presente en la simple transparencia de este ser que llamamos Cristo y que nació bajo una alas angélicas, del contacto de un lirio y una mujer.

Resplandecientes epopeyas, poemas titánicos, verdades como abismos, pueblos retorcidos como sierpes por milenarias tempestades, manantiales de odio brotando de la ansiedad humana, civilizaciones enclavadas como Cristo al madero de un dolor; y todo ello se paraliza un día, se diluye en la decoración de una noche estrellada, se filtra en el hálito de un buey y de una muía, y como beso maternal sobre una frente, tiembla cuando nace en un montón de paja, un niño que traía el Universo en el corazón.

Era un ser de luz, de amor, de dolor, el cual vivió poco tiempo y dijo con belleza pocas palabras. Un día, convirtió un poco de agua en vino y el vientre de una prostituta, en lámpara votiva; fue perseguido y murió martirizado para hacer sentir a los demás hombres, con una tragedia que los horrorizara, que eran hermanos y que el perdón los uniría. Y para hacerles comprender que la fraternidad, flor de la conciencia, daría el fruto de que se nutren los espacios y los tiempos, los universos y los dioses. Era un camino, una vida y una verdad. La concentración, pues, en un ser superior, de otra triple manifestación. Era un camino blanco y luminoso...



Don Omar y un grupo de sus alumnos en una campaña de salud, año 1922.

Juventud creadora

Es urgente, que en todos estos países hermanos, como algunos ya lo hacen, descubramos, a plena convicción, el continente interno: la juventud. Hay que determinar su trascendente significación, dándole oportunidad de revelarse. Ponerla a servir a los intereses permanentes. de su vida, es todo el secreto. Lanzarla a buscar doctrinas y símbolos de grandeza, en una aula de trabajo, y en redentora profusión. Suscitar en ella el despertar de alborada, en mitad de la naturaleza, de aquellos ojos escrutadores del destino humano. Todo ello corresponde a la misión de las escuelas. No son ni las primarias, ni las secundarias, ni las normales, como entiende el vulgo, ilustrado o ignaro, mecanismos que deban juzgarse por razón del gasto que al Estado le demanden. Son grandes laboratorios consagrados a transformar las fuerzas oscuras, en aptitud de la muchedumbre para la vida civilizada.

Goethe, en el *Wilhem Meister*, idealiza el concepto de la educación radicándolo en el respeto de sí mismo, noción de reverencia más elevada y comprensiva que la del honor. Pues bien, refutar la conveniencia de la escuela, en todas sus formas por mala que sea, es renunciar al propio respeto, discutir la majestad de la dignidad ¿del hombre y, tratándose de la sociedad, simplemente discutir su derecho a ocupar un puesto en la civilización.

No le tema a su juventud. Al contrario, ¡ámela! Es privilegio divino. Incurrirá en errores, sin duda, pero con tiempo al frente para rectificarlos. Ni tema que se piense que usted se propone causar asombro con novedades. Sería mil veces peor que se pensara que usted renuncia a la novedad por respeto a la rutina. Acaso siempre convendría rehuir las exageraciones, pero ellas mismas son preferibles a la insinceridad y a la, inacción.

¿En dónde, en dónde inquietud más hermosa que ésa que mueve a los jóvenes a escribir? Si cada edad tiene su belleza, —que decía Montalvo—, acaso la belleza de los adolescentes esté vinculada en ese amor a la obra del espíritu, de la cual el mejor revestimiento de gracia es su propia impremeditación. En ella ensaya su fuerza la sinceridad; y ésta, es arraigo de victoria cuando se levanta, con vigor de ola que sube, hacia su fin. Y el fin es el poder de creación.

Hablando de Tiresias, hijo de Forbas, Circe le dice a Ulises cuando lo envía al Erebo: "Proserpina no ha concedido más que a este muerto la inteligencia y el pensamiento; los otros serán únicamente sombras en derredor tuyo". Lo mismo la Gloria, no ha concedido más que a la sinceridad vida fecunda y duradera. Lo demás es el desfile de las sombras dentro del espíritu, y afuera, en el contorno de la trágica ilusión. Sólo la sinceridad hincha de belleza a la palabra, sólo ella la llena de luz, porque la refunde en la idea misma, porque la trasfunde en la fantasía, porque la recubre del color del alma en que se forma y de la cual va a ser el canto maravilloso.

Conviene que conciban el deber de renovar el sentido de la intelectualidad en la juventud, exaltando, hasta elevarla a plena luz, la fuerza, ahora retenida, de los motivos puramente espirituales. Los altos motivos de acción de hombres y pueblos. Contra las ambiciones, las aspiraciones. Contra las conveniencias, los ideales. Contra las ficciones, las realidades. Contra la búsqueda de honores, la conquista soberana, a través de nuestra propia vida, del dominio de aquellas altruistas determinaciones del espíritu que se nutren con sangre de sacrificio.

Se debe analizar, audazmente, a todo fondo, la opinión de tantos hombres que influyen con su criterio en el establecimiento de normas de conducta política. Escudriñen los jóvenes esos pareceres, sin temor, y descubrirán que muchos de los ídolos del corrillo y de la antesala pre-

eleccionaria, son sin duda hombres honorables, y de méritos en el orden de sus actividades, pero los cuales, inflados por la adulación, cobran, a base de alto coturno, proporciones excesivas e incurren en el pecado de opinar, a gran orquesta, con todo de sentencia inapelable, sobre muchos problemas que no han estudiado seriamente.

No se dejen seducir los jóvenes, ni por el yerro extraño ni por el propio: *y muéstrense dignos de inspirar algún día ellos la fe que a otros nieguen.*

No, jóvenes amigos

Con tiempo apenas para escribir estas líneas, he de condensar en ellas lo que me agradaría decirles ampliamente. No, jóvenes amigos, no hablemos así como así de idealismos enfermos. Si estamos enfermos en Costa Rica, a buen seguro que no será de idealismo, sino de anquilostomiasis, de paludismo y de chatura.

Vuelvan ustedes los ojos a la política, por ejemplo. Insultos, insultos, insultos. Cosa de avestruz que se oculta: la cabeza escondida y la cola en obscena exhibición. Como si no hubiera de salir de la política, en gran parte, la solución de tantos problemas que, mientras tanto, preocupan a unos pocos: empréstitos, monopolios, fronteras, bancos, etc., etc.

Acaso estemos enfermos de practicismo, por no comprender todavía que el mejor de los practicismos es el idealismo bien entendido. No se comprende bien esto de sembrar odios, concupiscencias y negaciones... para recoger cosecha de progreso. ¡Una verdadera masturbación de apetitos colectivos!

Hay que crear. Hacer algo más, siquiera insignificante. Está casi todo por hacer. Estamos en la época de las opiniones personales y urge llegar a la época de las organizaciones técnicas. Técnica con vida, de creación y no de rutina, de ciencia y no de prejuicio. Estamos en el plano de la imitación, y hay que ascender al plano de la creación. Estamos en el plano de las desordenadas vacilaciones, y hay que ascender al de las construcciones firmes. Prepárense los jóvenes, con tesón, con ardor, con persistente decisión de victoria.

No, —y esto no es un reproche, ni pretende expresar la voz de un mentor—, usted y todos estos nuevos y sanos jóvenes, deben estar fraternalmente unidos para la obra a que los llame el destino, así sea —¡y bienvenida!— la de esparcir al viento las cenizas de quienes hemos amado en ustedes a la indomable esperanza. *Si fecundatur optime: ¡y sembrar el campo!*

Falta con frecuencia en la labor de la juventud que pretende, como colectividad, llevar a cabo determinada tarea en la vida, la plena evaluación del propósito que la impulsa a situarse erguida en el campo de la lucha.

La alegría que el empeño batallaroso provoca en el ánimo, encubre los colores del estandarte que se sigue, y ni siquiera se sabe, al entrar en marcha, hacia dónde se va.

Siéntese que una fuerza poderosa obliga a levantar el brazo en que destella el lanzón con hambre de gloria; se siente que el primer golpe magnifica y fecunda el ansia de triunfo, y se intenta entonces la conquista del puesto donde la lucha haya de ser con el riesgo mismo ...

Pero, qué desventurada finalidad la de los anhelos juveniles armados para la pelea, cuando no los sustenta una comprensión honda de las responsabilidades que se recogen en la liza, con los trofeos que la victoria tiende a la mano gallarda que la consagró.

De ordinario la juventud se ampara al ariete destructor de murallas. Lo prefiere a la azada que tritura glebas y hace sonreír a la tierra en las bocas generosas de los surcos. Lo empeña con

violencia contra el granito de las instituciones que juzga opresoras de la libertad, y cegada por el polvo que le arranca a las piedras, sufre la visionaria ilusión de que va realizando un derrumbamiento proficuo.

¿Acaso en verdad ha conquistado en la capacidad de construir, el derecho a demoler? ¿Sabe, siquiera, destruir? Las ruinas son absolutamente estériles, si al romperse la fábrica que constituyeron, no las levanta, sujetas al ritmo organizador de un nuevo conjunto, un vigoroso soplo de creación.

Los fragmentos de columna, lo mismo pueden ser el recuerdo de una gloria que de una infamia. *Hay que aprender, por ello, a destruir, y ninguna enseñanza más amable y pródiga en iniciaciones de esfuerzo, que la de que edificando se destruye.* Un jardín abandonado no atrae tanto al espíritu, como un mármol bello en un paraje solitario. ¡Cuánto más sugestiva es la oración del Angelus después de la siembra, que el reposo siniestro del guerrero sobre una pira de cadáveres! ¡Hay tanto de grande en el amor a la simiente!

De cierto, *cuando se tiene una semilla entre las manos, para lanzarla a las fauces del surco, se asiste a una ceremonia solemnísim*a en que vive, con toda su incognoscible grandeza, el acto generador del Universo. Y sólo cuando se lleva un grano de luz en el corazón, es vivificadora la siembra de la palabra. Por eso pudieron crear con ella pastores ignaros de Galilea. El mar, que es una eterna renovación de grandezas, les había trasfundido, con el óleo de la espuma que muchas veces los bañara, ese rico poder de la tormentosa quietud del alma, en que se organizan, llenas de virtud bastante para asumir forma externa, las enseñanzas imperecederas.

¿Vive en el corazón de la juventud ese poder?

¿Ha construido dentro de sí lo que anhela construir afuera?

Pues que la virtualidad de la propia renovación, no reside en el vano afán de censura que el odio origina y encauza, y que, torpe y apasionado, supone que son armas de combate eficientes las mismas picas que lo laceran.

Y hay empresas de lucha que nacen en la tiniebla de un desprecio hacia todo lo que maltrata con el peso de su superioridad. Fórmanse de modo tan instintivo, que sus propios agentes se imaginan actuar bajo la inspiración de un apostolado. Se alimentan en la simple necesidad de conservación. Y se las reconoce por el signo externo de la tendencia a excusar, con lucubraciones semejantes a teorías, la ausencia de todo afecto o conocimiento reputado como revelación de algún mérito. Están siempre manchadas de fanatismo, y alientan el espíritu de secta, que es germen de inanición donde quiera que se encuentre. Se libran del desprestigio de las manchas, extendiéndolas sobre el contorno. Poseen el mérito con derecho exclusivo. Cuando otras empresas, sanamente guiadas, toman el rumbo que ellas trazaron, y lo siguen con paso de victoria, les imputan, al menos, para desprestigiarlas, el delito de la imitación. Son hogueras que calcinan toda virtud. Son hornacinas donde se evapora la potencia de todo ideal...

Pero hay que pensar en los trigales estremecidos por el paso del arado, que parecen mares de ámbar donde boga el prodigio de una barca de luz...

Y son éstos, rasgos de conjunto, trazados con brevedad, sobre el dolor de una experiencia.

Educación y Cultura

Hay que crear el porvenir

Y cuando el hombre ha vuelto la vista hacia los horizontes tras huella de rumbos, ha visto surgir a la distancia como si fuera un faro de mármol coronado de fulgores, el pórtico de la escuela. Diréis que siempre fue el instrumento de creación del futuro; sí, pero nunca más que ahora. De todos los ámbitos del pensamiento viene la voz que lo confirma. Si antes era para transmitir la civilización, ahora, más que para eso, la escuela es para comunicarla superada, enriquecida de ansiedad y posibilidad de perfección. Tal es la fe de quienes sugieren la doctrina de su obra en este momento. Y las demandas que constantemente recibe de la sociedad, lo confirman también. Y lo confirman las cardinales transformaciones a que la va sometiendo la presión de las ideas. La escuela está cambiando rápidamente, de un modo que la hace trepidar, como si exaltada la vida del niño, ya no cupiese dentro de la escuela y se proyectara fuera en ansia de luz, arrastrando al salir los muros y dejando el interior súbitamente sometido al oleaje de todos los movimientos y agitaciones de la sociedad ambiente y en libertad de recoger todas las palpitaciones de la naturaleza. Y es que una civilización nueva, necesita un hombre nuevo y una nueva escuela.

E invoqué a los grandes de América, a Bolívar y a Sarmiento. Puede haber recordado a muchos otros, pero aquéllos bastaban a iluminar la pobre palabra del maestro de escuela que quería hacer sentir la grandeza de la educación. Pero era demasiada la luz para mis ojos y apenas pude presentir al uno derramando libros y escuelas en las grietas de los Andes, para que de aquellos surcos brotara el pueblo argentino. Y apenas si logré adivinar la actitud en que el otro, acariciando la espada resplandeciente, pensaba en las escuelas que transformarían en luz la sangre derramada, para así, *tras la independencia, que era el parto, apareciese la democracia, ¡que era el porvenir!*

En América la escuela confronta una tarea caupolicánica: la de tender, enclavados en los Andes erguidos como la lanza del Quijote, amamantados de gloria por los senos de dos' océanos, los sillares de una civilización nueva y mejor. Al evocarla, recordemos que el genio de la raza sentirá traicionada su virtud mesiánica, mientras las escorias de una ruina les brinden sustento a los despotismos, propios y extraños de que América se avergüenza.



Don Omar en un grupo del año 1916 en que aparecen el Lic. Alfredo González, Presidente de la República, el profesor Luis Felipe González, Ministro de Educación, estudiantes y profesores de la Normal.

América y el Maestro

—EL MAESTRO. ¡Madre América, madre en esperanza de un porvenir cuya eclosión es un designio cósmico, en el cual se concentran, como savias de siglos, los ideales de las civilizaciones para alcanzar a ser luz y redención un día en la hazaña de una nueva humanidad!

¡Madre que llegaste al mundo cuando ya no era tiempo de oír de sus labios el Sermón de la Montaña, y que por ello merecerías que Jesús lo volviera a decir desde los Andes, magnificándolo!

¡Madre, he aquí que bulle en mi espíritu una profunda gestación de superiores ansiedades y que, incitándome a crear, me mueve a pedirte una enseñanza para el destino de tus hijos...!

¡Venga de ti la palabra reveladora! ¡Dígala tu voz, el maestro la interprete y el niño la comprenda, y juntos pongamos amor y reverencia en ella, a fin de que nos guíe hacia el maravilloso advenimiento!

¡Habla, América, como cuando respondiste con tu voz de rocas al grito del nauta que te llamaba a detener las olas en el camino de un viaje inmortal!

—AMERICA. ¿Quién invoca mi nombre? "Tierra", oí decir aquella mañana; ahora oigo decir "Luz". ¿Quién me llama?

—EL MAESTRO. ¡El Maestro!

—AMERICA. ¡Habla, pues ...!

—EL MAESTRO. ¿De dónde viene tu fuerza?

—AMERICA. Ella ruge en los labios de Gua-timozín cuando, hecha ascua su carne de cobre, exclama: "¿Creéis acaso que estoy en un lecho de rosas?".

—EL MAESTRO. ¿De dónde, tu luz?

—AMERICA. ¡Encendióla Sarmiento!

—EL MAESTRO. ¿Quién te dio el sentido de la Libertad?

—AMERICA. ¡Bolívar!

—EL MAESTRO. ¿Qué amaste en él, la espada o el verbo?

—AMERICA. ¡La espada era llama cuando la palabra era acero!

—EL MAESTRO. ¿En qué lengua oras por tus hijos?

—AMERICA. ¡En la de Cervantes, divina!

—EL MAESTRO. ¿Quién te habló en ella más delicadamente?

—AMERICA. ¡Darío!

—EL MAESTRO. ¿Quién soñó tu porvenir con mayor grandeza?

—AMERICA. ¡Martí!

—EL MAESTRO. ¿Algo te inquieta, madre América?

—AMERICA. El Norte...

—EL MAESTRO. ¿Qué ves?

—AMERICA. Una vasta sombra...

—EL MAESTRO. ¿Algo te conforta?

—AMERICA. El Norte.

—EL MAESTRO. ¿Qué ves?

—AMERICA. ¡La sombra de Jorge Washington!

—EL MAESTRO. ¿Qué escuchas?

—AMERICA. ¡La voz de Emerson!

—EL MAESTRO. ¿Y hacia el Sur?

—AMERICA. ¡Un potente vuelo de cóndores!

—EL MAESTRO. ¿Qué esperas de tus hijos?

—AMERICA. ¡Piedra y metal para la Historia!

—EL MAESTRO. ¿Mármol y bronce?

—AMERICA. ¡No! Hay lava para cuajar héroes; hay bronce y hierro para coraza y espada; águilas y serpientes para decorar escudos; quetzales para empenachar cascos; pampas trepidantes al galope del potro; jaguares y pumas para cortejo de la victoria y collares de esmeralda para encadenar cautivos; pero el mundo aguarda de mí el cumplimiento de otra misión... Quiero mármoles blandos como olas para erigir altas columnas y bronce sonoros como olas para fundir fuertes campanas.

El Parthenón, coronado de olímpica majestad debe erguirse otra vez ante el mundo, cual gloriosa piedra milenaria que señalara entre el tumulto de las civilizaciones decadentes, la nueva senda de los dioses... ¡Debe aparecer con la albura de una hostia que la misma naturaleza alzara sobre el dolor de los hombres!

—EL MAESTRO. ¿El viejo Parthenón?

—AMERICA. No el de la ruina sino el de los astros. Por eso, de mármol, que ya debe de atesorar
—fruto de la meditación de la tierra dolorida— el secreto de una vida superior.

—EL MAESTRO. ¿Y las campanas?

—AMERICA. Ellas dirán el nuevo Evangelio, resumiendo en el corazón del bronce todas las voces vírgenes y múltiples de mis selvas. Y su plegaria transfundirá el verbo de mi stirpe en la conciencia de la paz; y ésta será ennoblecida hasta transformarse en expresión de la suprema justicia. Y mis ciudades se poblarán de profetas, y en mis desiertos arraigarán, enmarañándose, las arterias de la vida, y mis bosques florecerán en resplandores y mis ríos y mis mares se colmarán de naves...

—EL MAESTRO. ¿Y tus hombres?

—AMERICA. Ellas serán algo nuevo y único en el mundo: ¡los hijos de América!

—EL MAESTRO. ¿Y si surgiera en el Norte la tempestad?

—AMERICA. ¡Entonces, oh gesta de mi raza, plumas imperiales de mis Caciques, talla de Atahualpa!, entonces, por mi Raza hablará el Espíritu ... y confío en que sería tal la expresión de mi destino, que aquello que pudo parecer una tempestad en el Norte, fuera una aurora infinita sobre la génesis de otra Humanidad.

Siglo de la escuela

Lo de preocupar ya a la prensa los problemas del maestro, es una de las consoladoras señales que vamos al cabo reconociendo de que el país comienza a ser apto para adquirir la sensibilidad de los problemas e ideales. Sensibilidad que es fuente de la conciencia cívica, en la cual radica la verdadera soberanía. Ya que una nación, como dijera Renán, es un principio espiritual.

El país mira pensativamente a la escuela, al maestro, al niño; cuando los haya mirado lo bastante a que su curiosidad e inquietud se truequen en pródiga reflexión, entonces el país estará en aptitud de ser más dinámicamente influido por las corrientes de ideas que cruzan el mundo hacia todos los orientes y arrumban a desembocar en la escuela. *En estos días ha declarado un gran pensador que será el de la educación el problema cardinal de la época. Las soluciones de los conflictos sociales que los juzgaron tan sólo, o sobre todo, referidos a condiciones económicas, han fracasado con fragor de tempestad.*

No redime a la miseria el oro. Oro y oro en las manos insaciables de los hombres, si mata el hambre, no enriquece de virtud el corazón de quienes codiciosamente lo atesoran. Porque el mal, más que en el hambre de pan, reside, como un monstruo en una gruta encantada, en la sórdida sed del oro.

Hay que sustituirla por la sed de luz...

En las publicaciones educacionales éstos son ahora los títulos más frecuentes: Reconstrucción, la Nueva Escuela, la Escuela Futura, Nuevos Ideales en Educación, etc. Y tras ellos, surge la agitada muchedumbre de ideas y ensueños debatiéndose dentro de la aspiración a conquistar las fórmulas precisas, nítidas, que hayan de ser expresiones del más elevado contenido espiritual de la nueva civilización.

Complace, pues, que en el país vaya suscitando serias preocupaciones el problema de la escuela, porque así se revela que no hemos perdido del todo la capacidad de auscultar, entre las sombras, el corazón de los tiempos.

Siglo del niño, siglo de la mujer, se ha llamado al presente, y ahora también, siglo de la escuela. ¡Cosas que se aúnan, dentro de un orbe de misterio, en el símbolo de la madre!

Siglo de la escuela, cuando más se anhela libertad, cuando más justicia se demanda y con mayor vehemencia se invoca la expresión plena-ria de los sentimientos de amor y fraternidad. El mundo cargado de tormentas, sangrante, convulso, preso en el parto de una nueva humanidad ... Y por sobre todo esto trágicamente inmenso, anuncia sus auroras, como una luz sinai-ca, algo tan humilde como el pesebre legendario: la escuela. Sólo porque en ella mora la asedada inquietud del niño, esta cosa maravillosa ante la cual conoce el hombre lo único que le explica el milagro de la vida: el Porvenir.

Economizar en escuelas es economizar civilización

Razones de economía, nada justifican. Economizar en escuelas es economizar civilización, y ningún pueblo de la tierra tiene derecho a hacerlo. Gastar pródigamente en educación, no es una cuestión de finanzas, sino una cuestión de honor, de decoro nacional. ¿Se quieren, por ejem- „ pío, buenos caminos?, pues hay que abrir caminos de luz en el alma popular para que circulen por ellos la iniciativa y el desinterés, y entonces los caminos invisibles se plasmarán en ja tierra ávidos de encauzar energías. Podréis objetar con criterio de economistas que el problema educacional es económico, y yo responderé con credo de maestro de escuela que el problema económico lo es, fundamentalmente, de cultura; y para saltar sobre florentinas consideraciones, diré, además, que el inextricable entrelazamiento de esas interferentes realidades sociales, se aclara con sólo reconocer la preeminencia, en la naturaleza y en la historia, de la energía, de aquello sutil, revelado en el orden moral por las virtudes que el individuo expresa como sacrificio en las horas supremas, y que, iluminadas de videncia, integran la gloria epopéyica de los pueblos.

Digo todo eso, sabedor de que no poseo la representación social e intelectual que en nuestro país conquista la sórdida politiquería, pero con el derecho que me otorga la generosa confianza de una juventud para la cual debemos desear y edificar sobre pasiones y miserias, una patria que, cual el cafeto de la antigua moneda, "¡libre, crezca fecunda!".

Si existiera el fracaso de la escuela costarricense, no sería el fracaso de un grupo de hombres, blanco o negro, ni el de un sistema de ideas, viejo o nuevo, sino el fracaso de la cultura del país. Pues que si la escuela ha de ser instrumento maravilloso de creación de lo porvenir, debe poseer aptitud para el trabajo que se le confía y debe ser usado conscientemente.

Educando niños para la vida del egoísmo, se atenta contra el equilibrio social, se propende a dificultar la convivencia.

La escuela debe ser nacional. La nación es una realidad. La escuela que niega la realidad no es una escuela. Pero la nación es una realidad como la familia y la humanidad. Y la realidad, el resultado de una esperanza. Y el mañana, el fruto del hoy sumado al de ayer. La humanidad ha de prevalecer sobre todo lo demás, como razón última. ¡Ay de quien deje de ser italiano! ¿Pero, se puede ser italiano dejando de ser hombre? ¿Se quiere una escuela italiana? Hágase una escuela profundamente humana.

Si se nos educara en armonía rigurosa con la ley que rige nuestro desenvolvimiento, no pronunciaríamos nunca palabras de pesar por no haber tenido a nuestro alcance en una hora de la jornada la luz de que en otra hora disponemos para seguir adelante.

Hemos olvidado que los conocimientos deben ser agentes de autonomía espiritual. Que la instrucción debe constituir alrededor del estudiante un ambiente lleno de oportunidades para el independiente ejercicio de la propia individualidad, ambiente en constante renovación, susceptible de transformarse, enriqueciéndose, a la presión de todas las inquietudes, devociones e iniciativas del alumno.

El estado social obrero en nuestro país reclama de manera urgente la creación de un centro educativo, que venga a concentrar las actividades intelectuales de los artesanos, sobre una base científicamente sistematizada, en la que se refiere al aprendizaje de los oficios con que ellos aspiran a engrandecer su vida y la vida nacional.

Escuelas, caminos . . .

Nos refieren que en el Congreso, o en algún otro lugar, se ha declarado que hay opiniones capaces de aconsejar la clausura, por algún tiempo, de colegios y escuelas, a cambio de dedicar el dinero nacional que consumen, a construir y reconstruir caminos. Las escuelas pueden ser los mejores caminos, y no en ficción, sino de manera real, puesto que sirviéndole de vehículo a la cultura, le sirven de herramientas al progreso en todas las fases. Pero ño lleguemos directamente a las objeciones.

No creemos, en verdad, que haya quien, a sabiendas de lo que diga, pueda emitir pareceres semejantes, ni menos entre diputados o periodistas, por mucho que ellos comportan el derecho de opinar acerca de t~do asunto, sin tener la obligación de ser entendidos en ninguno especialmente. Ni podemos creer que lo haya en el actual Congreso, el cual ha aprobado sin alteraciones, ganando así más prestigios, el presupuesto de educación pública; y donde opiniones como la supuesta, ofenderían el esfuerzo de hombres allí presentes, y de otros que lo están espiritual-mente, como manes de la casa de las leyes, a virtud del honor que en vida conquistaron por su actuación de hombres públicos. Algunos de ellos, por cierto, con el lema de "escuelas y caminos", iniciaron una obra eminente de administración.

No creeríamos tampoco que un maestro de escuela, no obstante los fracasos del parlamentarismo, se atreviese fácilmente a declarar, desde las aulas, la conveniencia de cerrar el Congreso para edificar con lo que consume, más y más escuelas y trazar caminos. Y acaso el maestro que lo hiciera sería más prudente que el opinante del caso.

Sí comprendemos y hasta admiramos que un Papini tenga el valor de exclamar: ¡Cerremos las escuelas! "¡Chiudiamo le scuole! Codeste pubbliche architetture sonó di malaugurio: segni irrecusabili di malattie genérale". Por esto lo comprendemos y admiramos. Su voz clamó no sólo contra las escuelas, sino contra las prisiones, los conventos, los parlamentos, los hospitales, los manicomios, etc., etc. Mas la voz que clamaba era genial y en su estridencia se cernía, pesimista o radical, pero siempre superior, la ansiedad de una plena renovación social. Pero esto otro de decir "ciérrense las escuelas", como se diría "cierre el paraguas", apenas es cosa pueril.

¿Por qué darle importancia al decir? Cuando la historia al uso de los cables, nos enseña que el mordisco de un mono en una testa coronada puede plantear un problema europeo, ninguna cautela resulta excesiva ante las cosas nimias. Y estas palabras, a nadie ofendan.

Se asegura con prolija frecuencia que el estado general de la enseñanza es malo. Supongámonos enterados de lo que significa estado general, y pasemos a sugerir ciertas observaciones al respecto.

La afirmación se ha hecho siempre y en toda parte y lugar. Quizá ninguna institución haya sido ni sea tan combatida como la escuela. Lo explican razones concernientes a su naturaleza que, definida o no por la escuela misma como social, es social. La más antigua escuela individualista, en el sentido pedagógico, y la más moderna escuela socializada ocupan, en ese propósito, idéntica posición desfavorable.

La discordancia —que es desequilibrio— entre las finalidades sociales de la escuela y los resultados sociales de ésta, aclara muchas de las causas de la lucha que permanentemente la asedia. El gobierno se encuentra en posición similar y por motivos de la misma índole. Y quizás diríamos que toda institución, dado que siendo la crisis situación de desequilibrio, y siendo éste resistencia constante y necesaria a la final determinación de todo progreso y requisito de la indefinida transmutación del mismo, parece que la lucha contra ellas fuese exigencia del natural comportamiento de las instituciones. (La doctrina sociológica de Mazel, en su afirmación de la sinergia social, resulta bien interesante en esta relación).

La historia de la educación muestra a la escuela en lucha incesante. Y se acentúa tratándose de ella el importante fenómeno, porque ninguna institución se refiere más amplia ni directamente a los intereses humanos en cuanto de algún modo son interpretados y en lo que exhiben así de más elevado como de más bajo, dentro de cualquier concepción. *Habría que repetir que el problema de la escuela, como el del hombre, es el hombre.* Como al filósofo, nada que atañe al hombre le es extraño a la escuela. En el curso de su vida, siempre instrumento, adicta a las veces a un credo, prosélita de otro, disputada por el Estado contra la Iglesia o por ésta contra aquél, inspirada en una u otra filosofía, por momentos en ninguna, confrontando este problema nacional o estroto problema, desenvolviéndose en un medio así o de otro modo, agitada, en compendio, por el oleaje de todas las mutaciones del pensamiento y de todos los movimientos de la sociedad, en el curso de su vida, queremos decir, la escuela flota como una bandera al adar del viento. Al cabo, ¡es bandera del espíritu!

En su interior, la agitación siempre. Aspiraciones, ideales, dogmas, yerros, verdades, dudas como la que lleva en la entraña, cual el titán ladrón del fuego, una vasta tragedia. Para dar la luz había, en cierto modo, que perderla, a semejanza de madre que muere bajo la aurora del hijo recién venido. La escuela para dar luz, la extingue en su seno, y es milagro que al darla no siempre incube en la llama el soplo que la apagará.

La escuela enseña, pero se sabe de toda certidumbre ¿qué es enseñar? ¿Se sabe qué hay que enseñar? ¿Cómo enseñar?

Y digamos educar, y estaremos en igual caso. Y todavía, si intentamos establecer, con pretensión de firme acierto, de que sean, digamos realmente científicas, las relaciones entre ambos aquellos términos, con las necesarias y correspondientes consecuencias teóricas y prácticas, simplemente habremos logrado formular innúmeros problemas, de variado orden, cuya solución nadie que se tenga por sensato se atrevería a garantizar. Menos en esta hora de la historia del pensamiento El campo de la educación, solicitado simultáneamente por tantas preocupaciones y tendencias, parece aquel mosaico de las ciencias sociales que se dijo alguna vez. Por supuesto que hay grandes corrientes directrices, pero en disputa de exclusivo dominio, como es natural.

Obsérvese que los más grandes trabajadores de la educación se levantaron, como Rousseau, no a cumplir la tarea de organizar la escuela, sino a tratar de marcarle un rumbo a la sociedad, a resolver sus grandes problemas, a modificar la conducta humana. Y a veces, a la educación los condujo el problema metafísico en alguno de sus postulados fundamentales. En todo caso, ni de él ni de la sociedad pudieron prescindir. Continuadores de gran importancia, pocos hay. Reformadores son los más, si bien una línea tangente a las cumbres de los siglos engazaría, en lo esencial, los más diferentes nombres y obras. No sería extraño que de Comenio a Kerschensteiner, por ejemplo, hubiese en el pensamiento mil veces menos distancia que la que hay en el tiempo.

No concebimos una química de tal o cual sabio, extraña a la química conocida. Pero sí, y distanciados con más énfasis que el que establece diferencias entre dos corrientes de investigación científica, concebimos antagónicos y coexistentes tipos de escuela ... que no vierten su experiencia

en un conjunto común. O, si lo hacen, la sedimentación es demasiada lenta para que una ciencia de la educación pueda aprovecharse de los esfuerzos pretéritos, tan certeramente como se puede ir desde este investigador científico, a través de sus antecesores, hasta aquel otro. A más de que existen, por ejemplo, escuelas como la del viejo Tolstoi o como la de Tagore que, desaparecidos ellos, pueden continuar abiertas y llenas de estudiantes, pero sin ser las mismas. Ya que seguramente en ninguna otra zona destaca la ecuación personal, con mayor relieve, su trascendente significado.

Se hace más honda todavía la tragedia, cuando se piensa que la escuela enseña o ha de enseñar la verdad. ¿Cuál verdad? ¿La verdad azul o la verdad roja? ¿La de ayer o la de hoy? ¿La de Newton? ¿La de Einstein? ¿Deberá detenerse la escuela, mientras la verdad se conquista, como el viajero que espera el alba para continuar la marcha?

¿Habrà de enseñarle la duda sistemática, o el "hábito experimental de la mente" de los pragmáticos? ¿Habrà de ir al paso de los palafrenes del pensamiento en incesante rectificación del rumbo, como un piloto?

Cualquiera que haya de ser la conveniente actitud, el adoptarla suscita múltiples y complejos problemas, cuya gravedad tiende a crecer en la medida en que la actitud se estabilice. Ocurre algo semejante en la náutica del aire, *donde el aviador al paso que asciende siente crecer su ignorancia*, y cuando mayor seguridad requiere, me nos la posee y más agresivos son los riesgos.

En esta hora la crisis de la educación es mundial. Como que la hora es de grandes crisis. Son muy visibles las razones para que urja precisarlas. En Alemania ha tenido instantes de ser cruenta. En Rusia, muéstrase fecunda en mitad de todos los desconciertos. En los Estados Unidos del Norte, el problema de la escuela se discute en vastísimas proporciones. En Inglaterra, como en Italia, aparecen bellas tendencias al renuevo. Los reformadores se levantan y exaltan su doctrina aquí y allá, en muchos países, al punto de que casi no sabemos de alguno en que sea insensible la agitación. El propio Einstein ha expresado su juicio acerca del problema educacional en términos que si no presumen señalada novedad, sí aducen nuevo vigor. Y si llegásemos al laboratorio de psicología pedagógica y de pedagogía experimental, pasmaríamos la activa elaboración de progresos más aptos cada día para trascender a la organización de la empresa educacional.

No queremos aludir a la que juzgamos más importante de las formas que la crisis asume entre nosotros, para restar la ocasión de que la lucha personalista asome su odio.

Importábanos hacer notar que hay en el fondo de estos problemas y detrás de ellos, mil y mil otros, de los cuales sólo alcanza a penetrar en el descontento con nuestras escuelas, la censura ciega contra el maestro o el profesor, con la aseveración implícita de que él es el culpable del estado de cosas adversado.

Lo otro sería lo deseable, vale decir, el intento de solución del problema completo, o el intento siquiera de revisión total, para plantearlo, del estado de la escuela. Mas, de ahí, por infortunio, estamos lejos. Los constantes denunciadores del malestar, nunca han sabido pasar de la superficie. Decía un escritor italiano que hay dos clases de lucha en pro de la escuela: la una por la luz, la otra por el repollo. Aquí estamos todavía enredados en la última.

¿Pero para qué volver las armas contra los maestros? Antes preguntémoslos, siquiera brevemente, qué alcance tiene la inconformidad con el estado de la enseñanza. *¿Dónde están las investigaciones que permitan señalar la raíz del mal? ¿Cuántas se hicieron? ¿Quién las hizo? ¿Cómo? ¿Qué revelan?*

¿Trátase de investigaciones técnicas, o de meras, fragmentarias indagaciones? ¿O se trata de opiniones personales, más o menos vagas, más o menos contradictorias, más o menos interesadas, más o menos autorizadas? De otra parte, ¿Se ha oído a los maestros y se han compulsado sus afirmaciones? ¿Se han leído, oído, discutido sus informes, quejas y opiniones? ¿Se han ensayado los remedios por ellos propuestos?

El público parece ignorar que ninguno, de ordinario, se conforma menos que el maestro con el estado de las escuelas. Hay angustiosas quejas de los maestros en sus informes. Hay importantes revelaciones de los maestros en sus informes. Hay admirables observaciones, sugerencias fecundas, oportunos intentos de solución. Y por sobre todo eso hay, en muchos casos, hasta heroicos empeños de remediar el mal. Existe entonces, se nos dirá. Claro. Y el maestro lo sabe mejor que los demás, y busca con afán, cómo demarcarle los límites, y, he aquí lo realmente grave, está casi solo contra todos en la faena difícilísima de desarraigarlo. Cómo será de importante, de imprescindible, este efecto, cuando en los mismos Estados Unidos, donde la cooperación realiza maravillas, lamentaba el Secretario de la Asociación Nacional de Educación, la falta que le hace a la escuela para dar lo que de ella se espera.

Saben los impugnadores del maestro ¿cuántas escuelas hay en el país, con cuántos niños y en qué condiciones físicas, mentales, morales, sociales? ¿Con cuántos maestros, con cuáles obstáculos, de toda especie, dentro y fuera del aula, localizados en el niño, en el hogar, en la comunidad, en la Junta de Educación, en la administración escolar, etc., etc., etc.?

¡No! Inculpar al maestro y sólo al maestro, es un error monstruoso. Tanto valdría imputarle a los empleados de aduana el decrecimiento de los ingresos por importación. Y al comparar así, dicho sea sin deprimir a nadie, pierde el maestro, porque no le cobran sólo la merma de las entradas, sino todo el malestar económico; y porque condenado a ser un funcionario, lo es de tal manera que, sin haber adquirido un verdadero status profesional, se le trata como si lo poseyera y se le niega cuanto le permitiría conquistarlo. Para exigirle responsabilidades, se le trata como a un apóstol y para darle lo que pudiera facultarlo para afrontarlas dignamente, se le trata cual a un miserable que de toda virtud y mérito careciese.

La educación, la escuela, es vasta y compleja obra social, en lo tanto, de cooperación. Desconocer la responsabilidad de cada ciudadano en ella, es obstruir el camino de las soluciones más serias. La escuela mala no es sino un signo inequívoco de una organización social, política y administrativa, mala también. Y atacar a la escuela en el momento en que pide dinero, para no dárselo, es acusar un desconocimiento básico del problema. Negarle oro a la escuela porque por deficiente no lo merece, equivale a negarle agua a la tierra de cobradío pretextando que está agrietada de sequía. Los norteamericanos, que de hacienda y de educación entienden de veras, casi sólo una gran solución le dan al problema educacional que la guerra les ha planteado: ¡dinero, dinero, dinero! Es un hermoso discurso el que pronuncia —por ejemplo— el Presidente de la Universidad de Colgate, Cutten, en la inauguración de cursos en octubre. Habla, a lo que parece, inspirándose en los Adams, de la reconstrucción de la democracia norteamericana, pero por más que el concepto se eleve a las más altas consideraciones especulativas, se siente que no pierde de vista la corriente de oro puesta al servicio de la renovadora corriente de ideas.

Recordamos que algún educador pedía para las escuelas ideales, maestros ideales, planes y métodos ideales, pero también discípulos ideales. Padres de familia ideales podrían pedirse también, y ciudadanos ideales, y gobiernos ideales.

¡No! Ni de palabra se cometa el atentado de cerrar escuelas. Menos en nombre de los caminos. Cuando la escuela ascienda a ser lo que es deseable, por la obra de lo que se le dé, tendremos suficientes caminos y mejores caminos.

De la puerta de la escuela partirán ellos hacia los horizontes, y de ella saldrán, sobre los caminos, hacia el porvenir, las generaciones mejores que, engrandeciendo a las presentes, debemos preparar. Escuelas y caminos, caminos son los dos, unos cruzan la tierra, otros el espíritu, pero ambos, concertándose, confluyen en los abiertos horizontes de la riqueza y de la independencia. Mas, nada de ello, ni lo más pequeño, encontrará el superior ambiente que tales gestaciones reclaman, en el seno pétreo de la ignorancia.

Bienvenidos los negros

Varias personas me preguntan qué pienso acerca del proyecto de ley destinado a traer gentes de color a la Escuela Normal. Contesto brevemente. Recibiré a los negritos con los brazos abiertos. Vienen en busca de la poca y pobre luz que la Escuela puede dar y es deber de ésta el de recibirlos cordialmente. Vienen a buscar en estas aulas las aspiraciones propias de la ciudadanía costarricense, y a quien viene tras ese galardón para su vida, sería menguado negarle la entrada.

Se me dice que debería la Escuela oponerse a la ejecución del proyecto porque al ofrecerles facilidades de arraigo a los negros en nuestro territorio, se amenaza a la nación costarricense con una peligrosa mezcla de razas. El peligro de la zona atlántica no está en los negros, quizás, sino en sus amos y en los costarricenses filibusteros. Y si efectivamente hubiese un peligro en la mezcla de razas, —cuestión muy compleja—, tal peligro se contrarrestaría con el esfuerzo que se hiciera por atraer europeos, de diversas nacionalidades, hacia las grandes zonas dolorosamente desiertas que el país posee. Mientras los negros estén en el territorio costarricense, es preferible procurar que sean costarricenses. La política de nacionalización que los norteamericanos aplican en estos casos, parece ser aconsejable. Las circunstancias determinantes de la permanencia de los negros en Costa Rica, son independientes de las posibilidades que del proyecto de ley emanan. Mientras aquellas circunstancias predominen, allí estarán los negros. Y es mejor que estén con nosotros que contra nosotros. Una vez que tuviéramos maestros y alumnos costarricenses, tendríamos dentro de aquellas zonas del Atlántico un tesoro moral de que ahora carecemos y un tesoro material también.

Se me insinúa por varias personas que los negros pueden ser una amenaza para las conveniencias morales del régimen coeducacional de la Escuela. Le tengo miedo a las pasiones, así parezcan de ébano como si refulgen como alabastro. Le tengo miedo a la fiera, sin fijarme en el color.

Altas por la alcurnia, blancas por la raza, bellas damas gentiles, dieron escándalo en Europa entregándose a la lujuria de los soldados africanos, en recuerdo tal vez de aventuras de harem. Y cuando danzas y músicas de origen negro invaden los salones, rompiendo todos los rituales del ritmo, no es precisamente la inferioridad de los negros la que se ostenta entre las luces y perfumes de las fiestas.

Lo otro, lo de las diferencias sociales es argumento que nadie debe levantar contra los negros, si aspira a que la escuela costarricense siga siendo instrumento de la organización democrática del país, o si quiere que podamos trabajar en ella la mayor parte de sus maestros.

Un Rey Negro, siglos hace, llevó ofrendas al pesebre inmortal, simbolizando así que la fraternidad de los hombres, dentro de reales aspiraciones espirituales, no puede realizarse sino por sobre las razas.

La escuela generadora del porvenir

Sabemos bien que todo país tiene un pasado, un presente y un futuro. Lo que suele olvidarse es que vive a la vez en esos tres mundos. Es decir, que el pasado es tradición, historia, creencia, costumbre, raza; en suma, arraigo multiforme cuya naturaleza y trascendencia se descubre al comprender que el presente es la gravitante transformación del pasado en futuro, y a que a éste no acertamos a atribuirle una significación cuando lo miramos como espontánea resultante que va trazándose caprichosamente, *sino que debemos contemplarlo como aspiración, como meta, como ideal. Pasado debe significar impulso, fuerza; el presente debe ser norma; el porvenir debe hacernos sentir los entusiasmos y las responsabilidades de una misión sagrada.*

¡Hay que soñar el porvenir, desearlo, amarlo, crearlo! Hay que sacarlo del alma de las actuales generaciones con todo el oro que allí acumuló el pasado, con toda la vehemente ansiedad de creación de las grandes obras de hombres y pueblos. *Una nación adquiere conciencia de sí, y penetra en el misterio de su destino, cuando entiende su porvenir como la misión que le corresponde llenar ante la humanidad.* En otra hora de la historia pudo ser que el progreso fuera incidental; en ésta, debe ser buscado, deliberado. A ello han conducido las disciplinas del espíritu: a producir la posibilidad de buscar conscientemente el perfeccionamiento, o sea, la conquista del porvenir. A ello ha conducido la evolución social. No diría que conocemos las fórmulas o las leyes; pero hemos llegado a sentir la necesidad con visionaria intensidad, a amar y comprender el propósito, a definir, pues, gran porción del problema, y de ahí hemos avanzado hasta el ensayo atrevido, cuando no heroico, de fecundas soluciones. Quizá no haya tesoro mayor en las entrañas del mundo, que éste de haber traído a la conciencia del hombre la esperanza de su perfeccionamiento, transmutada en íntima adhesión a la supremacía del ideal. La guerra no ha hecho más, ni está haciendo otra cosa, que acendrar el optimismo, nutriéndolo de tales ansiedades, que parece que hasta por obra de urgentes necesidades cósmicas, debiera el hombre sentirse superior. Y la solicitud de las fuerzas que ennoblecen al hombre, y que son los invisibles caminos del genio, en arte y ciencia, brota donde quiera suscitando savias, las cuales, impelidas hacia la primavera por el ensueño de engendrar renuevos, inundan el espíritu del mundo de una redentora iluminación. Rusia ensangrienta una página de la historia, al dar a luz, con una tragedia, un ensueño de redención. Podrá ser todo él locura, todo él error, pero en su fondo turbulento permanece, ávida de cauces, la elevación del hombre. Ella es esencia de los siglos y contiene las matrices en que se vierte, para ser vida de la humanidad, la materia infinitamente compleja de las fundamentales aspiraciones.

Otros hombres, en otros lugares, en todas las formas de actividad, sueñan para el conjunto humano aquella Claridad en que Anatole France simboliza las liberaciones. Y aquí y allá se intensifica y difunde, hasta tornarse milagrosa, la necesidad de que lo porvenir sea magna preocupación: el primer enigma de la ciencia, la más alta inspiración del arte, la más honda meditación de la filosofía, la oración más bella de las religiones.

Y cuando el hombre ha vuelto la vista hacia los horizontes tras huella de rumbos, ha visto surgir a la distancia como si fuera un faro de mármol coronado de fulgores, el pórtico de la escuela. *Diréis que siempre fue el instrumento de creación del futuro; sí, pero nunca más que ahora.* De todos los ámbitos del pensamiento viene la voz que lo confirma. Si antes era para transmitir la civilización, ahora, más que para eso, la escuela es para comunicarla superada, enriquecida de ansiedad y

posibilidad de perfección. Tal es la fe de quienes sugieren la doctrina de su obra en este momento. Y las demandas que constantemente recibe de la sociedad, lo confirman también. Y lo confirman las cardinales transformaciones a que la va sometiendo la presión de las ideas. La escuela está cambiando rápidamente, de un modo que la hace trepidar, como si exaltada la vida del niño, ya no cupiese dentro de la escuela y se proyectara fuera en ansia de luz, arrastrando al salir los muros y dejando el interior súbitamente sometido al oleaje de todos los movimientos y agitaciones de la sociedad ambiente y en libertad de recoger todas las palpitaciones de la naturaleza. Y es que una civilización nueva, necesita un hombre nuevo y una nueva escuela.

Pero volviendo, al cabo, a nuestro país, a pensar en nuestra escuela pública, pronto advertiremos, siquiera iniciales, los signos de la transformación. Los agricultores, preferentemente, os quejáis con frecuencia del estado de las escuelas, por juzgarlas inadecuadas al servicio de los intereses agrícolas. La queja o el reproche son simplemente manifestaciones de un malestar general que flota en torno de la vida escolar como consecuencia de la crisis natural y necesaria que en todo el mundo precede a la imperiosa renovación de la escuela. Y ni digo que carezcáis de razón vosotros ni que carezca alguno de los que formulan la constante queja. Pero me atrevería a preguntar: ¿qué estáis haciendo en beneficio de la escuela? Se la quiere organizada en acuerdo con determinada finalidad; eso está bien, ¿pero hay seguridad de que tal finalidad, cualquiera que sea, es la que le conviene? Señalarle rumbos a la educación de un país es tarea demasiado compleja y trascendental para que quepa construirla sobre la veleidosa superficie de las personales opiniones de estos o de aquellos hombres. Aparte de que no alcanza la organización legal de la escuela a asegurarle el triunfo, ni alcanza a asegurárselo el pleno desarrollo de su finalidad. *Porque la escuela, obligada a ser madre nutricia del progreso, es hija del ambiente, y es bien difícil que alimentándose de sombras, genere resplandores.* Quizá ninguna otra institución se encuentre en circunstancias semejantes y en las mismas condiciones que ella, por lo que, quienes así lo entendemos, nos encontramos en el deber de propagar esa doctrina que enseña a todos los ciudadanos a considerar el fomento de la educación pública como la más exigente modalidad del ejercicio de la ciudadanía. La crítica ciertamente es un derecho, y ya he dicho que en este instante anuncia y promueve una evolución, pero comporta, tratándose de la escuela, más que cualquier otro derecho, graves, nobilísimos deberes. Sin el cumplimiento de ellos no hay orientación educacional que triunfe. Si existiera el fracaso de la escuela costarricense, no sería el fracaso de un grupo de hombres, blanco o negro, ni el de un sistema de ideas, viejo o nuevo, sino el fracaso de la cultura del país. Pues que si la escuela ha de ser instrumento maravilloso de creación de lo porvenir, debe poseer aptitud para el trabajo que se le confía y debe ser usado conscientemente.

¿Tienen nuestras escuelas, por ejemplo, campos, gimnasios, clínicas, bibliotecas, talleres... ?

¿Tienen el maestro que necesitan? ¿Hay algún trabajo realizándose, formulado a conciencia, diestramente dirigido, encaminado a conocer las capacidades y a aquilatar las posibilidades materiales y espirituales de la nación? ¿Se están organizando medios que pudieran auscultar la vida toda de ella a través de su historia como de su territorio a fin de presentir al menos los canales que se podrían utilizar para el encauzamiento de las energías nacionales? ¿Hemos llegado a sustentar, siquiera como ilusión, una política pedagógica que determine direcciones en los fines de la labor de nuestra escuela por referencia a cada uno de los vitales problemas del país? Ya sé que nuestra cultura no permite todavía el florecimiento de esta clase de ideales inquietudes, pero es llegada la hora de pensar en todo ello profundamente. Así urge afirmarlo.

De Política Mayor y Menor

Mi anarquismo claudicante

Ojalá pudiera florecer mi vida en las bellas excelencias que se me atribuyen.

Con muy poco más vengo a ser yo, en el concepto exagerado de La Prensa, el fundador del Partido Reformista. Sus ideas, dicen ellos, nacieron en gran parte de una siembra que hice yo, años atrás, en el "Centro Germinal". Siembra fecunda a lo que parece. Sólo que fueron muchos los sembradores y mis manos apenas si dejaron caer alguna simiente.

La simpatía con que se me honraba, no obstante ser escasa mi edad y excesiva mi ignorancia, me permitía ser oído por los trabajadores. Y, es claro, cuando advertía que mi opinión tenía ante ellos un prestigio, la vanidad o el entusiasmo —no lo sé bien— le daban a mi voz la entonación de la voz del maestro. Pero esta voz no se levantó nunca para enardecer las concupiscencias del instinto, sino que siempre se esforzó por llevar en lo alto, como un penacho, una idea. Si algo hice, más pretendí enseñar que intenté exaltar pasiones. Y si alguna vez acaricié los leopardos de la pasión, nunca fue para uncirlos al carro de mis egoísmos. No rehuí tampoco las más graves responsabilidades, no esquivé los riesgos, no negué los sacrificios. Modesto todo, si se quiere, pero todo generoso. Toda mi primera juventud, con su ardor de fuego, estaba allí palpitante y bella.

Ella se expandía en una vasta ansiedad de luz, y su sed se llenó con el fulgor rojo de aquel fuerte pensamiento demoledor que agitaban los Bakounine, los Kropotkine, los Gorki, Luisa Michel y cien príncipes más de la Revolución Social. Era la hora del anarquismo en el mundo y las más fuertes juventudes empuñaban el pendón rojo. En el Continente, los Lugones y los Ingenieros, en La Montaña, nos habían dado con Ghiraldo y Angel Falcó, el ejemplo.

¿Qué hice yo allí? Leer, pensar, soñar, amar la justicia y la libertad; creer y, lo confieso, hasta blasfemar. En el fondo, buscar en mi conciencia, poblada de lampos rojos, al hombre que en mí pudiera servirle a su país, sencillamente, en el corazón de los humildes entre los cuales nací con el dolor con que tantos de ellos vienen al mundo.

Y hubo momentos preñados de tempestad. El país no se daba cuenta de aquella silenciosa ebullición de ideas, que era como una colmena en mitad de la pampa. Pero, sin embargo, pudo haber estremecido al país. Las audacias llegaron a ser muchas, las responsabilidades gravísimas, y sólo la casualidad, oportuna y sabia, pudo evitar a veces que de las ideas surgieran las llamaradas. ¡Bárbaro error! Mas no ha llegado ni llegará nunca, por mis labios, la voz delatora de las revelaciones.

¿Qué hacían mientras tanto los más de los trabajadores y qué hacían muchos de los que más cerca de mí estaban? Aquéllos, combatirnos; éstos, salvo muy raras excepciones, desconfiar y dudar, en la creencia de que la gestión de los que predicábamos buscaba arteramente alguna prebenda. Don Omar, como me llamaban, quería ser Diputado. Como si el camino, en aquellas circunstancias, hubiera podido ser ellos. El camino estaba claramente trazado en el seno de las Directivas de los Partidos Políticos. No en aquello que iba contra esto. La vida que después he hecho les ha demostrado que no buscaba curules.

Pero, desgraciadamente, ésta ha sido una característica de la actitud de nuestros trabajadores, en la mayoría de los casos. Si alguien los llama para servirles, es que quiere engañarlos; si los llama para

servirse de ellos, entonces acuden sin vacilaciones. Uno tras otro, casi todos los hombres que aspiran a ayudarlos en la solución de sus problemas, han terminado por alejarse de allí maltratados y desencantados. Y no se diga que a tales hombres les faltó *fuerza para sobreponerse a las desilusiones*, sino que les faltó ambiente para construir una obra útil. Las dificultades primeras suelen presentarse una vez que para plantear los problemas como realmente son, hay necesidad de apelar a la franqueza y declararle a los trabajadores cuáles son sus derechos, pero también cuáles sus deberes; cuáles sus méritos, pero también cuáles sus defectos; cuáles sus aspiraciones legítimas y cuáles las bastardas.

¡Cuántos de los reformistas pertenecieron al "*Centro Germinal*"! ¡Cuántos lo combatieron!
¡Cuántos fueron desleales! ¡Y hoy todos vienen a reclamarme mis palabras de entonces!

Si me diera por preguntar concretamente cómo se justifican las actitudes de mis compañeros, en diferentes ocasiones posteriores a la muerte del Centro, no terminaría en pocos momentos la ingrata tarea. Mas nunca he querido empequeñecer mi mente en la búsqueda estéril de contradicciones a las cuales imputar culpas mezquinas.

Yo sí cambié de ideas... Abandoné la tribuna del taller y vine hacia la tribuna del aula, a servir a los humildes. Los puestos, puedo demostrarlo, no los solicité. Me llamaron a ellos.

Comencé a trabajar con un sueldo de treinta colones y si hoy recibo uno que puede juzgarse lujoso no lo pedí, que lo pidió para mí un grupo de profesores. Y cuando ha habido que trabajar sin sueldo, así he trabajado. Con la misma devoción con que trabajo, en posición ostentosa, en la Escuela Normal, trabajé en posición oscurísima, en la escuela primaria de La Caja.

Mal aquí y mal allá, no lo dudo. Lo que no logro encontrar son los rastros de la conveniencia. Si otros los encuentran, pues que se deleiten convirtiéndolos en escarnio. No les envidio la faena.

Dos veces he tenido en mis manos la Dirección del Liceo de Costa Rica y dos veces he preferido la que ahora desempeño, dando por razón que prefiero trabajar al servicio de los hijos de obreros y de campesinos que desde todos los ámbitos vienen a la Escuela Normal. Y dentro de ésta, nada me satisface más que lo de saber que la señorita más rica y más distinguida y el varón más pobre y de más modesto origen, en mi espíritu son hermanos.

Y cambié de ideas en otro sentido. Llegué a creer que el odio y la violencia, la bomba y la daga, y la llama, no resuelven nada. Nada que pueda ser permanente.

Llegué a creer también que redimir al hombre de la miseria, sin redimirlo de la pasión, y del vicio y de la ignorancia, no es ninguna seria solución de ningún problema.

Como llegué a creer que el mal más hondo, el profundo mal donde se forja la tragedia humana, no radica en la diferencia entre ricos y pobres, sino que arraiga tenazmente en la actitud del espíritu la cual, para mí, está determinada por designios cósmicos que no conocemos. Para mi pobre misión de ahora, el problema está en si el miserable o el potentado tienen el corazón, independientemente de si poseen o no poseen bienes, atado a los impulsos del egoísmo, de la avaricia, de la crueldad, del mal, en suma.

Pero interminables se tornarían estas palabras, si hubiesen de explicar todas las mutaciones de mi criterio y las amplias razones que las motivaron.

Es verdad que el régimen capitalista está cargado de yerros, pero no lo están menos los sustitutos revolucionarios. Y en ambos sistemas, a más del error, suele haber infamia. Ni Philip Snowden, en

el Parlamento inglés, ni Clemenceau ni Mussolini, tienen en la mano la clave de los destinos humanos. La cadena puede responder a una verdad, con su estridencia, tenebrosa, como la tea puede responder a una verdad, con su fulgor libertario; pero ni aquélla mantiene atada, ni ésta ostenta encendida a la definitiva verdad subyacente en las naturales necesidades de donde los conflictos sociales emanan.

La dictadura del proletariado, apenas es el régimen capitalista invertido. Si remedio de un instante, remedia entonces el mal transitorio. Si doloroso comienzo necesario de una permanente transformación, no hay experiencia social ninguna, en el curso de la historia, no hay fundamento en lo que de la sociedad se sabe, que autorice a confiar en los resultados de aquel desarrollo, ni garantía de que la pretendida permanencia pueda constituir una realidad.

Son hermosos, no obstante, los leones de Lenin desgarrando sin piedad las entrañas del zarismo. Bárbaros, a veces, a veces iluminados, mitad bestias y mitad profetas, no dan hasta ahora ejemplo, sino de lo que puede la garra, pues de la sangre que ella derrama no logra todavía brotar la luz. *El caso de Rusia no puede ser ejemplo ni lección.* Si el soviét es algo ideal, sus supremas bellezas se pierden en medio de tanto monstruoso horror. Y si fuera la verdad absoluta, sólo por ser sangrienta valdría la pena negarla. El Dios de Moisés era Dios y en nombre de Dios lo negó Jesús.

Creo como ayer que los intereses del obrero, y más que éstos, mucho más que éstos, los del campesino, deben merecernos una intensa atención, fervorosa y leal. Mas no que sus problemas se remedien con repartir las tierras del señor Soto o los caudales del Sr. Keith. Con estos bienes se pueden hacer obras de caridad a lo sumo. Lo que no sé es dónde se va a encontrar el standard que permita determinar cuál sea la primera, cuál la más urgente, cuál la medida en que deban cumplirse.

No; perdonenme los sociólogos del *Reformismo*. No creo en las soluciones simplistas. Creo que las fórmulas de nuestro antiguo credo han fracasado. Creo que las nuevas fórmulas se están elaborando lentamente en el crisol de la post-guerra; y que *lo que cabe conservar íntegra, es la aspiración a la justicia, con más libertad necesaria para trabajar empeñosamente, dentro del orden, por el ensayo sincero de las posibilidades que así es dable determinar.*

Insisto en que sería interminable la explicación, como difícil para el *Reformismo* aclarar todas las necesarias retractaciones que su "Programa" supone, comparado con el decálogo ácrata del "*Centro Germinal*".

Ahorqué, pues, los hábitos rojos. Quedemos en que otros se encargarán de explicar las bajas razones que me movieron, y en que me impondrán, con su ira o su desdén, las sanciones aplicables al caso.

Señores jueces: permitid que en el banquillo, frente a vuestro pendón rojo, enclave erguido mi pendón sin odios.



Don Omar preside la reunión de graduados de la Escuela Normal en el año 1923. Nótese también a los profesores Joaquín García Monge y Justo A. Facio.

Mira y pasa

Hagamos política, aprendamos a hacerla del modo adecuado a las exigencias espirituales de nuestros tiempos. Hay una nobilísima forma de hacerla que consiste simplemente en ampliar, ennobleciéndolo, el significado de una común expresión de pobre apariencia: formar opinión. Aprendamos y contribuyamos a formar opinión. A favorecer y estimular todas las actitudes, situaciones, oportunidades, propicias al desarrollo e intercambio y aún al choque de las opiniones, que es decir, a la independencia y majestad de su vida. Colaborar en la formación de corrientes de opinión, promover y facilitar su encauzamiento, ya defendiendo, ya combatiendo opiniones. Combatir también es un modo de ahondar y limpiar los cauces, y combatir hidalgamente, el modo mejor.' Opinar, auxiliar al florecimiento y la fructificación de las opiniones. Esta tan humilde norma de una política, conduce a la organización y manifestación de lo que de veras cabe llamar conciencia social, asiento y yacimiento de aspiraciones e ideales de civilización, sin las cuales carece de contenido, dentro del mundo, la vida de un pueblo.

Vivimos en país todavía instintivo, con algo de horda, donde es imperioso aprender a pensar, cumplir "el deber moral de ser inteligente". País expuesto a que el hambre, el miedo y la ignorancia, lo despeñen en el oprobioso entusiasmo del 27 de enero, —símbolo ya de la carencia de civismo, tanto en la muchedumbre menesterosa de luz y de pan, como en el orondo primate sin virtudes públicas. Porque no habremos de imputarle a un pueblo el crimen de lesa civilización en que sólo alcanzó a ser inconsciente encubridor de sus guías más ilustres: Cincinatos de arcilla. Mas, si no la responsabilidad de ése, sí conserva inalterada la capacidad de encubrir acaso otros mayores, que no dejarán de amenazarlo desde la conciencia de los hombres que cometieron aquél. Ahora bien, de tal capacidad sólo redime la luz, freno de oro a la boca procaz de la democracia, que dijera Lugones, y que nosotros diremos prueba del fuego donde hombres y pueblos se purifican. Opinar, pues, iluminar, consumir el instinto, como un aceite, para que vierta de las entrañas luz de redención, de conciencia, —ya que ésta es verdad aún en el error, como puede ser justicia la venganza cuando el acero tiranicida liberta a un pueblo—.

Opinar, en cierto sentido, esto es la civilización. Un conjunto de opiniones: esto es su historia. Opinar y enseñar a opinar: tal la función de la Escuela, de la Iglesia, de la Ciencia, etc. Diversas formas y objetivos de la opinión, mas ésta en lo hondo, como un estrato subterráneo que todo lo asocia y lo comunica con una necesidad vital del Universo. Opinión que es dogma, opinión que es conducta, opinión que es amor, que es fe, pero todo opinión.

Si bien queremos aludir a algo más sencillo, elemental, digamos: la opinión que damos a propósito de cuanto ocurre a nuestro alrededor. La cotidiana opinión sobre todos los temas, irreflexiva o meditada, ignara o docta, airada, tímida o desleal. Suele ser loca de atar y la condenan los moralistas, la desdeñan los pensadores, la excluyen los sabios, pero no obstante nutre pródigamente a morales, ciencias y filosofías. Por ella se asciende, pues, y alto, ya que elevándose nos eleva; y aunque por ella se desciende también, no sólo puede arrastrarnos al abismo sino libertarnos del peligro de las cumbres cuando las fustiga la tempestad. De las cimas nos baja en caballo alado.

Opinar, pues, y prodigar alfalfa de opiniones a la voracidad aborregada de la callejera opinión, que hartándose de luz querrá devorar estrellas y aprenderá a comer margaritas.

Contribuyamos a formar opiniones, es decir, interesémonos, actuemos, vitalicemos nuestra relación con nosotros, con los hombres, con las cosas. Como lo dice la palabra de la brillante renovación española: ¡preocupémonos! Es lo que urgentemente importa, porque ello centra el núcleo en torno del cual van agrupándose y coordinándose para ascender unos tras otros los estados de conciencia, las ideas y doctrinas, fuentes de las instituciones. Si como debemos, queremos hacer política, construir civismo, preocupémonos de cuanto atañe al país, a quien tampoco puede serle indiferente nada de lo humano.

Preocuparse así es gobernar, dirigir, desde donde más conviene hacerlo, desde fuera, para que los gobiernos lleguen a gobernar desde fuera también, es decir, desde la opinión. *Toda opinión, aún la rudimentaria, puede contribuir a gobernar.* La indiferencia y la frialdad son heréticas y pecaminosas. La admonición dantesca, magistralmente citada ha poco, en realidad expresa: ¡Comprende y triunfa! Mira, pero con afán de clarividencia; y pasa, pero en un vuelo angélico sobre las llamaradas del Infierno, que a ratos parecen surgir de tu mismo corazón...

Cultivemos con amor, como una manera de ejercer la ciudadanía, el desenvolvimiento de la opinión pública.

¿Odio al extranjero?

¿Odio al extranjero? No, que sería injusto, sería insentato y sería infecundo. Pues de ser en alguna manera fecundo el odio, —si el odio puede serlo—, sería fecundo en males, en dolores y desgracias. ¡Triste fecundidad, comparable a la de esas prolíficas familias de delincuentes que con tanto interés estudian los creadores de la ciencia eugenésica! Aunque acaso por reacción pudiera aquel odio engendrar una afirmación de lo propio, de lo nacional, que es necesaria. Sólo que debemos aspirar a que tal afirmación surja y se desarrolle libre de las gangas del odio. Debemos pretender que arraigue firmemente en un alto sentimiento de amor. Fuente de tal amor la tenemos en la contemplación del porvenir de nuestro país.

Bien ha dicho el señor Presidente cuánto le debemos al extranjero. De ingratos sería el desconocerlo; de torpes el no saber aprovechar la cooperación. Pero no es forzoso suponer que la lucha contra determinados intereses extranjeros, si existe, emana del odio. Es posible, en cambio, que veamos en ella el esfuerzo enderezado a exteriorizar aspiraciones o anhelos nacionales, confusos acaso, vacilantes, pero que pueden contener fuertes capacidades de expresión del espíritu de la nacionalidad. Es más, es posible que deseemos contribuir al encauzamiento de aquellos anhelos y que, ilusos tal vez, forjemos planes destinados a buscarles plenitud de expresión en nuestras instituciones, actividades y costumbres.

La electrificación del ferrocarril al Pacífico, por ejemplo, no obstante que el contrato respectivo ha debido celebrarse con extranjeros, parece tomar ante buena parte de la opinión pública la forma de un instrumento de nacionalización, de resguardo o custodia de magnos intereses que, más que al presente, le pertenecen al porvenir del país. La construcción del muelle de Puntarenas causa regocijo por razones semejantes. El interés manifestado con motivo de los proyectos de construcción de carreteras, también participa de esa probable interpretación. Cien manifestaciones más podríamos mencionar, grandes o pequeñas, a través de las cuales se transparenta cierta actitud de fe en las posibilidades del país, cierta esperanza en su futuro, cierto ánimo de decisión para afrontar sus problemas. Y aún podría haber en todo ello cierta receptividad a la vibración de grandes corrientes de impulsos afines que parecen cruzar el Continente de habla española. Pero si tememos ser demasiado optimistas, procuremos reconocer, al menos, que en todas aquellas situaciones busca su camino un esfuerzo de comprensión del significado de nuestra nacionalidad.

Odio al extranjero no. Pero sí conviene que nos formemos la ilusión de que somos capaces de realizar por nuestra propia cuenta grandes empresas, grandes obras. El intento de concebirlas, el sueño de poseerlas, el ensayo de crearlas, el orgullo de suponerlas nuestras, nos educan. Vana sería y no sólo vana, sino peligrosamente adormecedora, una fe lírica en nuestra capacidad o en nuestra grandeza. Pero es concebible y realizable un propósito de darle realidad a la fe. Tarea de hombres públicos, de hombres de Estado precisamente, en cuanto les corresponde *la más grande quizás de las responsabilidades que les son atribuibles: la de ser educadores de su pueblo.*

Es fácil ver que países como los Estados Unidos de Norteamérica, verdaderas cumbres de poderío en el curso de la historia, no descuidan ni por un momento, sino que acentúan sin cesar, esa tarea de inspirar fe en las capacidades de la nación. La filosofía de la confianza en sí, que es genial en un Emerson y popular en un Marden, la aplican los americanos al individuo como a la comunidad. Es más, la han reducido a recetas de fácil uso doméstico y de multiforme aplicación, para que, como

los chicles, no falte en labio alguno. Gobierno, escuela, prensa, comercio, teatro, todo allí tiene, — como producto de aquella gigantesca fuerza de expansión—, un aspecto en el cual es cátedra de un vasto culto de fe en lo americano de habla inglesa.

Producto se dirá, pero no causa. Razón de más para que pensemos en no obstruir el cauce de las manifestaciones nuestras que parecen indicar la presencia de fuerzas semejantes a aquéllas poderosas fuerzas creadoras de civilización. Por cierto que no necesitamos ir hacia allá para aprender la lección de fe. "¡Ay del pueblo que no tiene fe en sí mismo!" dijo en nuestra lengua del Presidente Sarmiento.

Odio al extranjero, no. ¡Odio, no! Amor a lo nuestro, amor hondo, amor capaz de despertar clarividentes concepciones de nuestro destino. Ese amor nos salvará de algo peor que el odio al extranjero: la sumisión venal al oro extranjero.

Contratos . . . *

Debo hacer antes de entrar en materia la advertencia de que voy a referirme al asunto de los contratos de la United Fruit Co. propuestos recientemente a la consideración del Congreso, no desde el punto de vista del cual han sido tratados hasta el momento. Todos los hombres pensantes de Costa Rica han entrado ya a discutir el asunto numéricamente. Se hacen números y se analizan ventajas. Es decir se ha contemplado el punto material de la cuestión, olvidando completamente la cuestión espiritual que es acaso la más importante en esta clase de operaciones.

Acabo de leer un libro: "La Conquista de los Trópicos", en que se dice, para la ilustración del pueblo norteamericano, que compañías como la United Fruit Co. son las que deben tener el favor del Gobierno de los Estados Unidos y del pueblo americano, porque ellas son la fuerza de conquista. Es decir, un medio del imperialismo norteamericano. Eso está escrito para ellos. Nosotros debemos, en cambio, analizar aquí la cuestión moral del asunto tomando en cuenta estos ideales. Es el momento de hacerlo. Precisamente estamos contemplando en este momento una muestra de lo que son los Estados Unidos para estos países. Ha sido reconocido el presidente Adolfo Díaz de Nicaragua. Este reconocimiento es también una farsa desnuda. El reconocimiento de Emiliano Chamorro disfrazado de Adolfo Díaz. Y no debemos perder de vista estos sucesos para formarnos juicio de lo que son los Estados Unidos.

Yo pregunto: ¿Hay espíritu de conquista? ¿Lo hubo desde la guerra con España? Sí. ¿Lo hubo con la ocupación militar de Haití y Santo Domingo? Sí. ¿Lo hubo con el reconocimiento de Adolfo Díaz? Si. Se ha dicho recientemente que el ejercicio de la habilidad diplomática es el que puede defender a estos países de aquella penetración.

Me atrevería a discutir con el estadista más eminente del país, aunque me pusiera en ridículo, que este camino de la diplomacia no es el que debe seguirse. No aconsejemos la diplomacia. *Nuestra defensa está en la cultura, en realizar efectivamente una función de cultura.* Hacer pensar al país. Apoyar a la prensa en su tendencia actual de abrir curso a las opiniones de los que deben expresarlas.

Los reportajes en que hoy habla don Elias Jiménez Rojas, y mañana don Luis Felipe González y después don Fidel Tristan contribuyen evidentemente al desarrollo de la cultura. Servirse de la tribuna y de la prensa. Permítaseme aquí una confidencia. En la pasada campaña política yo busqué los grupos que a mi juicio representaban una tendencia cultural en el país. Yo, maestro de escuela, fui a las tribunas públicas, sin recibir dinero para la propaganda y cuando hice gastos devolví lo que me sobraba; sin obedecer consignas de los consejos directivos y sin preguntar a nadie los temas que debía tratar. Confieso que aquello fue una ilusión de muchacho, que me equivoqué y que de ello nadie sino yo tiene la culpa, si bien los directivos del movimiento político no han debido permitir que ciertos hombres habláramos en nombre del partido. Han debido decirnos que nos ocupásemos de las juntas electorales, de los defectos del candidato contrario y de las bondades del propio; pero debieron decirnos lealmente: no se manifiesten ustedes en ningún orden de ideas porque como partido político nosotros no tenemos capacidad para abordar los problemas de las ideas. Aquello pasó y ahora yo estoy alejado de los políticos. Por grande que sea el desdén que los políticos sientan por mí, siempre será mayor el que yo siento por ellos. Por eso he venido a la Universidad Popular a buscar el contacto de obreros y estudiantes. Hay que impulsar estos movimientos. Hay que abordar

los problemas con altura. Se habla de carreteras. Y no se piensa sino en contratar un empréstito cada cierto tiempo. ¿Cuándo vendrá el estadista de certera visión que aparte los ojos del problema fiscal" y lo ponga en el problema económico general del país? Lo mismo nos ocurre con todos los problemas.

En el educacional es un error creer que la enseñanza de las matemáticas y del castellano representa una orientación de la cultura. Lo que importa no es que se enseñe matemáticas y castellano especialmente, que eso se verá después, sino que se dé a la *enseñanza el sentido de la responsabilidad*, que se adapte a las necesidades y aspiraciones del pueblo costarricense.

Hay que poner fin a la leyenda de que somos un pueblo esencialmente culto, de que vivimos en la Suiza centroamericana, de que ésta es la mejor de las democracias, de que San José es un París chiquito. Hay que torcerle el cuello, que no sé si es de cisne o de serpiente, a esas leyendas engañosas. Eso está bueno para una conversación galante con señoritas, pero debemos confesar que tenemos una población inmensamente analfabeta. No aspiremos a llevar la Universidad a cada una de las ciudades del país; pero sí podremos aspirar a llevar el silabario a los más apartados rincones. Cuando seamos grandes por nuestra cultura, ¡que vengan los Estados Unidos!, que entonces sólo recibiremos de ellos lo que sea grande también. Los yanquis vendrán. Nuestra posición entre Nicaragua y Panamá nos hace objeto de su codicia. Ya no son las antenas que transmiten la civilización sino los tentáculos del pulpo en la forma de la política y del capitalismo.

Que nos encuentren grandes. Don Ricardo Fernández Guardia escribió recientemente preguntando: "¿Dónde estará el Juan Santamaría que le de fuego al cuchitril en donde se forjan las cadenas de la esclavitud de Costa Rica?". Y yo pregunto, no dónde está el Juan Santamaría que alce la tea, sino dónde está el Presidente Mora que levante la cabeza para dar a su pueblo un alto sentido de su responsabilidad histórica.

De política mayor y menor

Confío en que la amabilidad de *La Tribuna* me permitirá agregar a las declaraciones que en estos días publiqué, algunos comentarios referentes a política más o menos militante. Confío en que el lector los excusará. No me propongo sino dar respuestas a preguntas implícitamente contenidas en algunos rumores, o en gratas curiosidades de amigos.

No soy un creyente de la política. Estoy tan lejos de ahí, como de Mahoma. Si fuera posible realizar una política superior, en ella pondría devociones. Pero creo que de participar en la mezquina política que nos rodea, debemos tratar de hacerlo con nobleza.

Antes de leer en *Le Politique* a Barthou, había leído a La Bruyere; y, permítaseme el alarde, en horas de mocedad había leído a Maquiavelo. Y lo que es peor, a Lord Hamilton.

Pero sin necesidad de leer todo eso, soy ciudadano costarricense y he tenido oportunidad de apreciar la significación de la política. Más de una vez he estado a punto de asfixiarme entre sus farsas.

No soy siquiera devoto, en realidad, de nuestras maneras de hacer gobierno, dentro de las cuales tanto predominio conquista, transgrediendo conveniencias nacionales, la mediocrización de todos los valores.

La democracia misma, considerada en sí y y en su estado actual, me inspira menos confianza cada vez, muy a mi pesar. Sobre todo, después de ataques que juzgo formidables, como el de Henry Adams, por ejemplo. Sin contar los mil clamores de inconformidad que irrumpen del mundo.

A veces me inclino hacia la creencia, con vista de los casos de Rusia y de Italia, de que lo más importante no reside en que gobiernen las mayorías, ni tampoco en que gobiernen las minorías, sino en que funcione una organización capaz de realizar ideales de justicia. Puede ser que se entienda que tal encarecimiento de la justicia propende a desvalorar el concepto de libertad; pero en el fondo tiende, al contrario, a confirmarlo, aunque traduciéndolo a un plano más elevado quizás. Es claro que tal creencia, que no entraña novedad, no atina a excluir los problemas relativos a medios de obtener y vitalizar aquella organización; ni los concernientes a la forma mejor de las que ella pudiera asumir. Como tampoco quedan excluidos, ni menos por solución, otros fundamentales problemas.

Confío poco en instituciones. Confío más en los hombres. No creo, desde luego, en la posibilidad de gobiernos ideales. Creo en los gobiernos mejores que otros, vale decir, en los gobiernos aceptables.

No consigo deslindar el gobierno del medio en que actúa, como no consigo aislar éste del habitat, ni de su raza y tradición histórica. Cuando mil y mil y mil ciudadanos miran las funciones públicas como oportunidades de tráfico codicioso, bien les va a los gobiernos mejores si logran sustraerse siquiera un poco a la presión de ese ambiente de piratería.

Creo que Sarmiento representó un ideal, sobre todo por comparación con otros gobiernos de su admirable país; pero creo que Rosas representó, a su modo, dolorosas necesidades sociales. No

obstante, no me hago la ilusión de que sea siempre forzoso que las opiniones de hombres o grupos representen necesidades sociales.

La doctrina de los Simmel y otros preconizadores de élites, me atrevería a glosarla con esta apostilla: "a veces".

Sin embargo, me atrae la tesis de que hay circunstancias, cuyo substratum en realidad ignoramos, en medio de las cuales la historia se esquematiza como obra providencial, según es sabido que pensaron altos espíritus. Y en cuanto a esto, fácilmente creería en una probable conciliación del idealismo de los Gentile, Casotti, etc., y del criterio de la sociología marxista.

Tengo fe en los ideales. Pero no desconozco la función de los intereses meramente prácticos. Wilson jugó su papel. Clemenceau ha jugado el suyo. Se cuenta de Lloyd George que con su ironía inglesa, comparaba al primero con Cristo y al segundo con Napoleón. Esto nos sugiere que lo deseable sería llegar a Cristo sin pasar por Napoleón. Pero a veces es imperativo, para hombres y pueblos, pasar por ahí. Mas, si dogmatizamos, o generalizamos con exceso y establecemos que aquél es el único, o siquiera el mejor camino, entonces entramos en- la sombría conducta jesuítica. Y dentro de ésta perdemos por vivir las causas del vivir, —para recordar al poeta—. Entiendo que el sentimiento trágico de la vida consiste, en mucho, en confundir fines y medios.

Insistiría en que la empresa de Wilson entraña una suprema lección. A medida que discurre el tiempo, es más visible que la actitud de aquel grande hombre tenía fuente y arraigo en verdaderos ideales, en contraste, así, con la obra estrecha de los simples hombres de Estado. El era apostólico; aunque quizás sería preferible decir que él era un verdadero hombre de Estado, por oposición a los que sólo son *leaders* políticos, brillantes, pero fugaces.

Wilson demuestra, una vez más, que el mundo no puede carecer de los valores, de los poderes morales, por más que parezcan prevalecer los más bajos móviles de acción.

Todas las fuerzas, las grandes fuerzas materiales —oro y acero— hubo un momento en el cual, como bestias amaestradas, estuvieron sujetas a la voluntad, iluminada de ensueño, del idealista.

He de añadir que prefiero los hombres de Estado a los simples políticos. En Costa Rica incurrimos en frecuente confusión a ese propósito, sin duda por escasez de los unos y abundancia —ya parasitaria— de los otros. En los primeros, cuando menos hay respeto por principios y visión de problemas de gobierno. En los segundos, o nada hay de eso, o, lo que es quizás más grave, hay una simulada y acomodaticia visión de principios. Es más peligroso el político disfrazado de idealista, que el político sin antifaz. Porque aquél desacredita la función de las ideas.

Dadas todas estas consideraciones, la neutralidad suele tentarme. Pero ocurre que la neutralidad es inerte. Parece estar en su lugar entre los polos de las herraduras imantadas. No obstante, a veces se puede ser neutral como forma de oposición a lo que se encuentra.

Y luego piensa uno en el dicho de los mayores: nada hacemos con no meternos en política, si ésta se mete con nosotros. A veces se trata de que la montaña viene hacia nosotros. A veces es simplemente que la mascarada nos pasa por la puerta.

De suerte que mientras yo no sea habitante de la Luna, quiera o no, ya de cerca, ya de lejos, alguna preocupación me causan las actividades políticas de mi país, si bien siento una invencible antipatía hacia la mayor parte de los procedimientos que la política emplea. Se diría que en *La Celestina* están pintados de mano maestra.

Y como no rigen, pues, mis sentimientos, sino los hechos y realidades, procuro conciliar aquéllos y éstos en un emparejamiento decoroso.

Escojo el camino que me parece el mejor dentro de las circunstancias de cada oportunidad; y hago el esfuerzo de ponerles bridas a egoísmos y vanidades, a fin de apreciar lo que a la comunidad le conviene. Vanidad y egoísmo escuchan reflexiones cuando éstas les hacen comprender que bastante satisfacción obtienen de nuestro pecar cotidiano. O si acertamos a persuadirlos de que si hubiéramos de satisfacer todos sus apetitos, no terminaríamos nosotros de dar, ni ellos de pedir.

Es algo similar a lo que con los ideales ocurre. Si, conforme a la parábola, la mano no alcanza hasta la rosa, siempre sirve el gesto para señalar hacia el cielo.

A veces nos contentamos con una ingenua satisfacción infantil. Un confite nos mata la ilusión de un juguete.

Importa conservar una posición noble, a todo trance.

Si hay error en el camino elegido, el desinterés, en cambio, atenúa la responsabilidad que el error encierra.

Pero, me dice usted amigo, recordando el cuento de la cabrita; ¿y si mientras nos entretenemos en disquisiciones, viene el lobo y nos devora?



Don Omar pronuncia su discurso ante los restos del héroe Marcelino García Flamenco.

García Flamenco, el Héroe de la Justicia

El Héroe surge cuando el espíritu del hombre toma posesión de sus más altas capacidades y sintetiza la vida de un pueblo o expresa un designio de la civilización o refleja el pensamiento de Dios.

Hay que hacer el elogio del Héroe en el sentido completo de la palabra.

Hay el Héroe de la libertad; el Héroe del trabajo.

Hay el Héroe de la verdad; el Héroe que sufrió persecución por querer robarle luz al sol; el Héroe de la virtud que se llamó Santo, encarnando la virtud, como en el caso de Francisco de Asís; hay el Héroe del amor, el que dicta el evangelio de la fraternidad.

Unos están cerca de Bolívar; otros cerca de Jesús.

Este es García Flamenco, el Héroe de la Justicia.

Sintamos todos la grandeza de este momento; sintámosla profundamente.

Permitidme invocar los manes de García Flamenco.

Que desciendan a los niños y a los jóvenes y les inspiren el sentido heroico de la justicia.

Que desciendan a comunicarle a la escuela la grandeza de un templo.

A inspirarle al maestro el apostolado de su misión.

Pensad vosotros cómo tiembla en presencia del crimen; cuando están frente a frente el odio, la venganza que es la sombra y la conciencia, el deber del maestro, que es el ojo de Dios sobre el crimen de Caín.

Ese es el momento terrible.

Hay también el momento angustioso, de una tristeza infinita, cuando al Maestro se le quiere complicar en el crimen, obligándolo a redactar un relato del asesinato.

En ese momento le hicieron falta, para sentirse consolado, las lágrimas de la Magdalena o las voces de la madre que abrazándole le dijera: Hijo, eres puro.

Después viene el momento inmortal: cuando surge la decisión de relatar el crimen: la luz del cielo entra en su alma y produce la eclosión del heroísmo.

Su resolución se impone a los obstáculos y a las montañas y parte a través de la selvas hacia Panamá, llevando en el corazón el honor de los costarricenses, de la República.

Lo que atravesó la selva, clamando Justicia, era el alma de un Pueblo, en un vuelo audaz.

Las fuerzas de la Naturaleza y el espíritu de la Historia participan en los gestos de los héroes y si la dignidad costarricense le dio la idea, el viento, el mar y la montaña le dieron ¡fuerza para realizarla!

Pero había algo, un poder supremo, detrás de todas esas fuerzas: el alma del niño, la de los discípulos que lloraban, dentro del alma del Maestro, por el horror del crimen.

La voz de los niños ascendió por su interior, hasta llegar a convertirse en los labios del Maestro en palabra acusadora e implacable.

El sentía que si callaba el crimen no podría volver a enseñar la verdad; se hacía cómplice del crimen, y el que se complica en el crimen no puede servirle a la luz.

La palabra de fuego convirtió al Héroe en un símbolo.

Hubo e] llamamiento de gloria como cuando Santamaría levantó la antorcha sublime.

¿No sentís, en presencia de estos restos, que hay agitándose en lo profundo del ser un llamamiento superior para vivir toda la grandeza del acto?

¿No sentís que tiene esplendores de aurora y a veces, como gemidos?

Es que hay lágrimas de dolor de los niños que lloran la ausencia del Maestro.

Ellos piensan que se trajo al interior y lo que ha ocurrido es que voló a la inmortalidad.

Frente al mar bravio, ellos tenían un culto: había una cruz y, como alas de ángel, la cubrían con flores y con oraciones los niños.

Ellos lloran la pérdida del Héroe. Aquí lo recibimos para colocar su espíritu entre las sagradas devociones de la Patria.

Es el Héroe que viene a nosotros como un Mesías.

Es el santuario donde los jóvenes pueden velar las armas para las luchas del porvenir.

Para los maestros es el Maestro, y para los costarricenses, una de las glorias inmortales.

En presencia de estos restos no se debe decir: descansen en paz, que es la fórmula del Evangelio, sino que sobre ellos reposen las glorias futuras de la República.

Abril, 1924.

El sentido de la Política

Con ocho días más que discurran ya estaremos en elecciones y triunfantes, por lo menos en el sentido que más nos importa: *en el de haber hecho oír la voz de los principios*.

Diciembre, 1923.

Claro es que, como costarricense, no puedo entregarme a especulaciones frente a los problemas políticos, sino que debo mirarlos prácticamente, pero tampoco abandono las consideraciones que pueden conducirme a penetrar en el sentido de lo que en ellos es capaz de representar un valor permanente. Quiero decir un valor de porvenir y de juventud, porque debemos hacernos la ilusión, creadora, de que estamos buscando un campo para una obra, y de que estamos preparándonos para ella y de que estamos ya realizándola. Pero en el fondo mi criterio es el mismo de hace muchos años: la política se engrandece cuando se consigue ponerla fuera del alcance de los politicantes, y mientras éstos la dominan, lo poco, lo único que podemos hacer los idealistas es —y recuerdo con horror a Maquiavelo— evitar que nos conviertan en instrumentos de intereses de ellos aunque, a veces, nos encontremos en el caso de aceptar sus intereses como carriles de aspiraciones más altas, de las más altas, si es posible.

El Presidente

El Presidente confía en las mismas fuerzas imponderables de que habla: el honor, la amistad, el civismo, la lealtad. Reconoce así que hay en él un poder privilegiado, puramente moral, capaz de ser ejercido eficazmente. *Tal es el principio que podría ser nutrimento espiritual de toda la actuación de los hombres de Estado, una vez que éstos estuvieran dispuestos a sentir que pueden ser verdaderos constructores de pueblos.* Una vez dispuestos a aceptar el sacrificio de considerarse como apóstoles del credo de una nacionalidad dentro de la civilización; y una vez convencidos de que si hay en ellos real grandeza, ésta debe ser síntesis, siquiera por un minuto, de un proceso de la historia de un pueblo.

Nos es difícil concebir al Presidente funcionario. Es y ha de ser depositario del poder, pero sería hermoso que aspirara a alcanzar un más alto valor, el de depositario del espíritu de la nación.

No nos colocamos en ese punto desviados de la realidad por fugaces impulsos de sentimentalismo. Al contrario, *buscamos dentro de realidades más altas que las tangibles, el sentido heroico de la misión presidencial. Cuando menos, es ésta una manera de desear que aspiran a ejercerla los muy grandes y sólo éstos.*

Buscamos que el Presidente sea un hombre en alguno de los excelentes conceptos que la palabra guarda. Pensamos en la palabra *hombre* como si estuviese colocada en una altura a la cual no pudieran llegar, con su cortedad de alas, las vanidades del matonismo, ni las concepciones egoístamente estrechas de la vida. Pensamos en esa palabra cuando expresa una idea como la que quería significar Clemenceau al aplicársela a Demosthenes.

El hombre enlaza de algún modo las capacidades de la visión y las capacidades de acción. Las primeras le marcan rumbos; las segundas le señalan responsabilidades; aquéllas le dan fe y éstas fuerza; las unas le encienden la ansiedad de lo porvenir, y las otras le despiertan el valor de afrontarlo dignamente y con igual serenidad y sabiduría en la tragedia que en la paz.

El Presidente como hombre superior

Por lo común fundan sus afirmaciones los Presidentes en la observación de las masas, y a éstas les acontece precisamente lo opuesto: fundan sus afirmaciones e inspiran sus actitudes en la observación de los gobiernos. Se dice que no es lo mismo ver las cosas desde arriba que verlas desde abajo. Si tal razón existe, tanto vale para aplicarla en un sentido como en el inverso. Y tratándose de saber quién puede ver más, probablemente llegaríamos a sostener que los nombres situados en las alturas. Y más todavía, si esos hombres tienen la altura en sí mismos, es decir, en su propia visión superior.

En ningún caso debería justificar el desencanto a la inacción. Las lamentaciones son justificables, desde este punto de vista, por la experiencia que contienen. Una vez recogida la experiencia, es decir, convertida en luz la amargura, hay que aplicar la luz para buscar los rumbos y seguir adelante.

Felices seríamos los pequeños hombres, los hombres oscuros que vivimos consagrados a nuestros modestos menesteres, si pudiéramos disponer de la fuerza que tienen a su alcance y en la mano los hombres superiores. Con sólo el respeto, con sólo el temor, con la simpatía que un Presidente mueve, es posible, sobre todo, *si el hombre es grande, trazar carriles fecundos de acción constructora*. Las medianías se moderan en su indiscreción, las cobardías se refrenan, las ansias voraces de lucro se contienen, los intereses ruines disimulan su lucha, los odios se limitan, —todo cede algo de su fuerza enfrente del grande hombre. En cambio, lo noble, lo generoso, lo que es capaz en alguna manera de destellar, acentúa en presencia de ese hombre su entusiasmo y su actividad, porque siente el estímulo, porque siente el apoyo, porque encuentra la justificación de su esfuerzo.

La escuela y la política

La escuela y el colegio deben sustentar un criterio definido acerca del valor de la ciudadanía, y una aspiración determinada que sirva de oriente a la tarea educativa en el propósito de vincular aquel concepto a la experiencia que los alumnos adquieran con respecto a la significación de su vida ante los requerimientos del bienestar de su país.

Y digo experiencia —no sólo porque para el entendido la palabra excluye delicados problemas— sino porque así quedan frente a frente la escuela que hace ciudadanos con sólo enseñar a leer y a escribir, y con meras prédicas de añeja doctrina democrática y con lecciones memorizadas de Instrucción Cívica, y la escuela que, suscitando la eclosión de vocaciones, sugiriendo ideales, *creando ambiente para la expresión de la iniciativa y el ejercicio de la cooperación, pone en contacto íntimo y fecundo, dentro de actividades reales, la vida del alumno y la vida del país.*

Los gobiernos deben vincular su gestión íntimamente a las exigencias del problema educacional. Los gobiernos deben encontrar en él la más fuerte inspiración de su conducta. Necesitamos gobiernos que ostenten esta fe, en primer lugar, entre las credenciales de su legitimidad. Esta, más que de la ley, debe nacer de la capacidad para satisfacer las grandes aspiraciones nacionales, y, de preferencia, de la *capacidad para organizar fundamentalmente la educación del país, que es la esencia de su vida espiritual, es decir, de su vida como estadio de aptitud para servir a los intereses de la fraternidad humana.*

El maestro y la política

A los maestros ellos [los políticos] nos suelen atribuir dos defectos: que somos ingenuos y que vivimos en el terreno de las fantasías. Sí es verdad que somos ingenuos y no lo son ellos porque han preferido sustituir la ingenuidad con la picardía. Y somos ilusos porque nosotros nunca arrojaremos la lanza, la adarga y el casco de don Quijote.

Juzgo que la acción directriz de cualquier movimiento político digno de tal nombre, debe residir, en lo sustancial, en la aspiración de afrontar sociológicamente los problemas relativos a la organización de la cultura. Hoy mismo he tenido ocasión de conversar con un sociólogo extranjero que ha pasado en silencio por el país y probaba con definida convicción la vieja tesis. He tenido ocasión también de estudiar en estos días las opiniones de varios hombres eminentes a propósito del problema de la democracia, y en todas he podido reconocer el establecimiento de un vínculo indisoluble entre la formación de una elevada conciencia nacional y el valor de la educación.

Hay un sentido en el cual la nación es el territorio, pero hay un sentido -en el cual la nación es el espíritu. Y territorio estéril como espíritu poseído de odios, poco valen y significan en el orden de las cosas destinadas a permanecer, de aquellas que hacen con su grandeza que todos en ciertos momentos seamos griegos o seamos hijos de Palestina: cuando admiramos a Fidias, cuando recordamos a Cristo.

Aparece la cultura como fundamento del sistema democrático. ¡Ojalá! Pero ese hecho basta a dictarle a la cultura un rumbo. La democracia entra a definir el sentido de la cultura. Probablemente cualquier sistema de gobierno presupone la existencia del mismo fundamento y, en lo tanto, ofrece la misma objeción. Afortunadamente la cultura puede romper todos los grilletes. Como la energía solar, puede el hombre utilizarla y transformarla, pero sujetándose a ella.

Triunfan solamente los pueblos que adquieren la conciencia de su evolución; los pueblos que conscientemente se consagran a engrandecer su cultura en todos los órdenes de las actividades sociales; los que arrebatan del hombro del soldado la lanza fratricida y ponen el libro bajo el brazo del niño.

Se busca una solución inmediata y concreta, es decir, práctica, y quizá por eso, estas palabras y esta actitud, parecerán quijotescas o románticas, pero la innegable verdad sociológica, es, no obstante, —lugar común por lo demás—, pues sin remover las causas, sin adulterarlas, sin destruirlas, los efectos subsistirán, manifestándose de un modo o de otro. Y las causas de los hechos que preocupan ahora a la opinión y hasta la exaltan y arrebatan, sin duda están profundamente conectadas con todas las expresiones de la vida del país.

Para mí todo esto tiene un gran interés como fuente de reflexión, para buscar tras ella las grandes órbitas de la civilización, que es decir, el desenvolvimiento de la conciencia social. Claro es que, como *costarricense*, no puedo entregarme a especulaciones frente a los problemas políticos, sino que debo mirarlos prácticamente, pero tampoco abandono las consideraciones que pueden conducirme a penetrar en el sentido de lo que en ellos es capaz de representar un valor permanente. Quiero decir un valor de porvenir y de juventud, porque debemos hacernos la ilusión, creadora, de que estamos buscando un campo para una obra, y de que estamos preparándonos

para ella y de que estamos ya realizándola. Pero en el fondo mi criterio es el mismo de hace muchos años: la política se engrandece cuando se consigue ponerla fuera del alcance de los politicantes, y mientras éstos la dominan, lo poco, lo único que podemos hacer los idealistas es —y recuerdo con horror a Maquiavelo— evitar que nos conviertan en instrumentos de intereses de ellos aunque, a veces, nos encontremos en el caso de aceptar sus intereses como carriles de aspiraciones más altas, de las más altas, si es posible.

Pensamos desde hace tiempo, que urge renovar el contenido de la enseñanza de la mayor parte de las materias, y que, en concordancia con las modificaciones ya introducidas en la finalidad de los colegios y en sus procedimientos de enseñanza, urge, siquiera para dar comienzo a la organización de nueva experiencia, tratar de introducir programas que reflejen, dentro de las deficiencias a que obliga nuestro ambiente cultural, la tendencia moderna a convertir las listas de temas, en series de problemas y de actividades.

Comentarios sobre Lecturas

Con motivo del libro de Rómulo Tovar

Ilumina el ideal las pupilas, las enfoca el amor, y entonces, al contemplar las notas, —porque ve en ellas el espíritu que las anima,— puede el artista interpretar la música de los maestros. Tal concepto del valor de la idealidad se contiene, admirablemente, en las páginas sugestivas del Dr. Watson. Y encierra, para mí, la mejor explicación que encuentro de cómo han nacido estos robustos ensayos de Rómulo Tovar, que, en verdad, tienen de todo: de la grandilocuencia de la oración, de la voluptuosa misticidad del salmo, del idilio, y del peplo imperial de la rapsodia ...

¿Cuál es el ideal en este caso? Es tal su amplitud, que por un extremo brilla al reflejar las miradas relampagueantes de Jesús cuando dice ese Sermón de la Montaña que tiene la talla del conjunto de cuantas puede contemplar el hombre ... y por otro resplandece al fulgor de la última sentencia de Sócrates. Es tanta, que por entre las selvas de luz, que las palabras de esos hombres hicieron nacer en la infinitud del tiempo, marcha Hércules con el mundo sobre los hombros, abrumado de pesantez por la cabeza de Prometeo, por las aguas del mar, por las diademas imperiales, por las imprecaciones de Job, por el dolor de Ofelia...

El amor que hizo coincidir la imagen de la vida con un punto determinado, ¿cuál es? Es la devoción del discípulo. Es el mismo amor de Fedón. No podría decirse para quién, después de haber afirmado Emerson que la creación de un millar de selvas está contenida, en germen, en una sola bellota.

Se ha acusado a Tovar de pesimista. Pero no es pesimista ni siquiera por instantes. Parece que fuera meliorista, como ahora quieren decir, pero ello tampoco es exacto. Sucede que su pensamiento sigue las mismas volutas del vuelo de ciertas aves atrevidas que aletean por veces sobre las cimas teñidas de yermo desolador, pero que al fin se levantan hacia el cielo, atraídas por lo azul. El sabe que "de toda esta valiente dilatada y hermosa labor de mil generaciones, no quedará sino el artífice de ellas, el hombre perfeccionado a fuerza de emplear los tesoros de su voluntad y de su mente en la conquista de sí mismo".

Y esta es la consoladora verdad que debe ser proclamada con voces ungidas por la belleza del corazón. Su comprensión ha creado los más fuertes "espíritus de hombre", y ha sido, por lo mismo, la fuente de todo gran apostolado: en el arte, en la filosofía y en la ciencia de humanidad.

Sócrates, que obedecía más a los dioses que a los hombres, amaba esa verdad. Su vida se realizó dentro de esa obediencia gloriosa a lo divino, que es aquí la concepción más elevada del fin humano. Obedecer más a los dioses que a los hombres, es adiestrarse para adquirir completa conciencia de la significación de la vida y del modo complejo como se cumple su vasto desenvolvimiento. Es impedir que la propia individualidad se aniquile por inacción, o por acción regresiva en el culto vano de las supersticiones, e impulsarla hacia su necesario término con pleno conocimiento del valor de la obra que se construye y por medio de una lucha tenazmente heroica con las fuerzas que tienden a destruirla. Es responderle a la Esfinge, sin que determinen nuestras respuestas las banalidades transitorias de la tierra, y sin que el egoísmo perturbe la serenidad de las miradas que dirijamos a lo futuro, por sobre la repulsiva marea de las cosas humanas.

Concéntrase la luz de esa convicción en una fantasía del admirable genio antiguo. Apolo, dios, si se quiere de la Armonía, es por eso mismo el símbolo de la vida universal. Leucotoe, la amada de

Apolo, es la aspiración a alcanzar la verdad, a compenetrarse con el infinito amor de aquella vida. Clicia, quien denuncia al Rey persa, padre de Leucotoe, los divinos amores, encarna todo lo que se opone a que la mente del hombre pueda identificarse con la fuente eterna de su esencia. Por eso, cuando la ira desatada del padre mata a Leucotoe, Apolo, para consagrar el predominio de la verdad, transforma a su amada en el árbol que da el incienso, cuyo humo de perfume místico busca siempre, a través de las gasas del aire, la gloria inequívoca del espacio, donde el dios perennemente triunfa.

La mente, al sumergirse en la meditación, no abarca al pronto todo lo que en el mar de las cosas es inteligible y fecundo, sino parcelas aisladas, nada más, que suelen mancharse entre la aglomeración de apariencias efímeras que se desprenden con ellas, como las gangas que lo empobrecen con el metal que se busca bajo las veleidades del suelo, que ora nada oculta, que acaso sólo ofrece pobres hematitas o calaminas, o que, en fin, se muestra por largos estrechos pródigo en oro rubio y hermoso. El azadón de Tovar es afortunado, a pesar de las vacilaciones que por momentos lo desvían. Además, no sabe sujetarse a la disciplina del surco, por mucho que sea recia su construcción ...

Pero no, este joven, que tiene a ratos las actitudes de Carlyle y que puede también escribir declaraciones de amor en flores de loto, no es un excavador de la tierra, sino un excavador del mar. Es un buzo fuerte, de escafandra prodigiosa, cuyas inmersiones traen siempre a la playa regueros de perlas, que suelen ser de gran tamaño. Sufre la voluptuosidad de lo profundo y se place en cantar después de cada jornada, pero se ha contagiado de la inconstancia de la onda, y así lo vemos encaminarse a prender muchas de esas perlas en la misma corona que le da su peso al mundo. Porque, con este libro, se despide del pórtico donde se reclinan a idealizar los pensamientos, para ir a confundirse entre el filisteísmo que llena la plaza pública, y que se complace de haber condenado al Maestro de Platón.

La mala sombra

¡Admirable el libro de García Monge! ¡Bien haya el maestro! No suele ocurrir que el criollismo literario se exprese en una forma digna de la tendencia que representa. Ni que ésta sea comprendida profundamente. La obra que aspira a realizarlo peca, por lo común, de miseria estética. No interpreta sino a retazos, sin profundidad, sin armonía, la vida del pueblo. Más que interpretarla, la mutila. Carece de una sensibilidad que le permita saturarse de la belleza de esa vida; de un concepto de la misión artística, capaz de precisar en el alma de un pueblo, los valores y las perspectivas que a aquélla interesan. En el fondo, aquél y éste carecer, integran una misma pobreza. Expresión de impotencia para sentir la gloria de lo humano, cómico o trágico. Su perennidad, su virtud. Porque es innoble la restricción del criollismo a la pintura de tipos o costumbres populares y errado entender que ello rompe las líneas de la más pura belleza. Conviene mirarlo desde una mayor altura, que así se le verá confundir sus posibilidades con las que constituyen la fuerza cardinal, imperecedera, del Arte. El Quijote, La Celestina, el poema inicial de cada pueblo, lo infinito al trasluz de un alma. Canteras fecundas, las palabras, los gestos, las muecas, mostraron la materia en que se plasman los héroes y el espíritu de éstos mostró el milagro de la vida y el sentido de la civilización. Sancho Panza, un buen ciudadano de Argamasilla, ascendió con su traje, su lengua, sus maneras, sus creencias, sus apetitos, al gobierno espiritual de una ínsula que es patria común de los hombres.

Pero la literatura criollista que trabaja con el afán de acumular información filológica, no puede desenvolver el vigor que tal hazaña importa. Menos cuando ese afán mira al mundo con las gafas del erudito, artefacto de museo ellas mismas, por mucho que a las veces demarquen los horizontes de una ciencia o de una filosofía.

En el país hemos tenido el caso de un poeta que pretendió pulsar la lira de la selva tropical. Encargaba la obra al mero artificio de un vocabulario. Loros, palmeras, jaguares, maizales, en escenas de cromolitografía. Loros disecados como vocablos de Diccionario. Simple información de léxico rimada con arrogancia. Cosa así como los giros o las voces del pueblo de la filología miope, arrancados a la acción, a la entraña viva, al alma, en suma, de que son la florecencia. En el poema de Bello, en la novela de Graca Aranha, por ejemplo, el trópico no vive a expensas de las palabras, ni teñido de ocre.

Todo ello, sea dicho, sin ánimo de perturbar el prestigio de un hombre a quien hemos querido como poeta, como amigo y como costarricense.

El poema o la narración criollista, —cuento o novela—, viene a ser fácilmente, por arte de filólogos, una vitrina que exhibe despojos. Raro homenaje a la vida.

Otra producción es diestra en copiar el paisaje, pero no acierta a conservar la vida que manifiesta o que rodea. Distribuye líneas en perspectivas exactas, que deforman el misterio de las cosas. Como los cuadros de Tantagrín, reproduce las ruinas, pero en dibujo geométrico.

García Monge, en su Mala Sombra, llega a los hondones del alma de nuestro pueblo y sorprende la fe fundamental de su vida y el arraigo de su destino. De aquella viejuca de quien dicen los vecinos que, "Dios la tiene como ejemplo", ¿qué más nos dice? Nada, en verdad. Ni nos explica el sentido de la honda afirmación de los vecinos. Sentimos, no obstante, en el breve relato, la presencia de un

alma, con una tragedia en su contorno, con una misión en su interior. Y así nos queda revelado el secreto de una vida, el dolor y la fe de un conjunto de vidas, y en todo ello la belleza tempestuosa, pero callada, de un misterio. Entrañas sangrantes, de luz o de sombra, de un alma colectiva, demasiado humana

Cuatro, seis líneas tenues, sutiles y serenas como una oración, y ellas bastan a evocar un alma. Que surge de la historia, de la tierra, de la muchedumbre, a mostrarnos el sentido providencial del vivir en un pequeño pueblo del planeta. Allí, aquel supremo elemento —reacio a la conquista de la razón—, en que se contiene el don de la maestría en la obra de arte. Lo que la hace permanente, perturbadora, humana.

Este pequeño libro de García —ojalá principio de faena mayor—, es sabio y sutilmente sugestivo, evocador, inquietante, por gracia de la flexibilidad con que se impresiona de todas las formas de la vida del pueblo y con que en ella nos sume, así como al cabo de la existencia, en una larga resignación. Entramos a lo hondo de esa vida, a ser ungidos de la piedad con que nuestros viejos campesinos reciben la desgracia. Así comprendemos a Job, a quien Dios —dicen los libros— lo tuvo como ejemplo en el mundo.

Libro doliente al modo del cobzar rumano, que descifra, por las añoranzas, entre quejas hoscas o mansa sonrisa, la visión de un porvenir. Insinúa de tal manera la presencia de un designio, de un ensueño, tras la vida brutal, grosera o ciega, que es un presentir de la sabiduría de una raza y del portento de su historia. A menos que del loquito de Sacramento, hayamos aprendido a mirar las estrellas ...

Max Jiménez

En confirmación de lo que hemos dicho a propósito de odios al extranjero y acerca del pesimismo, venimos hoy a hacer notar el caso que se presenta en la labor de Max Jiménez.

Comienza a trabajar y a surgir. Revela fuerza, revela sinceridad. Su ensayo reciente sobre Arte, por ejemplo, es toda una declaración de fe, llena de amplitud creadora. Hay campo allí para surcos tendidos ansiosamente hacia la luz de todos los horizontes. Es decir, hay vigor para libertarse de escuelas, de modas, de ocasionales influencias. Arte, Vida, Filosofía, se comprenden dentro de la manera de Max Jiménez como perspectivas oceánicas. Tanto cabe en ella la tempestad, como la huella serena de la estrella.

Mágica sencillez para expresar y a la vez expresión original. Ansiedad de asir la forma de las más sutiles intuiciones y capacidad de síntesis flexible y armoniosa. Y tras esto, perseverancia de fuentes en el trabajo, y estudio, y devoción sin matiz de fanatismo.

¿Se le ha aplaudido? Poco. ¿Se le ha censurado? ¿Se le ha maltratado? Sí, y con dureza.

Lo optimista, además de ser lo generoso, sería el aplauso sin adulación y la censura sin rencor o sin vulgaridad. Y en ambos casos, si es que alguien quiere o puede darle lecciones, la enseñanza sin pedantería. Se trabajaría de esa manera por lo nuestro, por lo nacional; y se contribuiría a estimular a los jóvenes que cultivan el anhelo de hacer alguna obra de letras.

La prensa tiene en sus manos el instrumento y la responsabilidad de su empleo. Si oye los chismes, le sirve a la sombra. Si recoge los esfuerzos creadores, se convierte ella misma en creadora, precisamente de aquello que más necesita la nación: ¡Porvenir!

Platero y Yo

de Juan Ramón Jiménez

El poeta de los Jardines Lejanos ha publicado en la biblioteca "Juventud" un pequeño libro, una "elegía andaluza", que se llama Platero y Yo. Es un libro para los niños, pero un libro para los hombres.

A un amigo a quien se lo obsequiamos, le decíamos que ese libro no se lee: se sueña. Leerlo es como situarse bajo un arcoiris a meditar en la melancólica sabiduría de la tarde ...

Es un libro de páginas blancas como hostias, puras como hostias, divinamente tristes como ellas. Está lleno de la honda sabiduría del color: del malva, del rosa, del oro, del azul...

Ese libro es extraño y profundo en su sencillez inmaculada.

Parece que hubiera sido escrito con sólo colocar las páginas en blanco, bajo los besos del sol de la mañana, bajo los besos del sol de la tarde, bajo el perfume de la luna...

Sus páginas son el canto de una luz ... Pero de una luz nostálgica que quiere volver a las estrellas ... Son el ritmo de un surtidor, que por donde la armonía, ¡ha dejado de ser agua para ser tan sólo ritmo eterno;

Platero es borriquillo de plata azul, peludo, blando como algodón. Es un borriquillo del poeta y un borriquillo poeta. Juega fraternalmente con los niños, y sus ojos negros, como dos escarabajos de azabache, miran siempre hacia el corazón del poeta.

Ha llevado al poeta a lo largo del paisaje moguerense, tras las mariposas blancas, en la primavera, a la hora del Angelus; y mirando las flores del camino, ha sentido que al pasar la luna lo bañaba en lirios. Mientras los niños que sufren, juegan, Platero se distrae escuchando las canciones sin sentido, que revuelan a lo lejos entre la paz de los recuestos.

Ha sufrido junto al poeta el mordisco de las espinas, el miedo de las sombras, el estremecimiento del frío, el dolor del agua y el dolor del sol-

Y después de mirar cómo se conducen los hombres en el Carnaval, se ha puesto a contemplar su figura en un pozo y ha tenido el deseo de caer de cabeza en él, para echarse a correr por los prados del cielo, como un loco, ¡como un reo de inmortalidad! Ha visto alzarse, en la hora morada, la silueta del pastor sobre la colina, y Platero ha sentido el amor y la tristeza del rebaño. Y como un chiquillo, mientras las gentes lo llamaban ¡loco!, ha tocado la zampona por casualidad ...

Cuando la luna, que sube redonda sobre la ermita de Montemayor, se ha ido esparciendo por el prado, a Platero lo detienen las meditaciones:

¿Por qué regresa el otoño?

¿Por qué sale humo de las chimeneas?

¿Por qué recogen flores los niños?

¿Por qué no veo yo el Gobierno Civil?

Platero ha comido de la nieve y grana de las sandías; ha acarreado grandes y pequeñas cargas de almoraduj; ha corrido, jugando de viento; ha saltado, destrozando nidos; y casi sin quererlo, ha llegado a pensar en él. Y fue entonces cuando pensó en la vida y tuvo amor para el heno y para la ilusión.

Platero y el poeta han llorado por un perro muerto. El llanto de los dos hermanos ponía botones de oro sobre la luz que iba cayendo desde una estrella, en las azucenas. Las azucenas, cerca del perro, estaban temblando ¡las pobre-citas! por temor de que el burro rebuznara.

El cascabel de una cabrita le arrancó el dolor a los hermanos, con una nota que dejó caer el moverse, como quien le quita un verso a un madrigal.

El burro muere un día, con muerte de santo. El poeta lo recuerda otro día: "¡burrillo mío que llevaste mi alma por aquellos caminos de nopales!".

El burro ahora retoza en los campos de la gloria. Al pobrecillo le da de beber agua de eternidad la buena Samaritana.

Y cuando en sus paseos pasa cerca de Rocinante, el viejo caballo heroico se queda mirándolo largamente, con ojos extraviados que buscan la silueta de Jesús sobre unas ancas. ..

Lo más humano

La muerte de Amado Nervo interrumpe una obra bien grata a las actitudes con que el pensamiento de la época aspira a definir su posición dentro de la historia. Se dice del poeta que era un místico, dándole al término la falsa acepción en que califica situaciones de pensamiento como la implicada en la comprensión de la finalidad artística que el poeta sustentó. Un místico, entre los poetas contemporáneos, sería, para mencionar a un inglés, ya muerto también y eminente, Francis Thompson: cantó con acento de profeta y quiso que la humanidad, tras su lira fervorosa y solemne, retornase a Dios ...

Pero en la obra de Nervo priva una palpitante variedad de impulsos, nutridos de la inquietud espiritual que es ansia de ascenso íntimo hacia el éxtasis y la divina realización. Y esto no es precisamente misticismo, sino algo de que aquel puede ser, según se le entienda, un aspecto, a la síntesis y el fundamento.

Mas sí es algo que está donde quiera presente en el actual instante en mil maneras cambiantes e inasibles; algo que se difunde por los ámbitos del pensamiento, como bajo la presión y el designio de una necesidad cósmica. La guerra, contemplada por ciertos pensadores, aparece simplemente como una modalidad de la vastísima agitación que ha de experimentar la humanidad, para remover y elevar la conciencia de sus ideales y aspiraciones. Cátedras, libros, fundaciones, instituciones; sabios, filósofos, artistas; hombres, pueblos, razas, todo, en todos los aspectos de su vida, todo muestra una movilidad creciente, en cuyo estremecimiento de Sibila, leen los profetas los signos de una nueva civilización.

Amado Nervo contribuía con delicada generosidad a sustentar la vida y la obra de la actividad renovadora, en cuanto ella se manifiesta como afán de reespiritualización. Uno solo de sus ensueños descubre un sutil transmundo de devociones aptas para exaltar el sentido de la dignidad humana. En versos suyos la condición natural del hombre la expresan los hechos que, por excepcionales, solemos llamar milagrosos: la abnegación, la benevolencia, el heroísmo. Manera de sentir, que transforma el mundo. Ante la flaqueza ya no diremos: "Es lo humano, lo más humano". Tal diremos frente a la virtud, a la nobleza, a la delicadeza, a la generosidad. Todo esto será lo humano, lo más humano, cual soñara, hondamente, Novalis.

La vida no será como en el achatado pensamiento de los fariseos, una mueca; la vida recobrará, arrancándonoslo de las entrañas, su altísimo sentido de un permanente y superior encanto. Y podremos hacer ante el mundo, algo más humano que las muecas y los gestos de los simios. E iremos volviendo a la dignidad de hombres.

Huirá la juventud de esa oscura actuación moral que oculta todas las bajas bajo la risa provocada por el chiste o la ironía con que recubre la confesión de su derrota. No sonreirá más de su perfidia, fundada en que la vida es una mueca.

Cesará de amparar su irredenta cobardía a la fórmula traidora: flaquezas, flaquezas humanas.

En el hombre la flaqueza es excepción, la nobleza su espontáneo modo de ser, la grandeza la mejor expresión de su alma. Lo otro, sirve al cinismo y le arrebató su hermosa fecundidad al perdón y su

pureza a la tolerancia. Que el perdón ha de ser compasión, vale decir, fraternidad, y la fraternidad, amor: virtud activa, fuerza de creación y transformación, capaz de embellecer y ennoblecer.

Escudémonos en la flaqueza pero con una contrición que nos redima; porque aducirla, para ostentarla, es pedir para las serpientes la gracia que el cielo sólo concedió a las aves y a los lirios ...

¡Cómo conmueve sentir que un verso renueva el mundo y trasforma al hombre para que disfrute de su gloria con el corazón henchido de paz!

Desolación

Poemas de Gabriela Mistral
Instituto de las Españas. N. Y. 1923.

Libro de dolor. Desolación, en verdad, pero en iluminada plenitud de infinito. El libro ha manado, cual sangre de herida, de un corazón abierto por la tragedia, como costado divino. Es una herida que canta.

Pasa, quemante, una onda de dolor colmado de poemas. En la carne cárdena de unos, tórnase garra, los sacude airada hasta desmenuzar los versos en gajos temblorosos, y los arrastra después la onda implacable, para llevarlos en alto cual ardientes coronas de espinas. Hay poemas que lloran como bronce heridos; hay poemas que sangran como Cristos azotados.

Hay poemas que parecen llamas devorando almas.

Hay poemas que levantan, entre la gloria de una música de selvas, una garra de pantera sobre el destino.

Esta obra está hecha con no sé qué de las canteras de Esquilo, de Dante y de Shakespeare.

Aquella manera de concebir Hesiodo las gestaciones divinas, donde el león y la cabra y el dragón conciertan sus fuerzas en la impetuosidad de un soplo flamante, admírase aquí golpeando como oleajes los senos de la vida, para exprimir los jugos cósmicos de fe y sabiduría.

Algo muy hondo de la vida se ha quedado colgando de esta floresta de versos, y en ellos, mil voces de arpa claman misericordia.

Algo de la púrpura ensangrentada de las más grandes almas dolientes. Algo de los turbiones hurraños de la conciencia. Algo de la cabellera fragante de Magdalena. Algo de la aspereza de la roca; del clamor de la tempestad herida en los ijares por el rayo. Algo olímpico, algo, prometeico ...

Mas de pronto, el dolor se hace luz, se convierte en la parábola bíblica, se nutre en lo hondo de la estrofa, de límpidas resignaciones, colórase la tarde estival, refleja praderas de oro, esculpe poemas de agua encantada, y como si besara castamente senos de virgen, se desliza piadoso con la quietud de la plegaria nocturna... Y el dolor, entonces, parece incienso que sube u hostia que corona de auroras la entraña del oro.

Atrae, como absorbiéndolos ávidamente, de las fuentes secretas de paz, en el espíritu y en el mundo, bellos, profundos silencios; se llena de ellos, se siente exaltado y penetra el dolor en el mal de la vida, calladamente, como en un templo.

A veces pasa el dolor como un Profeta, a veces como un niño que llora, a veces como una luz retardada o como una ave perdida en la noche ...

Por instantes, San Francisco de Asís medita en la gruta del verso. Y ya la angustia es sabiduría. Florece el dolor en poemas melíficos, la tragedia es estrella, y el amor que refulge en las transparencias del verso, fluye de las liras, transmutadas en lirios, como una suprema maternidad sobre seres y cosas; y con algo de mesiánico, ora y bendice.

Teresa de Jesús ha tenido en su manos las gotas de ámbar de estos versos.

Rabindranath Tagore ha inclinado la frente bajo estas frondas.

Ruysbroeck ha sentido este fuego lamiéndole las sienes.

Hay rosas de Saadi y vinos maravillosos de Omar Khayam.

En siglos lejanos, el mar del crepúsculo naciente, a través de un ventanal de Chartres, ha podido verse, bajo los arcos de piedra milenaria; como la vida aparece en aquellos poemas que presienten al Padre y Señor pensando mundos detrás de todas las cosas. Poemas como música del campo, sencilla; música de ave, risueña; música del alma, litúrgica ...

Transparencia y calma, ardor y tempestad, amor y sombra, dolor, silencio, luz...

Sé la historia de un corazón que un día alzó el vuelo hacia la Primavera coronada de rosas, y que cayó de pronto sobre un fuego terrible, y que cuando las llamas, fundiéndolo, lo llenan de armonía del Cosmos, ¡canta y resplandece mientras las nuevas alas lo llevan más allá de la Esperanza!

¡Gabriela Mistral! Denos la Vida tu Desolación, denos el sabor amargo de tus horas, denos tus siete palabras de belleza, denos tu sagrada emoción maternal para concebir; y denos también en la hora futura, con toda la misericordia, [la divina alegría henchida de fulgores inmortales!

Pro-Unamuno *

Usted sabe que leo y he leído con predilección a don Miguel de Unamuno, en quien, entre otros profundos placeres, recogí la inquietud de conocer algo de Soren Kierkegaard y de Carducci. Pensando en el ultraje inferido a don Miguel, los he recordado a ambos.

Decía Kierkegaard que en un gusano se podría considerar como pecado el tener ciertos pensamientos, pero que no en un hombre creado a imagen de Dios. Me parece que Unamuno ante el juez es el hombre ante el gusano. Pues que esta justicia que mancilla la dignidad del hombre, es justicia de gusanos. Es el gusano contra la luz. ¡Parece llegada la hora allá, por haber descomposición, de que proclamen su reinado los gusanos!

Mas del dolor de tal realidad consuela Carducci, cuando en Odi Barbare tiende la lira, como un trofeo, hacia la aurora. El poeta le pide a la aurora, de juventud eterna, que lo lleve en su corcel de llamas. Ya vendrá la aurora —pastorella del cielo— a besar la frente del viejo deportado, y podrán alzarse millares y millares de espadas, que no igualarán sus fulgores. La frente del viejo rebelde será el símbolo de la hora trágica. La aurora sobre la frente del pensador, fue siempre el signo de que allí pasó Dios su visión de los destinos.

Mientras tanto, hay que resignarse a que el barbero y el cura, quemen los libros de don Miguel de Unamuno.

* *Carta a don Joaquín García Monge.*

H. G. Wells

Es hombre que tiene talla suficiente para erguirse ante una Nación y juzgarla, y acusarla, ¡con esta acusación valiente! *

Nadie entre los novelistas modernos como Wells, para pintar un carácter.

Wells es el novelista más traducido y leído de nuestros días; representante del pensamiento inglés. Si B. Shaw no es el primer autor de nuestros días, lo es Wells.

** Se refiere a la actitud de Wells en el caso Sacco-Vanzetti.*

Romain Rolland

Romain Roland sigue siendo para mí la bella y serena figura del pensador que se redime del prejuicio por obra de luz; —que no de pasión—, y a través del concepto de él es que miro la labor social del proletariado con profundo amor, cuando la justicia y la verdad, en mi estrecha comprensión de ellas, están con el proletariado.

Maragall

¡Este Maragall, este Maragall! ¿Recuerdas su elogio de la ciudad que tiene un poeta y una montaña? ¿Qué sería de una ciudad sin una montaña a la vista que trace sobre el cielo el signo de la ascensión? Porque hacen falta símbolos en torno nuestro. Si la vida de los hombres no es estable en el desierto ni en la estepa, a carencia de símbolos de quietud se debe. Las Pirámides desde lejos se ven como deslizándose lentamente sobre las arenas. De cerca su altura se muestra sin fin.

Angel Ganivet

En hombres de tan majestuosa talla, hasta las más simples palabras, hasta las que parecen salir de la boca por sí solas, como un descuido, revelan una fortaleza de convicción que no puede ser sino resultado de un vivir, que por entero se conforma con las exigencias del ideal, de que tales palabras son el vehículo que lo lleva a otros corazones.

¿Pero cómo se forman esas vidas consubstanciadas con el ideal que las exterioriza? ¿Cómo llega a ser ese ideal una verdadera florecencia de ellas? Precisamente a virtud de la fuerza que le infunde al espíritu, el recogimiento que sabe ser menosprecio de lo transitorio y sagrado amor a lo duradero.

R. Steiner

Acabo de leer a Steiner y encuentro que, como tantos otros hombres, encontró en la observación de la Naturaleza el reflejo del Espíritu Supremo, y fundó después su notable escuela en la cual los alumnos buscan a Dios en el campo y en sí mismos.

El pájaro azul

La "Colección Ariel" publicará, al finalizar la presente semana, la primera versión a nuestra lengua de la obra magistral de Maurice Maeterlinck, *El Pájaro Azul* (L'Oiseau Bleu).

Dicha obra, como es sabido, le ha conquistado a su autor la gloria altísima del premio Nobel y también el último premio anual de la Academia belga.

Es *El Pájaro Azul* lo que llaman los franceses "une féerie", es decir, una obra de hadas, que ha producido en la escena europea, —especialmente en Francia y en Rusia,— el más ardiente entusiasmo, acaso sobre todo por el modo maravilloso como al mismo tiempo contiene un exquisito cuento para niños, lleno de dulces ingenuidades, y un admirable cuento para filósofos, lleno de ironías y sutilezas que muy bellamente se enlazan para constituir un símbolo hondo y elevado. La mano de Maeterlinck es prodigiosa como artífice del símbolo y guarda en ello consonancia con el corazón del pensador y del poeta que es una representación en la vida de todas esas nobles tendencias a la más completa compenetración con los secretos de la naturaleza que tanto gustaron a Emerson y a James y que han hecho producir notas bellísimas a la lira extraordinaria de Walt Whitman.

Leed *El Pájaro Azul*, sobre todo vosotros los que os decís con orgullo amantes de la verdadera belleza. Y si gustáis de hacer estudio literario, recordad al abrir sus páginas, que Emilio Faguet afirmaba, no ha mucho tiempo, con ese su admirable lenguaje paradójico, que el teatro de Maeterlinck conserva el encanto misterioso de las selvas en que acariciaba sus gacelas Sakuntala, la creación superhumana de Kalidasa. La opinión, dada la indiscutible autoridad de su autor, no puede ser más digna de estudio: el teatro de Maeterlinck ha surgido de la eternidad del teatro indo. Cuando se lee *La Vie des Abeilles* parece confirmarse, entre el esplendor con que en ese libro se manifiestan las grandezas de la vida, fugitivas siempre como el Pájaro Azul que Tyltyl y Mytyl han venido buscando a través de todos los siglos ...

¡Tyltyl y Mytyl! He ahí a los chiquillos encantadores que recorren la escena que se os invita a contemplar. Si no queréis llegar a ella, preocupados tal vez por las delicias de una digestión tranquila, dejad al menos que vuestros niños vayan a formar en su torno una ronda bulliciosa que sea como una corona de pureza sumada a los infinitos trofeos del Arte.

Presentación del libro Kaaba

Comienza El Kalevala por un canto, con an-tenuado acento de evocación, en el cual exalta el bardo su deseo de cantar.

"He aquí que un deseo se apodera de mí; un pensamiento nace en mi espíritu". De ahí surge el poema, como de un fulgor que apenas es trino de luz, surge la aurora. Desea el poeta cantar y canta. El deseo atesora una potencia incontenible, en el concepto de ser absoluto su imperio. Entraña así una determinación constitutiva y por ello característica del alma del poeta. Este, tiene el camino de serle fiel nada más.

Las reiteradas comparaciones con el pájaro, con el agua, con la luz, o, como en Hafiz, con la rosa, suelen contener el acierto, a veces con pródigo dinamismo espiritual, de explicar la actitud del poeta, del cual la más espontánea expresión es acaso la que revela el bardo, así como su significación más profunda la que se hace tremo-rosa en el sobrecogimiento del vate.

¡Oh amigo!, este cuerpo es su lira, se lee en Kabir. Y transparentan un sentido semejante aquellos versos de Omar Khayam que reclaman un poco de vino, de color rubí, un libro de poesía y, para no morir de hambre, la mitad de un pan.

¡Qué blanda arcilla, luminosa y numinosa, es en Khayam la sed del verso!

Escuelas de estética, sistemas de crítica, tendencias multiformes de la modalidad literaria de cada momento, todo ello alcanza a veces, por sobre la ganga de inertes indagaciones o de polémicas estériles, a posesionarse en totalidad de una trascendente significación que atina, al cabo, a ser signo de sabiduría o símbolo de belleza. Pues hay, tras el esfuerzo de asir el contenido esencial de la obra poética, cierta capacidad de penetrar, por encendido amor de belleza en el designio mismo del fuego creador. Mas todo aquello, la definición de tendencias y gustos, la determinación de criterios de subjetividad o de objetividad, en vano aspirará a limitar lo que, por inasible en su esencia, es infinito: el poder de creación. El impone, con heráldica ufanía, normas de amor y de libertad. Si hay en su naturaleza un don de sacrificio, sólo el amor logra desentrañarlo; sólo un sentimiento de libertad, límpido— azulado de ansiedades redentoras, podría transfundir aquel don en las posibilidades de la poesía, las cuales serían como aprehensiones vitales de una luz divina incesantemente renovada en su perennidad. Nos da a veces la tarde, en su serenidad o en su placidez, la imagen de infinito espejo de oro fragmentado después en la insinuación y en el elogio estelar de la noche. La primera estrella acendra toda la simiente de luz celeste.

Las técnicas surgirán de la libertad y del amor más ágiles, más plasmables a la evocación del genio, más sensibles a la imprecación de los ritmos, en los cuales sentirán su propia florecencia, así como recoge el gong la hora en su estremecimiento cordial y, al darla, vierte bálsamo de resplandores sobre la armonía.

Domeñándolos sin esclavizarlos, sino redimiéndolos, imponiéndoles tributo de sumisión omnipenetrante al impulso creador, los artificios técnicos abrirán la entraña al soplo de volubilidad vital y serán más aptos para afirmar su permanencia, como la ostenta idealizada el mármol; no en la roca sino en la escultura.

Hoy vivimos un momento de poesía con Swinburne, mañana lo viviremos con otro poeta, después con otro. Crea el poeta y crea el lector. Tenga cada cual el supremo derecho de su creación.

Atribúyase el poeta aquella dignidad que tenga en su lira el mejor blasón. Ella es arpa eolia que de cada rumbo extrae modulación diferente. Por todas las flores pasan las abejas sin alterar la fidelidad de su menester ni de su ofrenda. Si el poeta no concibe misión, sino el amor de su cantar, ¡cante!

El poeta Sáenz Cordero me conduce a esas reflexiones con la carta generosa en que me ofrece esta página previa. Hay tras ellas la intención de declarar con júbilo que el país tiene en Sáenz Cordero un nuevo poeta. Esto, por mi país, me causa alegría. Más poetas, es decir, más pájaros para embellecer la senda.

No sé de rumbos, no sé de influencias, ni aprecio la posibilidad de los pareceres y definiciones que suscitará ante el capricho, el dogma o el arte de los críticos.

Si el verso es viejo o nuevo, si la imagen es pretexto, o si transmuta destellos de tal o cual subyacente corporeidad; si la sensibilidad trasunta estos o aquellos rituales de la emoción, o si actualiza, efundiéndose como un vino, la luz que llega al vaso, nada de eso sé.

Podría querer que su lira acentuara cierta entonación, realzara cierto acento; o podría pedir en otros aspectos un menor desperdigamiento; pero no entiendo de sugerir normas. Sé sentirme sencillamente contento de estar en presencia del poeta. Hay que esperar que el tiempo cuaje las resinas. Porque estos versos desfloran, como veta de cantera, el áureo presentimiento primaveral.

Este poeta y músico posee en su nobleza un don de amistad lleno de gentiles predilecciones. Un capricho de ellas explica la presentación del libro. Deseo que, leyéndolo, leyéndolo, en horas, manos amigas recojan de él ofrenda cordial de ensueño y de poesía, y que alguna hoja de mirto quede entre sus páginas señalando un minuto sin fin...

I — La Rishi Abura
(Viajes al país de las sombras)
Por ADOLFO AGORIO.
(Biblioteca Atlántida, Buenos Aires, 1910).

En la tercera y última serie de *Letters from a Living Dead Man*, el misterioso autor de las sensacionales cartas profetiza que en estos tiempos aumentará considerablemente la publicación de libros "psíquicos" y que la literatura de ultratumba conquistará una posición predominante. La profecía se cumple. Páginas como las de Patience Worth —que se dicen reveladas— circulan profusamente. Un periódico estadounidense declara que libreros y bibliotecarios confiesan que la espiritista, es la literatura predilecta de la postguerra. Pero el público ya no quiere manuales de vulgarización, ni obras anónimas, sino leer a los autores famosos y los libros fundamentales. Las revistas de estudios psíquicos publican muchos relatos como el del "Camarada Blanco" y refieren numerosos casos de conversión y de entusiasmo tan notables como el del doctor Conan Doyle. Es la presente, pues, la hora propicia a libros como el de Adolfo Agorio, quien dice del suyo: "que ha sido vivido hondamente, alimentado con el aliento de las reencarnaciones, dictado por la experiencia de otra vida".

Comprende tres naraciones: "La Rishi Abura", "Los Perros Blancos" y "El Pontón encallado". Avivan el recuerdo de Poe y arrastran hacia el dominio de las "fuerzas extrañas", donde el destino trastorna con un leve soplo las realidades y desangra el corazón, dejándolo herido con mordedura de serpiente cuyo veneno destruye todo el sustento moral y filosófico de nuestra ordinaria vida. Es un libro que lleva al país de sombras, a través de almas, desiertos y mares, pero que, sin embargo, encallado en los problemas de la subconciencia, no logra descubriarnos los ámbitos de la visión astral. Con otro estilo, saturado del interno perfume de inquietud clarividente que ablanda las palabras y las torna aéreas, este libro sería por la forma, como es por el propósito y la concepción: sugerente, bello, vigoroso.

II — Las estancias espirituales
Versos de MANUEL DE CASTRO.
(O. M. Bertani, editor - Montevideo, 1919).

En las palabras prologales, Alberto Zum Felde declara: "Manuel de Castro es poeta místico, el primer poeta místico que haya aparecido en estas tierras".

El Índice contiene: El Divino Hálito, El Oro, Estampas Viejas, Poemas en Prosa. En suma, cuatro series de poemas, de los cuales el prologuista prefiere, poéticamente, algunas de las prosas que se hallan en las últimas páginas, porque encuentra en ellas más frescura de emoción, más gracia, si bien reconoce en los versos más intensidad de celebración, más dominio mental.

Epígrafes de Baudelaire, Enrique Casaravilla Lemos, Emerson, Maeterlinck, Nietzsche, el Evangelio.

El "El Viajero" el poeta señala su rumbo:

Deja el seguro Puerto
y en el mar del Misterio
¡hiende luego tu Proa!

Acaso el *nutrimentum* de la filosofía de este poeta se resume en la misteriosa serenidad del soneto "Génesis", donde la conciencia surge de la duda y la Esperanza se yergue sobre la Vida como un designio fatal, dejando un fondo de pena, como un resplandor de inmortalidad, en el ánimo triste. . .

El canto "El Oro" despierta en los versos resonancias de una brusca agilidad; las "Estampas Viejas" describen con sencillez vidas y cosas de un color de tarde vencida, humildes...

Las "Prosas", iluminadas por un tranquilo fulgor de lámpara sagrada, ahondan blandamente en el alma de la parábola, con la emoción de un sereno roce de alas.

Leído el libro, pensamos, recordando una inquietud de Guido da Verana, que este poeta ha ido a la prosa en busca de una expresión del pensamiento lírico, voluble y sutil como los impulsos de la naciente conciencia mística, que tiene temblores de llama votiva y algo de la solemne plenitud del incienso.

El libro de Manuel de Castro dice en la página final: "Así terminan las Estancias Espirituales de Manuel de Castro. Que la Paz sea con él".

El halconero astral

Poesías de EMILIO ORIBE.
(J. M. Serrano, editor. - Montevideo, 1919).

Dedicatoria: a los nuevos poetas del "novecentismo".

[...]

Ideas: El halconero astral era un hombre de espíritu ancestral que creaba halcones a millares para cazar astros. El alma es un vaso de cristal. La pampa y el alma se identifican cuando desde ellas se avizora el horizonte... No son menos maravillosos los hombres, que los caballos sabios de Elberfeld. En la carne de esta hermética y flexible mujer que pasa por la calle, algún día habrá de despertar una estrella, misteriosa como Venus del fondo de la nébula solar. La muerte, una gruta al borde de la cual el hombre es un niño maravillado. Es poca cosa la transparente copa de tu espíritu: ¡nada de la nada! Lo difícil y bello es encontrarse. El alma tendría como el agua quieta la misión de reflejar cosas eternas. En la media luz del nuevo día no se sabe decir si este labrador que levanta el brazo hacia los cielos, siembra trigo o apaga estrellas. Las manzanas de la serpiente eran los cinco sentidos, etc., etc.

Imágenes: Pechos infecundos, como higos secos. Doce hoces lunares hieren el celeste trigal. Los rosales del deseo ... Los telares del espíritu ... Las selvas blasonadas de abismos... Los brazos huérfanos de vigor... El vasto lagar de las ideas... El barro de la esperanza mía... El corazón, una ascua de sándalo oloroso... La tarde se aleja en el dorso de una nube, como Europa en la grupa del olímpico toro, etc., etc.

El poeta dice de él: que es callado, taciturno, solitario, incomprensible e indócil, indiferente al ruido de las vulgaridades...

[...]

Hay hermosas sugerencias en este libro de Oribe. Apólogos, parábolas, meditaciones. Audacias de forma.

Fino don de ironía, sin pecado de crueldad. Sentido claro del poder de la obra poética. Músicas claras, multiformes, a veces rudas, pero porque el poeta siente urgencias de emancipación del verso y por querer domarlo con violencia, lo mutila. A veces soltura y libertad de vuelo. Firmeza en la demanda de luz para el ideal... y en todo la lucha de una brillante capacidad intelectual[^] con los impulsos de la emoción y con cierto habitual reconocimiento de valores que, a la verdad, al poeta le obstruyen la límpida vibración de su nota personal. Pero su lira hiere la sombra y la encanta y encanta la piedra y el barro del hombre con dulce esperanza.

Clemente de Alejandría

¿Sabe qué estoy leyendo? La vida de un maestro de persuasión: Clemente de Alejandría. ¡Qué bella figura! Dice en el siglo II, como Krishna-murti hoy, que sólo hay un conocimiento esencial: el de la Ley, es decir, el de Dios. El lo encuentra en Cristo. Lo difícil es encontrar a Cristo, pues según San Pablo, y todos, hay que buscarlo en nosotros mismos.

Keyserling

¿Lecturas nuevas? Por fin he encontrado a Keyserling. Con él estoy ahora comparando entre sí a los hombres de Oriente y Occidente, y buscando por sobre ellos y en mí, al Hombre.

Un comentario sobre Giovanni Gentile

Complace la publicación en *Repertorio Americano*, de trabajos acerca de la reforma implantada por Giovanni Gentile. Es importante que se conozca aquí ese movimiento, como lo es la difusión de la obra del filósofo italiano. Y diremos más: como es importante difundir la cultura italiana. En la Escuela Normal solemos aconsejar a los estudiantes que procuren conocer el pensamiento de Italia, y aun nos permitimos sugerirles que busquen en su lengua una vía de fácil acceso a la cultura de otras razas. El trabajo de traducción y comentario sigue siendo fecundo en Italia. Es sabido, por ejemplo, que al pensamiento alemán se llega por ahí con relativa facilidad.

De España y de Francia estamos cerca, pero no de Italia. Aunque tampoco estamos tan cerca de Francia como conviene. Pensamos, al hacer tales afirmaciones, en las ideas americanistas de que *Repertorio Americano* es noble vehículo.

Hay la América por la América y la América por España, como hay en las ideas de esta hora intentos de concebir la América por Francia y acaso la América por Italia; pero parece cierto que todo ello viene a quedar subordinado a la amplitud de un superior concepto de latinidad como el expresado en la carta de Romain Rolland al señor Vasconcelos. Juzgamos que tal forma se aproxima más a la de una América Humana. Por lo que, del señor Vasconcelos no admiramos tanto las concepciones del porvenir de América, como el poseerlas sin mácula de odio. Nuestra fe es que el odio niega la espiritualidad y, por lo mismo, conspira a imposibilitar toda relación lógica, armónica, entre las tendencias culturales de los pueblos, los impulsos de evolución racial y las urgencias normativas de la civilización. Mas de esto habrá que hablar con calma algún día, quizás dentro de las formas de una naciente concepción de la historia.

Con motivo de la publicación referente a Gentile, hemos vuelto a tener en las manos su libro *Discorsi di Religione*. Y hemos creído que convendría citar algunos párrafos al objeto de mostrar, siquiera parcialmente, la génesis filosófica de la reforma educacional, hay en ello la conveniencia de contribuir a evitar que, mal interpretada la posición de Gentile, se pretenda confundirla con ciertas actitudes reaccionarias. (Un estudio serio de la cuestión —que ha sido prolijamente debatida— requeriría un trabajo superior en mucho a estos breves apuntes).

El primero de los discursos se refiere al problema político. Se puede decir que en este capítulo se trata, sintéticamente, de la historia, mejor dicho de la evolución y de la filosofía del laicismo. Una idea somera del criterio dominante en el discurso se tiene en presencia de sus párrafos finales.

La religiosidad no puede ser del Estado si no es del pueblo, es decir, del individuo, en el cual el Estado adquiere conciencia de sí, y, por lo mismo, realidad. Y si el Estado no debe ser algo abstracto y utópico, sino la forma concreta de la vida de un pueblo, en el Estado —por ejemplo, en su cultura como la representa la escuela— no es realizable forma religiosa que no tenga su raíz en la conciencia popular. El Estado debe mirar a la Iglesia como aliada, no por lo que ella tenga de particular en cuanto es una Iglesia entre las otras, sino por aquello en lo cual todas las iglesias se acuerdan para la persecución de un ideal común. Ahí reside la fuerza de la Iglesia que el Estado debe reconocer.

La Iglesia, de su parte, debe abandonar la antigua pretensión de prerrogativas y privilegios no pertinentes al carácter de la misión que cumple. El Estado, sin combatir ninguna particular forma religiosa, debe reconocer y afirmar el valor de la religión como ella vive a través de todas las formas.

Gentile aclara el concepto con una justa comparación. Cada hombre de gusto le tributa homenaje a la poesía sin confinarlo en la contemplación de un solo poeta. Y el poeta, el verdadero poeta, por grande que sea, no ambiciona otro aplauso que el del espíritu abierto a la apreciación de toda divina forma de belleza.

El problema religioso de la política no es, pues, el de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. No cabe renunciar a la autonomía y soberanía del Estado. Afirmándolas, se le atribuye a éste no sólo un fin de cultura abstracta sino de plena formación de las energías espirituales. Más reconocido el carácter intrínsecamente religioso de la vida, se reconocerá que tal formación no logra ser intelectual sin ser, a la vez, moral y religiosa.

De esto, en todos sus complejos aspectos, se trata en el discurso segundo. "La vida humana es vida espiritual". Tal es el postulado cardinal. "El espíritu es libertad, la naturaleza, mecanismo".

De ahí la otra afirmación: la vida humana es pensamiento. Pensar es filosofar. Y filosofar no es afirmar el sujeto ni el objeto, sino ambos. Lo que conduce rectamente a la afirmación de la esencialidad moral de la vida humana. Porque la vida espiritual viene a ser *concretezza di pensiero*, y la vida en su concreta plenitud no es para el hombre ni arte, ni religión, ni ciencia, sino moralidad, ya que no podemos pasar —advierte Gentile— de un momento moral de nuestra vida a otro que no lo sea. La vida humana es esencialmente moral, y lo que llamamos prácticamente moral es lo mismo que teóricamente filosofía. Por donde entra Gentile a definir el sentido de la filosofía, mejor dicho, de su problema, que es el problema del idealismo. La filosofía es idealismo después de Platón.

Traza brevemente Gentile la síntesis de la evolución del idealismo, de Grecia a Cristo, y después hasta Kant. Luego, tras la crítica del idealismo, de penetración admirable, formula el concepto del idealismo actual, que es trascendental y absoluto, pero antintelectualista y antivoluntarista. El pensamiento, dice Gentile, en su actualidad, como autocreación de la realidad absoluta, identifica en un todo el querer y el conocer.

¿Tal posición es religiosa o impía? *Siendo el idealismo moderno el concepto de la realidad como autoconciencia*, y siendo ésta sujeto, y éste, sujeto en cuanto es objeto de sí mismo, la realidad del espíritu y la del objeto se confunden —lo que, salvo al modo de la vieja psicología metafísica, ha de concebirse dialécticamente como *alteritá* del objeto y vida del objeto. Este es así infinito y, en lo tanto, trascendente y divino. Por lo que la filosofía debe contener a la religión. Y debe darle conciencia al hombre de esta inmanente necesidad de la inherencia de la religión o de la presencia de Dios en la vida concreta del espíritu.

El tercer discurso termina así, en parte: el morir de la religión es el vivir del espíritu, el cual vive la religión superándola, y superándola realiza el bien y cumple su misión eterna por sobre todas las religiones.

[...]

Gentile, como Alfredo Loisy, parece pensar en la Religión de la Humanidad.

CRONOLOGÍA DE OMAR DENGÓ

- 1888 - Nace en San José de Costa Rica el día nueve de marzo.
- 1895 - 1900. Hace sus estudios primarios en una escuela graduada de la ciudad de San José.
- 1901 - 1906. Realiza sus estudios de segunda enseñanza en el Liceo de Costa Rica y obtiene el título de Bachiller en Humanidades. Colabora en un periódico manuscrito del Liceo.
- 1908 - Inicia estudios en la Escuela de Derecho.
Funda y dirige con Víctor Manuel Salazar el periódico Sanción, que se publica hasta enero de 1909 y que es órgano del centro político juvenil del mismo nombre.
- 1909 - Participa con Billo Zeledón y otros Intelectuales jóvenes, en el club político La Vanguardia en apoyo de la primera candidatura de Ricardo Jiménez Oreamuno.
Funda y dirige con Víctor Manuel Obregón El Rayo, periódico humorístico que termina a los pocos meses, cuando los directores son excomulgados por razón de una caricatura que alude a un clérigo. Colabora en varias revistas y periódicos: Páginas Ilustradas, El Fígaro, La República, La Información, La Linterna, y otros.
- 1910 - Dirige temporalmente el periódico Cultura en el que se da gran importancia a los intereses de los obreros.
Se distingue entonces por sus campañas críticas contra la Compañía Frutera, las empresas mineras del Pacífico y la fabricación del licor por parte del Estado.
- 1911 - Se titula de Bachiller en Leyes (Pasante de Abogado). Durante este año y el siguiente trabaja en un Juzgado de San José.
- 1912 - Colabora en Hoja Obrera y en Boletín Anunciador, este último de Limón.
También en la revista para niños San Selerín que dirige Carmen Lyra.
Hace el discurso de bienvenida al escritor argentino Manuel Ugarte.
Funda con otros jóvenes el Centro Germinal.
- 1913 - Se inicia en la docencia en el Liceo de Costa Rica con lecciones de Economía Política.
Es miembro directivo del Ateneo de Costa Rica y dirige los Anales de esta institución.
Organiza, con la cooperación de intelectuales y obreros, la primera celebración del 1º de Mayo como día del Trabajo en Costa Rica.
- 1914 - Ejerce las cátedras de Economía Política, Castellano, Lógica y Debate, en el Liceo de Costa Rica. Colabora en las revistas Pandemónium y Renovación.
- 1915 - Inicia su labor pedagógica en la Escuela Normal de Costa Rica inaugurada en este año.
Imparte lecciones de Legislación Escolar, Sociología Educacional, Historia de la Educación y Lógica y Debate.

Dirige la revista Educación, órgano de la escuela. Dicta conferencias de filosofía en un programa de divulgación cultural para trabajadores. Realiza un corto viaje de interés cultural a los Estados Unidos en compañía de Octavio Jiménez.

- 1916 - Dirige la Escuela de Aplicación, (escuela laboratorio de la Escuela Normal de Costa Rica) y la práctica metodológica.
Ingresa en la Sociedad Teosófica.
- 1917 - El quince de abril contrae matrimonio con la maestra María Teresa Obregón Zamora. Funda su hogar en la ciudad de Heredia del que serán hijos Jorge Manuel, Omar, Gabriel y María Eugenia. Colabora en Universo, revista literaria, y en Nosotros, revista de estudiantes.
- 1918 - En el mes de abril y junto con la mayoría de los profesores de la Escuela Normal, renuncia sus cargos como protesta por la destitución del director Joaquín García Monge que hace el gobierno de facto de los hermanos Tinoco Granados. Colabora en la revista La Obra que edita Joaquín García Monge.
- 1919 - Se inicia en la Masonería.
Acepta trabajo con su esposa en la escuela particular de la finca La Caja.
En Setiembre, con nuevo gobierno y García Monge Ministro de Educación, es nombrado Director de la Escuela Normal de Costa Rica y Profesor de Pedagogía y Metodología, cargos que desempeña hasta su muerte.
Colabora en los diarios El Hombre Libre y La Tribuna y, a partir de este año, en Repertorio Americano.
- 1920 - Rehusa ofrecimiento del Presidente de la República Julio Acosta para desempeñar la Subsecretaría de Educación. Colabora a partir de este año en el Diario de Costa Rica.
- 1921 - Durante el conflicto limítrofe entre Costa Rica y Panamá se alista como soldado y viaja al frente pero no entra en acción.
- 1922 - Hace la defensa de los Programas de Roberto Brenes Mesen en un Congreso Nacional de Inspectores de escuelas primarias.
- 1923 - Participa activamente en la campaña política a favor de la segunda candidatura de Ricardo Jiménez.
Declara su posición ideológico-política en polémica con partidarios del partido Reformista.
- 1924 - Rehusa ofrecimiento del Presidente Ricardo Jiménez para ocupar el Ministerio de Relaciones Exteriores.
- 1925 - Sostiene una polémica con el Ministro de Educación Napoleón Quesada sobre los Programas de Brenes Mesen. Colabora en la revista Ardua de la Escuela Normal de Costa Rica.
- 1926 - 1927. Combate los contratos con la United Fruit Company. Colabora en El Maestro, revista que dirige Joaquín García Monge.
- 1928 - Combate los contratos con las Compañías Eléctricas en conferencias de la Liga Cívica (organización para el estudio de problemas nacionales). Muere el dieciocho de Noviembre.